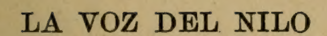


BIBLIOTECA DE LA NACION
ANGEL DE ESTRADA (Hijo)
LA VOZ DEL NILO
VOLU 653 MEN


BIBLIOTECA DE
LA NACION


BIBLIOTECA DE LA NACION

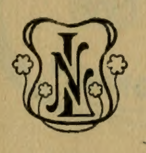


LA VOZ DEL NILO

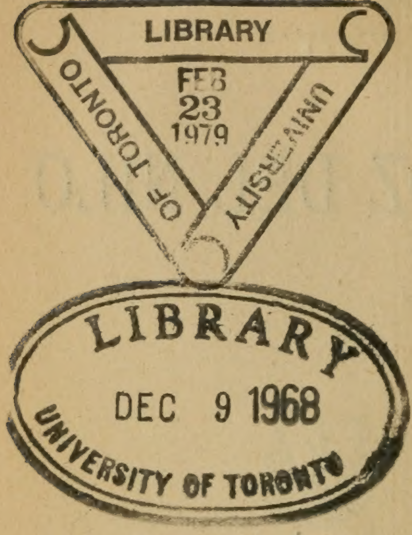
BIBLIOTECA de LA NACIÓN

ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

LA VOZ DEL NILO



BUENOS AIRES
1915



Imp. de La Nación.—Buenos Aires

INDICE

EN EL CAIRO:

MORABEC:

EN EL CAIRO

PUERTO-SAID

Allá lejos, dominada por su faro, agrupándose al parecer en torno de la casa de La Compañía, que tiene el aspecto de un templo, dibújase Puerto Said sobre el incendio del poniente. El malecón, angosto y fuerte, se interna en el mar, dando la sensación de separarse de la tierra para aislarnos entre las olas. Un cañonazo suena; en los buques de guerra se oyen toques militares; y los pabellones caen de los mástiles, mientras las linternas se encienden rojizas, como con chispazos del horizonte. El agua se puebla de chalupas pescadoras a velas desplegadas, y sobre el círculo del monumento de Lesseps varios mahometanos elevan su plegaria.

El movimiento de la mano del gran francés resurge vigoroso en el aire de la tarde, y su pie se adelanta hacia el mar, y su amplio gesto saluda a las banderas de los cuatro vientos del mundo. Varios europeos se ríen de los musulmanes que, sobre sus sebleks tendidos, se pros-

ternan y se levantan, en una especie de ejercicio gimnástico. Bien están, sin embargo, al pie de esa estatua. Sus vestidos son menos fuertes y durables que el ropaje de bronce, pero como aquel hombre tienen en sus espíritus la fe, y con ella se transportan los montes. Fe en Dios—o en un ideal cualquiera,—algo que ponga más allá de nuestras frentes una estrella inspiradora; eso es arma de vigor inextinguible, eso es lo estampado en la tumba de Pasteur, con palabras luminosas de uno de sus discursos. Lesseps dilató el dominio del mar haciendo más próspera la tierra.

El viejo sueño de los Sesostris, los Nekos, los Daríos, y de todos los habitantes de Egipto, se realizó por la fe y el genio de Francia. Este nombre no puede pronunciarse sino con tristeza en lugares que marcan su decadencia política. En medio de turbulencias desencadenadas por hombres y gobiernos insensatos, empieza como a languidecer la luz de la civilización que del Sena salía a fecundar el mundo. En tanto, el monumento, esperando la caída total, o el sacudimiento que vuelva al grande y noble país su antigua fuerza, se alza y habla de su gloria. Y la inscripción del plinto: *Apérimus terram centro*, se lee con placer en latín, cual si el honor de la obra se extendiese sobre

la raza entera... Los mahometanos siguen rezando y los europeos sonriendo; y aquéllos hacen bien, y éstos mal. El Oriente no ha muerto, está aletargado. Sus pueblos son fuertes, quizá sin saberlo, porque aman sus tierras y viven sus dioses. Hostigar a la fiera es excitar el furor de su garra. Los salvajes insurrectos de Pekín no eran, para quien quiera ser justo, sino patriotas. Es más simpático un soldado haciendo barricada con la tumba de sus padres, que luchando por un equilibrio internacional, que es el ajedrez del robo. En nombre de Mahoma aquí, en nombre de Buda más allá, el Africa y el Asia se alzarán un día. Serán vencidos al fin por la estrategia y las armas; pero ya los boers han enseñado lo que significa cantar salmos y defender hogares. Sólo la persuasión del misionero puede conquistar a los orientales, pues así su necesidad imperiosa de creer, es substituída y no arrasada. Pero algunos franciscanos, en Siria, nos han dicho que entre los musulmanes sus voces se pierden infecundas: son irreductibles fanáticos. Si hay algún inglés entre los del grupo, en vez de reir, debiera meditar, ya que es su gobierno el que más se impone en las orillas del Nilo.

EN TREN

Saliendo de Puerto Said, el ferrocarril costea largas extensiones del canal de Suez y, al otro lado, una llanura anegada. Aquí y allá, rompiendo la monotonía de la inundación, pedazos de verdura asoman, brillan y esmaltan. Sobre uno de ellos vemos una cigüeña, de pie, evocadora de un viejo grabado. Y al entrar en la tierra del sol, nos obsede el recuerdo lejano de un cuento, nacido en un país de bruma. Pequeño libro ilustrado, el de Andersen, nos dió por la primera vez la sensación deslumbradora de mundos desconocidos. Por él sintió nuestra infancia, con una vaga inquietud, despertarse el instinto que pone ansiedad en los ojos, si una ave vuela y una nube pasa. ¡ Ah, qué bella historia la de la hija del rey del Limo!

Con un plumazón de cisne, su madre abandona el Egipto para llegar, no lejos de Skagen, a los terrenos hornagueros de la punta septentrional de Jutlandia. Busca la flor milagrosa anunciada por el oráculo para salvar a su pa-

dre enfermo. Sus hermanas, celosas del cariño del faraón, la abandonan en un pantano y le roban las alas. Una cigüeña lo presencia todo, y ve desaparecer bajo las aguas a la princesa. Pasa un tiempo, y en un iris surge, como pistilo de la flor, una hermosa niña. Es Helda, hija del rey del Limo y de la pobre prisionera. La cigüeña la toma suavemente y la deja en el lecho de la mujer de un pirata normando. En aquella casa la niña crece. De día es hermosa como su madre, con un carácter bravío donde bulle el alma del rey, y de noche se transforma en rana, recordando el cieno, su cuna, y sus dulces ojos reflejan el espíritu de la princesa. Los piratas llevan al castillo un prisionero, heraldo de una religión nueva. Se decide su muerte. Helda pide presenciar el sacrificio. Su madre adoptiva la busca después de metamorfoseada en la noche, le habla con elocuencia, y los ojos tristes, inteligentes, del inmundo animal, vierten lágrimas. El sacerdote, a quien liberta, le hace el signo de la cruz, y libre de su sortilegio, adquiriendo para siempre la forma humana, saca del pantano, tras milagrosas aventuras, a su verdadera madre, toma la piel del cisne traída por la cigüeña, y vuelve a Egipto, siendo la flor que con un beso da la salud al

abuelo. Esa historia, celebrada por la corte, es esculpida en los muros del palacio...

Por el gozo que el cuento nos produjera, con su visión de países exóticos, se nos regaló un ejemplar de *Las mil y una noches*. El hombre del Cairo surgía a veces de los cuentos árabes, como un rayo de luz fantasmagórica, quedando durmiente en la imaginación, para pintar después, al soñar, extrañas escenas. Y hoy, camino de esa ciudad, nos recibe la silueta del libro dinamarqués, real y viva entre los juncos, anunciando al viejo Egipto, la eternamente renovada juventud de sus mieses. «¡Oh amable y palpitante símbolo, con cuánto placer recibimos tu bienvenida! Salve a ti, que cruzaste con un soplo encantador por la primavera de nuestro espíritu, llevándonos en tus alas armoniosas hasta la cueva mágica de Aladino...» Y la noble cigüeña no oye, y la vemos borrarse en el horizonte, pues el tren vuela, muy ajeno a nuestro encuentro amistoso.

Al cabo de una hora delíneanse llanuras arenosas, bebiéndose las últimas aguas, y, de vez en cuando, surgen palmeras.

Antes de llegar a Ismailía se impone la impresión del desierto. El sol enceguece, el calor aumenta. Los raros árboles aislados lo sien-

ten y se inclinan como buscando un refugio en su propia sombra.

Después de Ismailía, el paisaje cambia y aparece resplándeciendo el Nilo azul. Con emoción se saluda al río : él es el Egipto. Se viene a escuchar su voz sonante con los ecos de las más viejas civilizaciones. La frescura de sus aguas tiene el primer aliento del mundo exhalado sobre templos, palacios y sepulcros. Hay otros ríos, y entre ellos el paterno, que hablan más al corazón ; el Nilo es un río del alma. Jesús lo cruzó antes de recibir las aguas del Jordán. Mirarlo, es también un sueño de artista. Cual los viejos faraones, saludámoslo con el nombre de Padre de los dioses, evocando la imagen que lo simbolizaba, con la corona de papiros y el ramo de lotos... Los terrenos de aluvión acarician los ojos con sus sembradíos. Las palmeras se aproximan y, eslabonando sus penachos, forman en los aires oasis de verduras. Villas y aldeas se suceden. La animación de las estaciones es extraordinaria, con gritos pregonantes de naranjas y dátiles, entre el movimiento de negros y de blancos, y la mezcla de túnicas ceñidas y mantos sueltos, con tarbuches rojos y multicolores albornoces.

En las eras, los ganados se multiplican ; en los caminos, los cargamentos, sobre una raza de

fuertes y pequeños asnos, pasan sin cesar, rozando las monturas de los camellos sufridos y enigmáticos. De todas partes llega una impresión de bienestar, con fiebre de trabajo ; y el color de los cuadros y el bullir de la vida acrecen, mientras el Cairo se acerca. El tren, como en París o en Nueva York, entra silbando bajo una resonante bóveda de cristales ; estamos en la ciudad de los Califas.

ISMÁ ILIYA

Ismá Iliya, barrio central del Cairo, contrasta con el resto de la ciudad, por sus amplias avenidas de acacias gigantescas y los jardines de sus palacetes modernos. Ismá Iliya, corazón de la vida bullente, con sus hoteles colosales y sus terrazas cubiertas de mesas, rebosa de extranjeros y de músicas. Ismá Iliya, perpetua fiesta de matices, es rincón del mundo adorado del sol, pues encuentra donde esmaltarse y morir sonriendo, al resbalar por sobre los árboles, y temblar en el movimiento de las calles. Ismá Iliya, lugar alucinante : en él se asiste, en pie y caminando, a un sueño de Oriente, que brilla y habla.

Uniformes de soldados turcos pasan entre los de ingleses y egipcios ; y gentes vestidas con las últimas modas de París se mezclan a coptos y abisinios, beduínos y bohemios, indios y negros. Las ropas iguales a la nuestra nos llaman a la realidad ; y el otro mundo, mareante, resplandeciendo con sus albornoces y mantos,

muévese sin cesar, como al impulso de una ola que mezcla los colores sin poder fundirlos. Los caballos y los burros y los camellos dan al espectáculo una vibración más vasta, agitando a diversas alturas caballeros y cargamentos en un vaivén pintoresco. Cruzan las victorias llenas de extranjeros, y en los palanquines y en los cupés vese a las mujeres, cubiertas con tules blancos, custodiadas por los eunucos. Desfilan a escape delante de los coches los saïs, esgrimiendo lanzas y haciendo relampaguear las labores áureas de sus túnicas rojas. Pululan negras que dicen la buenaventura y árabes que juegan con llamas y gumías, y vendedores de frutas que, en vez de gritar, cantan desoladamente. Algún músico del Sudán toca un arpa de gajos de sicomoro, sobre una caja sonora, adornada en sus aristas con penachos de palmera... Hay momentos en que las telas de los maestros venecianos, donde personajes bíblicos se juntan a contemporáneos de Italia y Oriente, evocadas sin esfuerzo, parecen animarse, derramando en Ismá Iliya con sus audacias de color, la balumba de sus anacronismos, real y palpitante.

EZBEKIEH

Estamos en febrero ; los telegramas del Sur de Europa anuncian en todas partes la nieve ; el frío es intenso. Aquí se vive en buen tiempo perpetuo, con el ambiente delicioso de una templada primavera. Por las mañanas, invariablemente, reina hasta las diez un vaporoso velo ; el sol lo disipa al fin, y bajo una bóveda de límpido azul, la ciudad de los alminares se dibuja como infiltrada del espíritu de la aurora que ocultó la niebla.

El júbilo del aire derrama una voluptuosa juventud, ligera como una ala leve que roza y vuela, contrastando con el sombrío misterio de esta tierra de Egipto, cavada cual ninguna otra del mundo, por los sepulcros. En el centro de Ismá Iliya está el parque Ezbekieh.

Invitan a entrar sus plantas : tienen realmente amoríos con la luz, y en su contento de vivir, en vez de sonrisas, dan flores. Las palmeras abren sus copas para abatirlas radiantes ; los penachos, con la brisa pasajera, tejen

un murmurio de bienvenida, que se lanza entre las frondosidades a morir perfumado. Todos los árboles del Egipto se juntan en torno de gigantescas acacias. Los extranjeros aparecen en medio del bosque tupido. El sol resbala por las copas, y baja hasta las aguas en vivos resplandores de oro, temblando sobre las verdosas transparencias hechas por los reflejos de los flotantes lotos. Y apenas puede filtrarse por entre las hojas lujuriantes, porque las lianas lo ahogan enroscándose en los árboles, y después se trenzan y caen, cual si no bastaran los troncos para absorber las savias de la tierra. Los juegos del agua saltan, en tanto, de las grutas centrales, y, más altas que las copas, convierten en el espacio los áureos reflejos de los estanques en cascadas diamantinas. Y en otras fuentes, entre victorias regias llenas de vigor y frescura, los pelícanos nadan, hundiendo sus bolsudos picos, y alzando los cuerpos como espumosos ampos, donde el sol dibuja rayos a través de rosas ideales.

La gente se pasea en torno de las grutas, desplegando el hormigueo cambiante de sus colores ; y los europeos y los orientales, en dos mundos diversos que se tocan y no se confunden, van y vienen con un sacudimiento igual de vida. El bienestar les llega como una virtud del

aire voluptuoso entre los árboles robustos cuajados de enredaderas. ¡Cuán raro efecto producen los desfiles fúnebres de la avenida! Los entierros cruzan a cada instante con el muerto a cara descubierta, entre el canto agudo de los imames. Los suras silbantes, con un clamor angustioso, restallan entre los llantos de las mujeres que gimen por dolor, y los de las que desempeñan un oficio. La muerte, en medio de tanta vida, sorprende con su cortejo extraño, donde las plegarias se mezclan a las imprecaciones. En la calle, el tumulto de los vendedores y paseantes crece, como para no oir el coro importuno. El parque, indiferente, respira con más júbilo al sol, y a veces una brisa irónica sopla sobre las enredaderas, y echa sobre el rostro del cadáver las flores que arranca...

BODA ÁRABE

Nos han conseguido invitación para un casamiento: en marcha. A la llegada, hallamos un despliegue de banderas en plena calle, como si se tratase de una fiesta pública. Una banda de música atrae a la gente del pueblo que a cada coche de extranjeros, grita «bakshish», con la esperanza de unas monedas. Entramos en la casa del Bey, y nos envuelve un soplo de la Exposición de París: el tamboril, la flauta, el canto, el golpetear de manos de la Danza del Vientre. Felizmente, aquello es simple música, lo que es ya bastante. Parece que las célebres aoualin, esas encantadoras de las fiestas de los califas, hadas del baile árabe, han desaparecido por completo... El salón es un jardín transformado en tienda. Los caminos de arena se han cubierto de alfombras, y los muros y el techo, son techo y muros de tapices. Las banderas y los estandartes, con la nívea luna sobre el campo sangriento, se mezclan a los escudos con arabescos que narran los títulos

del Bey. Penden innumerables arañas en ramilletes de estalactitas de cristal con la explosión de cientos de luces. Los redondos reverberos, reflejándolas, se transforman en fuentes de cambiantes iris. Todos los bordados de las tapicerías, con la infinidad de sus colores, resurgen en líneas idealizadas, en el fondo de los espejos. El ambiente es el de un palacio quimérico de leyenda.

Un criado, con el fez turco y un za'bout de seda azul, nos ofrece la taza de café, pequeña ccmo un dedal, especie de saludo de Oriente, símbolo de hospitalidad graciosa. Entran europeos vestidos de frac, y oficiales escoceses con su tradicional uniforme : hay alemanes, ingleses, americanos ; tipos de todas las razas, y aquello se convierte en un curioso bazar cosmopolita.

Muchos de los turcos, en vez de la stambulina, traen caftanes, con las mangas más largas que los brazos, y geblahs flotantes de seda. Vemos pasar algunas mujeres. En vez de salir a recibirlas algún miembro de la casa, los eunucos las conducen y custodian como a bestias de feria. Bajo los seblehs de matices obscuros, aparecen vestidas de blanco. De níveas, vaporosas muselinas son los burkos que envuelven sus cabelleras negras. Penden de sus

cuellos cadenas de oro, y el milayéh que oculta el rostro, deja a veces ver sobre el pecho, al palpitar con el aire, fulgores amortecidos de esmeraldas y diamantes. Las manos, cargadas de anillos, se disimulan, al levantar y ceñir los mantos que les quitan la esbeltez de las formas. De toda su persona sólo se ve un círculo libre, sobre la nariz, hasta mitad de la frente. Por eso el kolh convierte hábilmente los ojos, en las flores brillantes, misteriosas y raras, de aquella única ventana sin celosía... Pasan despertando una gran curiosidad y dejan casi un sentimiento melancólico. Siguen por un corredor, suben por una escalera : los eunucos se dan vuelta para cerciorarse de si alguien los sigue. La precaución es inútil... *et même vexante.* Así dice un francés, con tal aire de convicción, que estallamos en una carcajada.

Los criados pululan en tanto, repartiendo cigarrillos perfumados y agua con azahar. En un salón vecino de la tienda improvisada, se verifica el festín. Los convidados aparecen tendidos en cómodos divanes. Desfilan bandejas de cobre llenas de platos de porcelana con porciones respetables de guisos de aves. Basta observar un instante para comprender que aquéllas son unas Bodas de Camacho, aunque el buen don Alonso las hubiese desdeñado por no sen-

tarse entre infieles. Sancho, más contemporizador, no pasaría de largo; pero al poco rato, soñando con su Valdepeñas, tronaría contra la ausencia de todo pellejo de tinto. En efecto, se sigue aquí la ley mahometana, y el vino falta. También se come con las manos, cosa que, al parecer, es muy natural, muy cómoda, muy simple. Pero como no se puede sostener su limpieza, detrás de cada comensal hay, llena de agua, una palangana sobre un trípode.

Algunas conocidas de nuestro hotel pasan llevando flores, custodiadas por eunucos. Naturalmente, las seguimos. Llegan a la escalera misteriosa y suben. Danse vuelta y nos lanzan una mirada burlona. Nuestro querido francés no dice ya nada, profundamente desconsolado. Cuando vuelven, hablando a la vez, nos cuentan lo que han visto. En resumen, poca cosa. La novia es joven y fea: estaba entre dos eunucos: todas las acompañantes huyeron al sentirlas. Ellas entregaron sus ramos de flores y recibieron de la desposada una sonrisa. Como no hablaba ningún idioma extranjero, no se dijeron nada. Las despidió con un gracioso zalamelé, tocándose el pecho y la frente con las manos, es decir, corazón y cabeza agradecidos... Estamos en un patio, y en lo alto, detrás de las celosías, se oyen risas de mujeres.

Aquellas misteriosas sombras de carne y hueso que nos andan persiguiendo, están allí en inaccesible torreón. Los muchrabiyehs aparecen con rejas tupidas : quizás hasta el sol, por ser masculino, no debe meter en el serrallo sus narices de luz indiscreta. Dar ojos al pensamiento sin duda es falta que el Corán anota, pues aunque de todo punto es imposible ver, un eunuco nos echa con ademanes que no pueden clasificarse entre los gestos amables.

En el corredor encontramos al novio. Sube a casarse, y sólo después de la ceremonia, siguiendo el precepto de su religión, levantará el velo de la desposada. Las señoras que ya la han visto tienen ganas de advertirle caritativamente que es muy fea... A poco desciende. No parece impresionado por el descubrimiento. Adiós ilusiones sobre un cortejo interesante. Nos hablaron del desfile de la novia, bajo un baldaquino de púrpura, entre una lluvia de flores. Los eunucos, abanicando con grandes palmas de plumas, debían rodearla, precediendo a la familia y a docenas de amigas, envueltas en hermosos sebleks de ceremonia. Así se conduce al baño a la recién casada.

En cambio de eso, los convidados forman dos compactas filas. La marcha real suena cuando llega el novio al pie de la escalera. Este reco-

rre la calle hasta el fondo. Los abrazos y los palmoteos, creciendo en entusiasmo, degeneran al fin en un verdadero ataque, obligándole a correr y saltar al refugio de la escalera, como un ciervo en derrota. Allí se repone un tanto ; lleva su mano al fez y grita «¡ viva el Padichá !», «¡ viva el Jedive !» Todos responden con un ¡ hurra ! atronador, y el incendio se propaga y se oye afuera la algarabía de la multitud. La puerta del harén se cierra tras el Bey, y la de la calle se abre para nosotros ; hay que irse, ha concluído la fiesta.

DERVICHES

Un coche, en carrera desenfrenada, nos lleva al convento de los derviches danzantes. En el salón hay una galería alta y otra baja de madera, y en el centro un círculo encerado. Con amplios mantos grises sobre túnicas blancas, aparecen los monjes. El jeque preside desde un tapiz recamado de oro. Al pasar le saludan todos los derviches ceremoniosamente; después se sientan a la oriental sobre almadraques, y caen en oración profunda.

El jeque abre los brazos y en alta voz formula una plegaria. Desde el almimbar responde un lector, cantando en seguida varios suras. El coro de los monjes se alza rompiendo su meditación, y una flauta suena como un llamamiento lejano. En lo íntimo del ser de los penitentes parece desplegarse el genio de la inspiración, y se ponen en pie, obedeciendo al imperio de esa voz misteriosa. Salúdanse con profundas reverencias y giran luego con los brazos tendidos, mientras sus manos dibujan signos

cabalísticos. El canto de la flauta se complica, deja sus sobresaltos al compás de los nakarehs, y con los tabl'beledi se mezcla y armoniza en una monótona melopea.

Los derviches echan las cabezas sobre los hombros; y las manos, agitándose, sugieren una agonía de náufragos, hasta quedar rígidas, como saliendo de la ola, mortaja del cuerpo muerto. Y giran ausentes entre ellos, sin tocarse, y son las ruedas de un engranaje que se combina, muévese y vive, dando las horas en el círculo del éxtasis. En las cabezas parecen conservar restos de conciencia para gozar de su devoción, y en sus manos, siempre rígidas, se pasma la voluntad. Pierden la noción de la vida real; al fin, obedecen a un impulso, que les anonada la última vislumbre inteligente. Sus blancas túnicas, cuando la fuerza extraña que les mueve se acelera, cobran vuelos, y una especie de campana flota en torno de sus cuerpos. Estos se hacen más ligeros, y el ejercicio adquiere cierta natural elegancia, con la flotante vestidura en leves ondulaciones de vela juguetona. Al fin, llenos de serenidad, danzan casi dormidos. Semejan los surtidores de una fuente con reintegrantes movimientos de aguas, y así, no agotando la causa de su impulso, son capaces de moverse horas, y cual los cristalinos juegos,

los derviches distraen con sus giros, y acarician el pensamiento, como las espumas, sin saber lo que con sus murmurios dicen... Pasa mucho tiempo y quedan en el mismo estado, imitando en realidad—tal es su simbolismo—la rotación de los astros.

En el mismo día se exhiben los derviches aulladores : otra carrera desenfrenada del coche nos lleva a su convento. Aquí el tekké tiene el salón de ceremonias al aire libre, bajo de una parra. Por entre las hojas fíltrase el sol, y tiemblan alegres claros de azur. En una especie de proscenio están los monjes ; la ceremonia ha empezado.

Sobre el público el sol cae a raudales. Los tarbuches son llamas rojas entre los turbantes blancos de los jerifes, y los verdes de los peregrinos a la Meca, y los de tintas claras de los ulemas. Los sombreros de las mujeres europeas y los matices de sus trajes se entremezclan a las túnicas y mantos que tienen los reflejos del iris y hacen una oleada, estremeciéndose con recuerdos de nube, mar y cielo, y de todo lo que es color, júbilo, vida. La miseria de los derviches, con sus restos de vestiduras orientales y ropas europeas, contrasta, en sus movimientos desesperados, con aquel rincón coruscante. Proclaman sus gritos, que no hay más

Dios que Dios y Mahoma es su enviado, y esa profesión de la fe musulmana se transforma en algarabía rugiente. Sus cabezas se agitan, desgonzadas, con sobresaltos espasmódicos. Hay uno impresionante, con su melena, que azota su pecho y su faz de viejo, evocando los salvajes brotes de una ruina meditabunda y desolada. Se ven cabelleras sacudidas como enormes pañuelos en un adiós trágico. Atrae sobre todo un poseído, con un chaleco de terciopelo elegante y desgastado, que quién sabe por cuáles circunstancias del destino está sobre su pecho. Los ojos se le saltan de las órbitas, y en su respiración anhelante hay el horror de una angustia que será agonía, si no encuentra un anonadamiento extático... El pergamino de los nakaresh resuena frenético entre los golpes metálicos de los tablbeledi, y una zemmara modula una queja. Los penitentes la buscan para reposarse en su lamento temeroso. Mas, de pronto, es un trueno rugiente, restallante en los instrumentos exasperados, lo que pasa en turbión, y las cabezas todas, sin oir el son de la flauta, se agitan con un estertor horrísono. Los pechos parecen romperse y exhalar el alma; los derviches se abaten insensibles, catalépticos; los fieles pueden ir a tocar sus cuerpos santificados.

EN EL VIEJO CAIRO

Buscamos, en el viejo Cairo, más allá de la isla de Roda, la célebre iglesia copta. Descendientes directos de los antiguos egipcios, tienen los coptos, en general, algo que atrae con el interés que despierta la vieja raza del valle del Nilo. Su religión es la cristiana, profesada con hondo fervor. Siguen aún hoy la herejía de Eutiques, viendo en Jesús sólo su naturaleza divina, sin aceptar el concilio de Calcedonia. Sepultado en el fondo del más vetusto barrio del Cairo, es menester, para ver su templo, subir y bajar callejuelas, rebosantes de muchachos que saltan de antros obscuros, sobre empedrados sin aceras. Por algo que simula un sepulcro etrusco, se desciende al asilo sagrado, donde la Virgen se detuvo con el Niño, según la tradición de esa huída, en que la imaginación popular, cristalina como un arroyo, ha hecho nacer tantas perfumantes frescas rosas. Después de bajar aún muchos escalones, se llega al gran recinto. Se cree entrar en un subterrá-

neo, y la construcción se eleva y crece ante nuestros ojos. Lo dividen rejillas, dándole extraño aspecto, bajo plafones y muros de cedro. Las incrustaciones de marfil y nácar se multiplican del techo al friso. La luz sombría huye misteriosa de los altos, vagarosos agujeros, como si siendo del tiempo de Eutiques pudiese no perder su noble antigüedad, encerrándose en el cavernoso ambiente. En tanto, todo el recinto es una maravilla de ligeras ornamentaciones, abiertas al parecer en la penumbra, como finos helechos en la humedad de las grutas.

A un paso de allí está la curiosa mezquita Amru. Un patio colosal, lleno de árboles y arcadas, es lo primero que se mira. Allá, al frente y en el fondo, un bosque de columnas de piedra, con techo plano, rodea al mirab, que forma la verdadera nave. Vemos dos columnas gastadas por los fieles al pasar entre ellas, pues el hacerlo es buen augurio de que las puertas del cielo no les serán cerradas. Hay mármoles de todas dimensiones y de todos matices, restos de construcciones romanas y bizantinas, en extraños juegos. En un bloque gris veteado, traído milagrosamente, según la leyenda, desde la Meca, aparecen los nombres de Alah, Mahoma y Solimán, formando un arabesco.

En el templo no se celebran los ritos. El ára-

be errante, en su silencio, acentuado por el murmurio de las hojas, estremecidas por los frescos soplos del Nilo, sólo puede, bajo el jubiloso cielo indiferente al que sufre y espera, recoger la paz que exhala el sueño de las cosas. Y puede también, entre los árboles, contemplando la nave de piedra, evocar la mezquita de Medina, edificada por el profeta mismo. Allí, palmeras reales eran columnas, apoyo natural del techo. El viento, llegando del desierto, después de zumbar en la esterilidad de la nada, animaba las copas como éste viniente del Nilo; y en sus murmurios vagaba el espíritu del Enviado, con pensamientos sin palabras, evocadores de los árboles que, según su promesa, dan sombra a las fuentes del Paraíso.

CAFÉS

Camino de la Ciudadela cruzamos un barrio lleno de cafés árabes. Mesas roñosas, cubiertas de naipes y rodeadas de jugadores; alacenas mostrando los narguillés y las cafeteras; por todas partes la misma decoración, sin más lujo que el de un farol colocado en el centro; he ahí todo. Los árabes fuman, con las piernas cruzadas a la oriental, sobre cojines crinosos. Los jugadores están sobre bancos rústicos. En alguna puerta resuenan los cantos de un châ'ir, y se le oye con religioso silencio; en algunos interiores, se ven, a través de los vidrios, mohahditins relatantes de historias maravillosas.

Son los herederos de los rawias, que iban de tribu en tribu y de corte en corte recitando, entre reyes y vasallos, las kasidas del amor y de la guerra. Refiere la tradición que el poeta Mabed, camino de la Meca, llegó sediento a pedir socorro de una tribu. Un negro que llevaba el odre sobre el hombro le negó agua; y el peregrino se acostó desolado, entonando uno de sus poemas. Entonces el sakka, prosternándose, le ofreció todo su odre y rogóle le permitiera seguirlo, pues él se encargaría siempre de

mitigar su sed, con tal de oir sus canciones. Así era el espíritu del pueblo árabe... Feresdak, escuchando la mualakat de Lebid, se prosternó diciendo: «Otros caen de rodillas ante ciertos suras del Corán; yo saludo en esta forma los hermosos versos.» Así era el espíritu de la clase elevada... Y hoy, en estos cafés populares, los antiguos gustos renacen, o por mejor decir, se perpetúan.

El cuadro da la impresión de ciertas calles andaluzas, donde el cigarrillo y los naipes y la charla sobre toros, son los elementos de la vida cuotidiana, entre un rasgueo de guitarras, un paso de jota y una copla de *cante hondo*... Dejamos a los clientes de los cafés, contentos. La alegría empieza a ser cosa santa en el mundo sombrío. Hacen bien en olvidar estos árabes que es de trabajo la vida del hombre sobre la tierra. En Europa la civilización moderna los transformaría en obreros, matándoles la felicidad, al despojar sus almas de creencias y sus músculos de fuerzas. El humo de los narguillés no es de usina que les empañe el cielo, y al través de sus giros lo ven cual techo azul de una vasta tienda hospitalaria. ¡Que no conozcan otro y sigan tranquilos fumando y oyendo la historia de Antar y las aventuras de Seyid, contadas por sus poetas; he ahí los votos del viajero!...

QUINTAS

En el camino del museo Guiseh presenciamos una escena muy diversa. Grupos de hombres y mujeres esperan, delante de la gran caserna, el sorteo de los soldados. La característica de este pueblo es berrear hasta ensordecer, al menor incidente de la vida callejera o a la menor disputa por una mosca que vuela. Asombra, pues, el observar a hombres y mujeres, en pie o tendidos por tierra, con inmovilidades de esfinge. Expendedores de frutas y dulces han construído sus tiendas, y en vano pregonan sus mercancías : nadie se mueve. Apenas si algún sakka, de odre de pellejo de cabra sobre el hombro, es llamado y se le compra un vaso de agua ; o si algún beduíno de manto azul y albornoz blanco se regala con los jugos de azahar vendidos por un hemalí. Y llegan incesantemente, tiradas por burros, plataformas sobre dos ruedas, cubiertas de mujeres. Y éstas bajan alineándose silenciosas, envueltas en el chal negro, con el milayeh abierto sobre los ojos y ligado a las

binchas por espirales de alambre. Hay entre los grupos una atmósfera opresora, con la angustia de la desgracia; pues para esta gente los decretos que vienen del gobierno casi desconocido, misterioso y temible, como la divinidad misma, implican, si mandan los hijos a otro lugar, un augurio de catástrofes o muerte... Nos llaman la atención, soldados ingleses que entran y salen de la caserna. Un drogmán nos dice: «Son ellos al fin los que hacen todo, muestren o no la mano, y el día que las obras de Assuán se concluyan, serán los exclusivos señores del Egipto. Comprendiendo que el Nilo es nuestra vida, se lo han adueñado. Con gran sentido práctico, recogerán en sus diques un enorme caudal en detrimento del nuestro, y cuando la creciente del río no baste, repartirán a sus plantaciones de algodón esas aguas, mientras perecerán las de los naturales. Es la miseria, es el hambre en perspectiva.» Vamos a responder, saludando a esa ingeniería evangélica, cuando una estentórea voz dice un nombre. Sigue la lista de los designados que no podrán salir ni a despedirse. Madres, hermanas y esposas, se cubren de cenizas y de tierra. Con el último nombre, estalla un lamento formidable y un aullido pavoroso. Luego, dispersándose el concurso, se divide en grupos. Los favorecidos

por la suerte no consuelan a los otros, sino, también gritando, les acompañan en su pena. Los hombres maldicen entre los sollozos de las mujeres. Algunas se mesan los cabellos, desgarrándose los tocados. Un mendigo, cubierto con un sayal gris, apóyase en un niño descalzo, que lleva apenas una camisa sobre el cuerpo. Gigantesco, silencioso e imponente, avanza el anciano, y sus ojos de ciego, llenos de gruesas lágrimas, están más obscurecidos que nunca. Entre el desconcierto de ininteligibles palabras, nos estremece un soplo de las antiguas tragedias. Y de pronto, el mendigo, dominando la multitud, nos da en su serenidad dolorosa, como en un relámpago, la impresión de Edipo partiendo al bosque purificante, entre el horror compasivo de su Tebas... Los grupos se alejan por la avenida, y el sol, filtrándose entre las acacias, les pone aquí y allá alegres escamas de oro.

SEPULCROS

Antes de llegar a las tumbas de los Mamelucos, nos encontramos con un curioso barrio. Sus construcciones sin interés arquitectónico, cuadradas y chatas, irradian al sol con uniforme blancura. En las calles reina un profundo silencio, acentuado aquí por el canto de un pájaro y más allá por chicuelos que juegan al disco. Estamos en pleno cementerio. Cada casa es un sepulcro. Hay uno abierto, donde se hacen reparaciones y nos permiten entrar. La muerte no junta entre los mahometanos lo que la vida separa... Quizá parezca una paradoja si agregamos la palabra sexos, pero así es : en los sepulcros se encuentran el departamento de hombres y el de las mujeres, tal como en las casas, el selanlik y el harén. Hay una tercera antecámara destinada a los deudos y a sus visitantes. Las familias, en los aniversarios, pasan el día, reciben, y a veces velan en las vísperas. Los que pueden hacer limosnas, llaman también a los pobres, y los sepulcros se llenan de animación.

Las tumbas son muy hondas, para que los cuerpos se levanten y oigan en pie a los ángeles Nekir y Múnkar. Estos los examinan la noche siguiente del entierro, desenredan sus almas y escriben sus acciones en los libros santos. Cada sepultura tiene una simple lápida, y la de los hombres, un turbante. Esculpido en mármol, cambia de formas, de tamaño y de color, según la categoría del difunto. Es copia exacta del que llevó el viviente. El turbante tiene su significación moral. Acompañando al hombre con una tela que da siete vueltas a la cabeza, equivalentes al largo de la mortaja, le recuerda siempre el último sueño. Y después, eso que fué en la existencia evocación de muerte, es en la muerte, alzándose esculpido sobre las losas, símbolo de resurrección y de vida.

Todos los cementerios turcos y árabes que hemos visto, encuadrados en las ciudades como jardines públicos, o en las afueras con el mismo carácter, atraen ; y hombres y mujeres, desde niños, jugueteando entre ellos, se familiarizan con la muerte. Lo mismo es este del Cairo. Algunas calles y muchos sepulcros aparecen cubiertos de viñas a modo de pabellones de verdura. Las lápidas funerarias tienen así en dibujos de oro, furtivos epitafios sin palabras, que caen entre el murmurio armonioso de los

pámpanos. El tranquilo barrio se llena de apacibles imágenes, y créese que si se golpeara a las puertas los muertos saldrían a abrir con el saludo de la hospitalidad antigua. La muerte no destila amargura ni dolor ; sus sombras son transparentes ; su sueño es casi divino y su genio vagabundea como alada sonrisa que toca el sol con la esperanza de una inmortalidad venturosa.

Al fin, llegamos a los sepulcros imperiales. Por entre una reja se ven, en un patio, varios de Mamelucos, antes fuertes y temidos. En el panteón nos ponen pantuflas como en un templo : las alfombras ceden mullidas. Las puertas de bronce en la cámara aparecen con tan ágil, ligera explosión de labores, que cuando se las empuja sorprende su resistencia. Las tumbas surgen como catafalcos de parada, y hay un vivo contraste entre ellas y las bóvedas grises y macizas. Todas son inmensos bloques de piedra, convertidos por el cincel en vibrantes cuerpos de inverosímiles filigranas. No tienen un solo claro : matices rojos y azules, escarlatas y rosados, áureos y violetas, con medias tintas inexpresables, hacen de cada una, un caprichoso ramillete de azúcar coloreada. Basta la imagen de esa sensación para comprender que no son bellos. El pésimo gusto es

casi de regla. Mas es curioso el trabajo en mármol : hay que palparlo para cerciorarse de que, siéndolo, ha tenido tanta ductilidad. ¡ Quién sabe si algún hechicero de *Las mil y una noches* no esculpió los sepulcros en finas maderas, petrificándolos después con un soplo!...

El de Tewfik Bajá es, sobre todo, admirable por la paciente habilidad que demuestra. Sus únicos matices, oro y azul sombrío, le dan un aspecto severo, que lo aparta un tanto de los otros. Los epigramas que narran las glorias del muerto se armonizan, por modo inimitable, con el carácter del monumento. Poned esas inscripciones en letras latinas, y serán un parchazo entre las flores y bordados de la piedra cincelada. La escritura árabe es una como explosión de nuevas fantasías del cincel, enlazándose a los giros de los ornamentos en el ardor de la misma fiebre. Y así, el sepulcro que, en vez del de un general, parece el de una princesa, antójase narrando con las letras una historia que, siendo la leyenda de la muerta, es un sueño mágico del alfabeto.

Dejamos las tumbas de los Mamelucos para ir a ver las de los Califas. Estos grandes sultanes dejaron una verdadera ciudad consagrada a sus cuerpos. Es realmente hermoso mirar la necrópolis desde una altura. Mezquitas y mo-

numentos mezclan sus alminares y su explosión de cúpulas estriadas. Las rodean grandes descampados y surgen en la soledad, con el interés melancólico de las cosas declinantes. En algunos de sus muros, hay sebiles de que caen perennes hilos cristalinos. Las hijas del Cairo, con el odre sobre el hombro, se acercan en innumerables caravanas y forman grupos, y mezclan el murmullo de sus palabras al estremecimiento del agua. Así, de aquellos califas—perseguidores de la gloria para adornar el amor—evocan el último sueño : la mujer y la fuente.

EL BAZAR

Pasamos por la plaza del teatro de la Opera, dejando avenidas de árboles frondosos, para internarnos en callejuelas, donde, aunque sus gentes no hagan nada, la pereza no habita en las gargantas. Por todas partes suena un clamoreo incesante. Es curioso el aspecto de las dos hileras de casas apenas separadas por un metro, a causa de los machrabiyehs salientes y de sus rejillas trenzadas. Abajo se tienden líneas interminables de tiendas. Son especie de casillas cuadradas, sin dejar ver puertas, como grandes nichos cavados en los muros. Y allí aparecen con las piernas cruzadas sobre almohadones o alfombras, lampareros, zapateros, sastres, trabajando alegremente entre el bullicio de la calle. Las mujeres, haciendo sus compras en puestos de comestibles, van y vienen con las criaturas a horcajadas sobre el hombro. Los sakkas hacen sonar sus característicos vasos de metal sobre un platillo de cobre, vendiendo el agua recogida en los sebiles. Cuando algún ca-

mello se cruza, interceptando el tráfico, una cinguizarra infernal estremece muros y celosías. Y esto es muy frecuente : a menudo pasan los de las postas, con el hombre arriba, que debe ocuparse de su carga, carabina, yatagán y arreos, al mismo tiempo que de las riendas. Los muezines, entonces, en vano lanzan sus llamados a la plegaria desde los alminares. Hay una verdadera profusión de mezquitas en el barrio, y nadie oye el clamor de sus sacerdotes, que no hace sino añadir a la algarabía de la calle un tumulto en el espacio. Tranquilo, lejos de todo, por entre la mugre de los muros se divisa, divinamente azul, el cielo.

Esta agitación de un pueblo vociferante y movedizo, que por las mañanas se emborracha con el aire y la luz, bulle en torno del Bazar, aquí, como en toda ciudad oriental, perenne feria de los negocios.

Atraen principalmente las exposiciones de tapices, bordados y sederías, donde hay rincones de la cueva mágica de los cuentos. Las piedras preciosas se juntan en sartas sin formar collares, como flores cortadas en profusión deslumbrante. La lámpara invisible de Aladino arroja el fulgor sobre las facetas, y nuestros ojos se llenan con detalles de luz triste o jubi-

losa, según el crepúsculo o el meridiano de sus orientes.

Vemos en tres vasos de cristal diamantes, esmeraldas y perlas negras. Pensamos en una célebre canción árabe.

Las lágrimas del enamorado son de un completo albor, porque llora ha tanto tiempo, que ellas se emblanquecen cual sus cabellos.

Después, las lágrimas son verdes, porque sus fuentes se han secado, y no es llanto, sino hiel, lo que corre de sus ojos.

Por último, las lágrimas son negras, pues no quedándole hiel al amante, se funden con el dolor sus pupilas mismas.

Y en la cueva de los cuentos, al influjo de la lámpara, esas lágrimas se transforman en diamantes, esmeraldas y perlas obscuras, y miran como con el recuerdo de los ojos humanos de que nacieran... La multitud nos envuelve y arrebata, y el mundo europeo, mezclado al del Cairo, anima con clarobscuros el cuadro. Y los trajes y las lenguas de aquél, como constante realidad de nuestro estado, hacen aquí, cual en parte alguna, más sensible la ilusión de que lo pintoresco es la representación de un sueño.

MUSEO ÁRABE

En el Museo Árabe se mira con placer una colección de lámparas de cristal, con dibujos de flores. En Francia y Alemania se imitan, sin sorprender el enigma de su encanto. Tienen una transparencia producida como por piedras preciosas invisibles. El topacio les presta, no su matiz definido, pero sí la luz de ese matiz, cual si la piedra pudiese evaporarse, transformando en espíritu su cuerpo. En esa volatización amarillenta se dibujan, se iluminan sutiles flores de zafiro, que no parecen estampadas, sino hechas por reflejos, convertidos en pétalos con movimientos de alas incorpóreas. Son los recuerdos de un matiz azul que, al pasar por el vidrio, sueña con flores de un ideal jardín. Cada una de ellas resulta sonrisa de la transparencia, y parece inmaterial como el perfume que da una rosa al sol que la besa. Los árabes actuales no saben ya hacer con el topacio y el zafiro esas fantasías de bombas más leves que flores, y de flores más leves que luces :

el secreto se ha perdido, como sucede con el de la pasta tierna de Sèvres o con el del oro en las vidrieras más antiguas del arte gótico.

Una colección de machrabiyehs, en otra sala, forma cual confesionarios de templos católicos, y a veces como glorietas de formas caprichosas. Así, en un instante cruzan dos ideas evocadas: el recogimiento del alma arrodillándose al peso de sus culpas, y los alegres coloquios de los discretos asilos en los parques de Luis XIV y de Lorenzo de Médicis. Y es que las rejas, trenzadas, obscuras, impenetrables, hablan inconscientemente.

Entre ellas se deshojan rosas, o se queman granos de incienso; oficio de los perfumes que conducen al cielo, o detienen en la tierra, siendo diversas formas del amor con el mismo espíritu de misterio. No nos hemos equivocado. Los machrabiyehs del museo vienen de mezquitas y de serrallos célebres. Inquietan cual si fuese a dibujarse entre sus redes defensivas las formas blancas de las mujeres de Mahoma. Las vemos en Gesireh y en las calles; y en el teatro, no bastándoles con las gasas del rostro, se ostentan en palcos cubiertos por velos. Detrás de las celosías deben de mirar ávidamente los tocados de las europeas. Se vislumbran sus gemelos paseándose sin cesar por la sala; y se-

paradas por la religión de las otras mujeres, se hermanan con ellas por la curiosidad instintiva. Acaban en los espectáculos por ocupar la imaginación, con su pensamiento, más impenetrable que sus rostros. Hemos oído cantar el *Tannhauser*. ¿Cómo llega esa música a los espíritus que traen al teatro el perfume de sus harenes? ¿Con qué moral impresión oyen al peregrino, penitente, por haber visitado a Venus? ¿Con qué asombro verán a los cantores desnudar las espadas contra el hermano, que poseído canta el ardiente amor carnal? ¿Cómo se les aparecerá la seráfica figura de Isabel, casta y bella, salvando a Tannhauser, por poder ornar sus sienes con blancas rosas hechas de nieve inmaculada? ¡ Cuántas contradicciones para aquellas mujeres, que salen del serrallo a la tumba, sin conocer otros caminos, creyendo quizá que el mejor y más hermoso sueño es ir al cielo, transformadas en huríes voluptuosas! Pero aun más curioso sería penetrar en sus cerebros las noches en que Jane Hading representa las piezas de Dumas. *Diane de Lys*, *Mistress Clarkson*, *Suzanne d'Ange*... extrañas figuras inconcebibles para reclusas de la vida, monjas sin el alto ideal místico, entregadas entre los muros al capricho de un déspota. ¿Cómo concebirán sus imaginaciones romancescas la vida

inaccesible de la civilización antípoda? Viven hoy las pobres esclavas, sobre sus divanes, casi como en el año uno de la Hégira. Para ellas, el mundo no da vueltas. Esperan en vano al príncipe amable que las liberte en nombre del sol. Lo saben estos mudos machrabiyehs que nos miran, sin contar las cosas que han visto.

Asombra en todos la fineza de los complicados arabescos, y la paciencia de tantos hábiles dedos para ocultar los más bellos ojos del mundo... Las celosías enfrentan coranes encuadernados con lujo bizantino, guardadores, sobre pequeños almímbares primorosos, del invisible espíritu que inspiró sus formas.

Despojos de prisiones, bellas y perfumadas, esbozan repentinamente en la imaginación todo un palacio, con dramas de otro tiempo. Mas la razón se hace una pregunta: ¿Son las mujeres las que convierten estos cedros labrados en misteriosos, o las rejas mismas, con su aire de sigilo, hacen de esas mujeres una doble fuente de inquietud obsesora?...

LA CIUDADELA

La ciudadela de Saladino ocupa una altura, con torres y murallas, sombrías como sus recuerdos. El fusilamiento de los Mamelucos estaba en las tradiciones de Oriente desde el célebre caso de los Ommíadas. En esta hecatombe se mezclaron la traición, la crueldad y la poesía. Los más importantes señores vivían en Damasco, y fueron convidados por Abdalá a un banquete. Eran noventa y se esperaba su juramento de fidelidad a la nueva dinastía. He aquí el resultado. El poeta Schobl viene a saludarles. Su canción se torna en lúgubre, y sus versos traen con sus alas el soplo de la muerte. El linaje de los Ommíadas debe perecer, desde el tronco de la palma hasta el retoño más joven. Es un dolor verlo sentado tan cerca del trono ; la sangre de Said pide venganza... Así canta el poeta ; y hombres de Abdalá caen sobre los convidados indefensos. Entre el fragor de las armas el voto se cumple : ni uno solo queda viviente, y los almohadones de los divanes cubren el rostro de los cadáveres. Después les sepultan entre ricos tapices, se les olvida, y el festín empieza.

Estas matanzas, en la historia de Oriente, son las fiestas de su teatro, y la imaginación popular hace siempre nacer flores de leyenda de la sangre de las revueltas, que al menos así es fecunda. Aquí en la Ciudadela, cuando los Mamelucos fueron ultimados, se salvó Emín saltando por una brecha. Y a los que oyeron el relato de boca de sus abuelos, ¿cómo negarles que era un verdadero hipogrifo, bajo las alas invisibles del ángel guerrero, el caballo en que saltó los fosos describiendo una parábola fantástica?... Dicen los historiadores que las piedras de la Ciudadela las recogió Saladino haciendo destruir las pequeñas pirámides de la loma de Guizeh. Los mastabas fueron profanados, y las cenizas de los faraones dispersas en el viento. Las piedras de las tumbas, cansadas de asilar apaciblemente la muerte, se convirtieron en torres para engendrarla. Desde entonces, su historia es una mezcla de crímenes, conjuraciones y guerras extranjeras y civiles. Para dominar la Ciudadela amenazante, los cerros del Mokatan se yerguen fortificados. Desde las barbacanas pueden verse sus cañones, y por sobre sus cumbres y sus hombres están las nubes con el rayo. La destrucción en la tierra y en el espacio se presenta de pronto, así, como constante anhelo de los seres y las cosas. Hoy,

entre los muros de los turcos, edificados con piedras egipcias por conquistadores árabes, vemos los rojos uniformes de los ingleses. Y mañana serán otros, y siempre con ellos, los mismos sentimientos, iguales instintos, ideas semejantes, en acción monótona a fuerza de ser invariable. Por eso, estas piedras seculares, viejas como la tierra, no tienen la ilusión de creer, cual nosotros, que hay un mundo moderno diverso del antiguo, y al sentir que la vida no cambia, aunque se renueve, su gris de duelo es la expresión de un irredimible hastío.

En lo alto de la Ciudadela, el sepulcro de Mehomet-Alí, matador de los Mamelucos, se alza en medio de una mezquita, que el pueblo llama de alabastro. El epíteto no es una usurpación. El templo tiene un resplandor flúido, surgente de sus muros, con matices nacarados, en que leves reflejos engendran furtivos iris que se estampan al fin triunfantes en las vidrieras de colores. Sobre las bóvedas, los mosaicos se dibujan en la luz con estallido de flores tropicales. El espectáculo maravilla y no seduce. Esta riqueza tiene algo de chocante, y cuando se busca el sentimiento religioso que la inspira y la transforma en templo, surge cual sus lámparas, que carecen de mechas encendidas y brillan al sol, sin adquirir una llama de vivificante misterio.

Salimos de la mezquita, y desde un quiosco resguardado por rejas, vemos desde la colina el Cairo. Al pie, en torno de la fuente de una plaza, entre los verdores de naranjos, acacias y datileras, bulle la multitud. Hay allí un vaivén de continuas olas que, después de batir los muros del monumento de Hasán, se desdobla en ríos, escurriéndose por laterales callejuelas. La animación de colores vibrantes en mantos y albornoces roza con su vida el gris de los muros, que se concentran más en su grandeza meditativa, como si el paso de aquéllos, instables y movedizos, fuese un homenaje a su inmovilidad eterna... Más allá de la plaza es imposible definir contornos ni vislumbrar matices. La ciudad entera se amontona, evaporándose en la atmósfera abrasadora. Humos densos se elevan de las chimeneas, y al subir se tornan ligeros, haciendo más real la sensación de que el Cairo se convierte en ascendente luz. Los alminares erigen las altas agujas de sus cumbres como atrayendo los rayos del espacio para verterlos diluídos y a torrentes sobre el panorama. Allá, a un lado, corre el Nilo, perdiéndose en los horizontes, casi huyendo del fulgor de oro, para salvar su caudal de plata ; y las Pirámides, más lejos, vuélvense informes, pues el sol ofusca y no permite a los ojos reposarse sobre sus masas venerables.

EL GENIO DE LA MEZQUITA GAMIA

La mezquita Gamia Sultán Hasán es la más hermosa ruina del Cairo. No hay, al verla—como delante de los despojos del templo de Júpiter en Atenas o del de las Vestales en Roma, —que imaginar un esplendor ausente. Esta construcción, en su decadencia, tiene algo de una vestidura de arminio degradado, sobre terciopelo roído, espectro viviente de una riqueza agonizante.

El vestíbulo, con su alta gruta de estalactitas, desmenuzándose levemente, es matizado reloj fantástico de cristal de espumas, donde cada partícula desprendida de color señala el vuelo de nuevas horas. Y así, el monumento—en cuyo interior palpita el alma árabe en formas bizantinas, evocando, pesado y macizo, por fuera, algún templo del más viejo Egipto,—da, bajo su vestíbulo, la impresión de indiferencia de las grandes cosas, que reducen un siglo que pasa a un grano de polvo que cae.

La historia sangrienta del Oriente ha desper-

tado más de una vez en sus muros ecos terribles, convertidos hoy en el armonioso rumor del meida, cuya agua, en el centro del patio, exhala atrayente, alada queja. Y el patio, en realidad, es la gran nave de la mezquita con la cúpula del cielo. La obra del hombre se funde con la naturaleza ; la colaboración resulta grandiosa. Las nubes blancas, resplandecientes, con visos de vapores leves, en vibrantes volutas, en inmensas masas que se aligeran transformándose, cruzan impelidas por la libre caprichosa inspiración del aire. Se siente el vértigo del alma, que busca el pensamiento de esas formas, queriendo historiar el vacío, y créese que los arquitectos árabes han mirado, con los ojos y los dedos febriles, el continuo vaivén instable, para fijar inmóviles en los azulados muros las blancas fantasías del cielo sereno. Pero las espumas brillantes palidecieron poco a poco, y ante el dolor de la luz perdida se han velado con un gris de duelo. Los arabescos se desgajan, pierden sus contornos, desaparecen llevándose la gracia de las bóvedas, y los versículos del Corán se entrelazan ilegibles, dejando caer con sus letras despojos marchitos de oro. Por eso la nave tristemente sueña a la sombra del contiguo alminar, perpetuo vigilante, insomne centinela. Y si las hadas del Islam un día dieron a éste

vuelo, e irguió su flecha y fué risueño al contacto del sol, hoy, abrumado y obscuro, parece espiar en el aire el golpe de la muerte.

El khatib Abumneca, en una tarde primaveral, cruzó la nave descubierta del patio y la techada que cubre el mirab, para sentarse en la puerta del mausoleo de Hasán. El inmenso sepulcro de piedra en el centro da, destruído, una doble imagen de la muerte, y los muros de la capilla y su alta bóveda no conservan del viejo esplendor sino una vidriera de colores.

Abumneca distinguió en la dirección de la Qibla a tres fieles, tendidos sobre el suelo que acababa de cruzar. Las túnicas eran zaparrastrosas, y sus turbantes más desteñidos que los azulejos del meida. El khatib alzó los ojos de tan triste espectáculo, y las cadenas pendientes de las bóvedas, sin balancear lámparas en el aire sagrado, le oprimieron el corazón, como si la decadencia del templo le pesara allí con la miseria de los seres y las cosas. Las oraciones se levantaron; el muezín acababa de proclamar, con su grito gutural, la hora de la plegaria.

Era tan exiguo el número de fieles, que dos naves quedaban sin un solo rezo, haciendo más desmantelada la visión del monumento ruinoso. Las voces de esos pocos parecían no querer

subir, escurriéndose por los muros y buscando como lagartijas, para desaparecer, las hendiduras hechas por un terremoto. El khatib miró más allá de la nave, sobre el patio, al firmamento. Una bandada de aves paseábase en la inmensidad con serenos, lentos, acompasados vuelos. A veces descendían hasta el meida, sin perder su majestad, como si sintiesen que aun volaban en un espacio; contemplaban el azul del templo ennegrecido y las espumas blancas derrumbándose, y volvían a la altura, comprendiendo que las nubes, con ser más fugitivas, eran sobre el azul inalterable más divinas. El espíritu del khatib sintió el ansia de seguirlas, y sus ojos se cerraron huyendo de la tarde hermosa. Después los volvió al sepulcro del califa; pero el espectáculo de la muerte, en vez de hablarle con austeridad, aumentó sus ansias de vida, agitándole internas alas con un rumor de colmena bullente... Por las grandes aberturas, donde los vitrales faltaban, tejiendo dibujos de ilusorias rejas, aparecían y desaparecían también las aves, y acabaron por obseder al perturbado sacerdote que sonreía a la luz fascinadora. Los vetustos huecos, con su aire de desamparo moral, imploraban del ambiente azul el consuelo del calor de una vida, y las aves voltejeantes no se detenían y sus alegres chi-

rridos pasaban como invisibles flechas a morir en el silencio del gran sepulcro.

Abumneca recordó lo que leyera alguna vez, que en Europa: castillos y templos abandonados, son como árboles de piedra cubiertos de nidos. En campanarios y en almenas experimentan las aves el placer de guarecerse de la lluvia y de ocultar sus amores a una altura conquistada por el vuelo. Y aun los despojos, con el manto de luto de sus trepadoras salvajes, las atraen y adquieren con ellas voz para expresar sus melancolías. Las ruinas resisten el paso del tiempo que evoca los siglos muertos para abrumarlas, y las aves, con encanto juvenil, acarician su mutismo, que es una forma de grave pensamiento; y nómadas o arraigadas, grandes o pequeñas, brillantes o sombrías, allí por donde la acción del hombre ha pasado engendran con sus alas el ensueño... Pero la mezquita de Hasán no tenía eso, y las aves en la primavera egipcia, sin lluvias y sin vientos, parecían colgar sus nidos en maravillosas nubes. Adoraban el júbilo del sol y querían siempre recibir sus chispas, y las chispas, al embeberse en sus plumajes y envolverlas en nimbos de gloria, vibraban, al volar, con sus transportes. Dejaban a los hombres como hormigas y a las pirámides como hombres, y fatigadas de sentir al

cielo en las pupilas, descendían soberbias a beber en el Nilo una gota del azul reflejado. Después, entre los juncos y bosques de palmeras, como en el espacio, difundían los juegos de sus matices, imitando a los ricos mercaderes que animan los rincones del Cairo con la fiesta de sus mantos y turbantes.

No eran los callejones del barrio los que inquietaban a Abumneca. Por un minuto saltó desde las aves a ellos. Vió los dominós, los ajedreces, los naipes sobre las mesas rodeadas de jugadores, ensimismados como si el mundo se redujera a la calma de su holgazanería, al amparo de vetustos alminares. Volvió a oir la oración de sus pobres fieles, y a mirar las alegres aves ; pensó en la vida de los castillos europeos, no en ruinas cubiertas de nidos, sino creando las aves para sus fiestas, entre mujeres desconocidas, cuya hermosura sin velo, bañada por el sol como las fuentes y las flores, debía de ser la primavera humana... Entonces, en los colores de la vidriera que aun quedaba, donde se encendía antes de morir el sol de la tarde, hubo un extraño movimiento. Como dos luciérnagas que se persiguen, giró un rayo de oro, sobre otro purpúreo, y prolongándose cayeron sobre el sepulcro sin extinguirse, dibujando al

oscilar con sus partículas, la figura de un genio. Una voz clara resonó entre los muros :

«Antes de que los hombres fuesen hechos con arcilla, animada por el alma, nosotros fuimos creados de un sutil fuego, como se explica en el libro santo. Eblis no quiso adorar al hombre, porque él era hijo de la llama soberbia, y muchos genios le siguieron. Desde entonces ese grupo embellece las malas acciones para perder a los seres.

»Nuestro poder es grande. Gabriel se apareció al profeta en la noche de su viaje nocturno, con seiscientas alas, y el rumor con que llenamos los aires esparce a veces una vibración más armoniosa que la del ángel. Construímos para Salomón el solio de las águilas, célebres por su majestuosa sombra. El rey nos mandaba con su anillo y a causa de ello su corte fué un sol de Oriente. Un día, el trono de la reina de Sabá, de plata y oro, se lo condujimos por los aires como una pluma en los vientos. Imagínate ¡oh pobre khatib! los recursos de nuestra fuerza.

»Somos partículas vivientes de Dios y tenemos el don de animar las cosas. Si ves un rosal erguido ofreciendo al sol sus flores llenas de gracia, pregunta cuál es el genio que hace el color con una sonrisa, el perfume con un aliento, la frescura con la juventud de un alma. Si

ves la fuente reflejando el cielo y hermoseando el árbol al contacto de una nube, medita en el genio del agua que hace vivir la luz en su transparencia. Si oyes sonar las trompas, los atabales y añafiles, ya se gima sobre un muerto, o se cante en una boda, ya se salude a un poeta o se circuncide a un niño, interroga cuáles son los genios impalpables y sonoros, rientes o meditabundos, con alas frotadas por tardes o por auroras, que mueven las notas, llenan los aires y hacen de tu alma el valle donde esas voces tienen ecos de llantos o de alegrías. Si, peregrinando en el desierto, sientes el horrible hastío de la monótona arena, y en el cielo se enciende de pronto un celaje, y te detienes y admiras, y el espíritu se te alegra, averigua cuál genio ha puesto en el vapor la forma, y en la forma el fuego. La vida se mueve entre las redes de nuestros hilos, nuestra voz insinúa la traición, difunde las hieles de la envidia, acrece los celos, presta los entusiasmos o los desfallecimientos, da a un alma la piedad, a otra el odio y desencadenando o disminuyendo las pasiones, anima todo el espectáculo humano. ¡ Ah, y cuán gran placer nos produce el verlo, semejante al sentido por el que recita el poema que ha creado! Hasta los mismos santones y profetas pueden caer por nosotros en tentación :

nuestras palabras, vanas pero brillantes, enceguecen.

»Un ifrit, genio malhechor, ha movido en esta tarde para ti las alas de las aves y el soplo de la primavera. Escucha mi voz ¡oh pobre pero venturoso sacerdote! yo soy el buen genio de esta ruina. Doy a las bellezas de las bóvedas, al rumor del meida, a la elegancia del almimbar, a las hornacinas y a las vidrieras destrozadas, a los ajimeces y calados, a las grietas y a las estalactitas, a toda la imponente masa que en torno de un sepulcro, recordando la vida, tiene de templo y de palacio, le doy el color de la paz en el gris del velo de sus cosas, el encanto del reposo en su silencio pensativo, la venerable vetustez que ofrece al alma el feliz bienestar del renunciamiento. ¡Oh, aleja de tu mente la visión de otras civilizaciones, con sus fiestas y sus costumbres, abismos que atraen para perder, y sabe que la suprema sabiduría es vivir en un apacible rincón, donde el mismo pedazo de cielo cubra la cuna y el sepulcro. Ora con humildad, ama tu viejo templo, y espera, que ya te serán abiertos un día los jardines de Alá con sus divinas moradas entre las fuentes.»

Cuando la voz del genio se extinguió, los rayos de luz purpúrea y de oro desaparecieron del sepulcro, y la vidriera de colores quedó en la

sombra. Las aves habían desaparecido y las plegarias de los fieles no se oían : la tarde desvanecíase, apagando su belleza. El sacerdote apoyó la frente en el sepulcro, y el frío de los mármoles disipó el último vestigio de su fiebre. Entonces dió gracias a su Dios ; tendióse en la dirección de la Meca y oró largo rato. Después, dejando la capilla en la tiniebla, cruzó la nave techada y le sorprendió en la del patio la claridad de la noche. Las estrellas, en racimos, se abrían en el cielo y él las vió descendiendo a colgarse de las cadenas, en vez de las lámparas ausentes ; ¡ y era que su alma, rebosante de esperanza, saludaba con amor a la gloriosa ruina !...

BAILE DE MÁSCARAS

En el teatro Jedivial acaba de callar la orquesta que mueve el vaivén de las máscaras. En el reposo, podemos con calma observar la sala. Los palcos descubiertos están llenos de egipcios y de europeos, y los velados con rejas fijas y tul flotante rebosan de mahometanas. No se siente entre los machrabiyehs una voz ni una risa. Aquellas mujeres dan señales de vivir cuando dejan de estar inmóviles. Por el pasillo, cerrando su compartimiento, vese una reja de claustro. Así, si en la sala se piensa en el serrallo de un rey oriental, trasplantado a la Opera de París; en el corredor se imagina una reunión de monjas, recibiendo máscaras, como en la Venecia pintada por Longhi. Pero no; se está en la ciudad de los Califas, y las mujeres con trajes fantásticos y las otras invisibles, todas son criaturas de carne y hueso. ¡El Cairo! ¡Noche de locura! ¡Noche de Carnestolendas! Anda por ahí cerca de los palcos, rozando las sombras enigmáticas y silenciosas, un Pierrot,

muy amigo nuestro, cuyo blancor contrasta con los eunucos negros. Tienen éstos para la circunstancia picas capaces de enseñar, aun a los que no son pierrots, que los ojos en la noche no deben mirar más mujer que la luna... Avanza un personaje, envuelto en un peplo griego, conversando con un estudiante de Salamanca, cuyo tricornio lleva una rosa de Sevilla. Y el Pierrot oye y el griego habla :

«Yo he contado cómo Alejandro fundó la ciudad del Faro. Las aves se llevaron el trigo que sobre el suelo la dibujaba. Los magos dijeron : eso es señal de los muchos pueblos que vendrán a vivir entre sus muros.»

El estudiante responde :

«¡ Oh Plutarco ! los magos no debieron dar esa interpretación ; las aves tienen alas como la humanidad inquietud, y pronosticaban que Alejandría iba a ser centro bullente de los anhelos de los hombres, con sus ideas transformadas en sistemas. Magos caldeos, cabalistas judíos, filósofos griegos, sacerdotes egipcios, cristianos nacientes, todos se confunden y elevan templos y discuten, y en sus estremecimientos vibra y fulgura una ráfaga de lo divino...»

Su voz es cortada por hermosa mujer, que empuña un espejo, y trae en el cuello un collar de perlas :

«¡Y por qué no olvidarán lo humano!—exclama;—el templo de Afrodita nos lanzó a los malecones, las plazas y las calles. Yo soy Krysé de Alejandría.»

La cortesana abre su manto.

«¡Bendita sea tu madre!»—canta el de Salamanca, sonando un par de invisibles castañuelas en los dedos.

El historiador, envolviéndose con armonioso ademán en los innumerables pliegues de su manto:

«¡Oh! tú que te llamas Krysé—dice—y eres bella como Venus, tú recoges la sonrisa de la mañana y la frescura de los mares, y anticipas el día, siendo a media noche la Aurora y tú...»

«Vamos»—grita la cortesana; y le interrumpe y desaparece con ambos, flexible como una rama de olivo, envuelta en cabellos rubios como espigas.

Se llevan por delante a un personaje que misteriosamente murmura al oído de Pierrot:

«Yo soy la momia de Sesostris. Hace ya tanto tiempo de mi reinado, que no me acuerdo si ése fué mi nombre. Dicen que llegué al Ganges, conquistando después las tribus escíticas, para descender hasta la Tracia; y en realidad todo eso es como un sueño desvanecido. Pero si escribir mi historia les divierte, hacen bien

en inventarla. No hay peor cosa que el hastío : me he fastidiado siglos en la sombra de mi tumba, me aburro en la luz que se mofa de mi sequedad pétrea y baila a través del vidrio dentro de mi caja en el museo... Salgo, no ávido de guerras ; ávido de flores y mujeres. Pero cuidado con delatarme. Estoy harto de ser creído rey y dios ; no deseo flores ofrecidas como al buey Apis con la rodilla en tierra. Quiero encontrar a las mujeres que me hablan en lenguas nuevas. Se me aproximan con el rostro descubierto, bajo un extraño klaft, donde a veces llama mi atención algún pájaro ; pobre pájaro, momia como yo, con las alas amortajadas en su propio color viviente. Quiero oir y saber lo que significan algunas pocas de sus palabras que no entiendo. Dicen al observarme : TRÈS DRÔLE, por ejemplo, o QUÉ TIPO.»

«*C'est plutôt aimable*, mi querido»—responde el Pierrot.

El rey prosigue sonriendo :

«Daría todo mi viejo imperio por un beso, un solo beso, de esas bocas llenas de gracia en que las frases deben de tener algo del vuelo de los pájaros o el sabor y el rojo de las guindas, que traen también a menudo en sus cabezas. Nunca podrás imaginarte, amigo, lo que es ver aves, frutas y flores, bajo el vidrio de mi prisión, so-

bre esos cabellos que parecen engendrados por el mismo sol. No me hables de mis súbditas; muéstrame a las que han puesto en mis viejos huesos un deseo, casi una resurrección de vida. Este traje me lo ha conseguido mi guardián; debo de estar irreprochable.»

Con asombro, el Pierrot observa una chistera de ocho reflejos, sobre el frac negro, y en ese instante dos parisienses se acercan. El rey les dirige la palabra; ellas se ríen a mandíbula batiente, y se las ve precipitarse, con curiosidad casi amorosa, tras un egipcio coronado por la diadema de los dos Nilos, poseedor del cetro con el ureus. ¡Ah! el pobre Sesostris disfrazado de realidad; ¡cuán gran contraste!

«¿Quién es ése?»—exclama celoso.

«Setos I»—responde un grave señor que pasa con una lente en la mano.

«¿Y quién es Setos I?»—vuelve a preguntar.

«El padre de Sesostris»—le responden.

El rey, intrigado, dice a su amigo:

«Y ese señor de tan buena memoria, ¿quién es?»

Pierrot no lo conoce, pero un hombre gesticulante, de larga melena, que lleva sobre el cuello de su levita la dirección de un sastre: bulevar de Batignolles, 42, responde cantando con el aire de Mambrú se fué a la guerra:

«*Voyez le grand Champollion.*»

Pierrot siente dos tirones de oreja, mientras el faraón del frac, melancólico y lastimoso, se pierde entre los grupos. Quien le maltrata, un chambelán, usa de ese amable modo para pedir paso.

El pobre agredido se acoquina en un rincón. Don Juan de Austria, hablando en español, pasa con el príncipe Colonna. Se detienen, golpean la puerta de un claustro :

«En nombre de Lepanto, abrid»—gritan.

Y los eunucos caen de rodillas. Entonces pasan, siguiendo a los vencedores, las mujeres blancas, las pensativas sombras que Pierrot conoce. Este se precipita, pero los negros, puestos en pie, se vengan a mojicones, sobre él, de la humillación de hace un instante.

En tanto, un invisible personaje recita la Dogaresse de Heredia :

Et tandis que l'essaim brillant des Cavaliers
Traine la pourpre et l'or par les blancs escaliers,
Joyeusement baignés d'une lumière bleue ;
Indolente et superbe, une Dame, à l'écart,
Se tournant à demi dans un flot de brocart,
Sourit au négrillon qui lui porte la queue.

Los eunucos dejan de oprimir a Pierrot, cual si las manos posadas en sus hombros se deshicieran flúidas, y él las ve aparecer levantando

las colas del traje de las patricias, aparicientes como al conjuro de las imágenes del poeta. Detrás de las Cornaro, las Foscari, las Barberini, traen cortejos de músicos y pintores : Bianca Capello, Jerónima Franco, Lucía Imperia. Toman a Pierrot como a uno de los suyos, le ponen un laúd al cuello ; mas resuenan himnos desvaneciendo la fantasmagórica procesión de princesas y cortesanas.

Los sacerdotes de Amón cantan fórmulas del Libro de los Muertos :

«Soy de mi país, vengo de mi ciudad, destruyo el mal, aparto lo que no es bueno.»

Las estatuas del tribunal de Osiris brillan entre sus blancas vestiduras para inspirarles. Páranse un instante, quizás porque el cortejo veneciano se ha vuelto a formar y los detiene.

Pierrot, temeroso, dice al próximo Thonus : «Soy hijo de la Luna en el siglo XX ; Isis me ha prestado sus rayos y vivo de su vida ; dime, ¿qué pasa?»

El sacerdote responde apresurado, porque nuevamente se camina :

«Acaban los egiptólogos de descubrir en el museo Guiseh un crimen ; ¡qué horror! Una momia, contra la ley, tiene entrañas y en las vísceras hay venenos. Es difícil encontrar al culpable, pues el homicidio se perpetró ha trein-

ta siglos. Pero ¡ qué no pueden los dioses ! Por eso les cantamos, para que iluminen a la policía y a los jueces...»

Y Pierrot no tiene tiempo de meditar si se le aplicará al matador la silla eléctrica yanqui, porque le atrae un inmenso hombre en su charla con otro pequeñito, cubierto por un elástico. Su sangre se paraliza, exclamando : «¡ Napoleón !» Después observa la cara imperiosa del otro, donde falta un ojo, y murmura : «Aníbal».

Pierrot tiene veleidosas aficiones de soldado y piensa : «Ambos generales hablan sin duda del pasaje de los Alpes.» Su asombro es inmenso cuando ve que Aníbal oye los consejos del Emperador sobre el modo de fumar un cigarrillo. El cartaginés, entre lágrimas arrancadas por el humo del tabaco, dice :

«Admirable ; he ahí una cosa desconocida. Sire, dadme vuestra petaca ; no quiero que se os ocurra enseñar tal distracción a cónsules y césares...»

Esta palabra hace resonar trompetas. Derrámanse perfumes de incienso, agítanse palmas, cruzan esclavos, y Pierrot siente dos manos posadas sobre sus ojos.

Le dejan libre, da vuelta y se arrodilla tembloroso ante Cleopatra, recitando frases de la tragedia de Shakespeare : «Dadme mi manto,

poned la corona en mi cabeza ; siento en mí la sed de la inmortalidad.»

Y su sed se atempera, porque la inmortalidad resplandece en su alma. Avanza, llevado por la mano de la reina. Sobre su frente caen rosas de joven que pasa destruyendo su diadema. Trae en los ojos lumínea bruma ensoñadora y da la mano a otra que tiene en los suyos un sol de fuego.

«Ofelia—exclama la primera,—¿por qué no elegí tu río? Debe de ser una muerte sin sueños, la dada por la frescura de sus ondas.»

—«Julieta—responde la segunda,—¿por qué no elegí tu veneno? Debe de ser dulce reposar en tumba conocida y no caer en grutas ignoradas.»

—«¡ Ah, las bellas madamas !—dice una princesa que lleva sombrero de paja de Italia y el tirso en una mano :—no saben lo que es estremecerse de rubor y de horror en la punta de una pica.»

Y la Lamballe sonríe, y aparecen cientos de palomas, estremeciendo el aire, con alas mensajeras de amor y de alegría. Semíramis llega, sentada en un tigre, y ante los dos felinos exclama Napoleón :

«¡ Cuán hermoso !»

Cambises se presenta con cejas cobrizas y bi-

gotes de oro y luenga barba azul, como un ídolo de esmalte, y responde:

«Más bella es una amazona griega.»

Fidias, sacando a golpes de cincel la chispa de un trozo pentélico para que encienda un nuevo cigarro Aníbal, añade:

«Ignoráis todo. Sólo París, Madrid o Roma enseñan lo que es una mujer a caballo, dibujada simplemente por un traje *tailleur*, en el Bosque, en el Prado o en el Pincio.»

«La fiesta va a empezar»—gritan heraldos medioevales; y soplan en trompetas de Susa, lanzando con los sones ondas de perfumes, arrancadas por el mismo aliento.

En remolino tumultuoso, una multitud se precipita a un enorme teatro. Resplandecen todas las luces del mundo, desde la lámpara egipcia al farol japonés, desde el foco eléctrico al fanal veneciano. Pierrot, absorto, ve a lo lejos en un trono de piedras preciosas a Solimán, con resplandores de mago árabe, presidiendo la enorme confusión donde los siglos mezclan sus vidas. Vislumbra apenas las lejanías, porque el espectáculo se desvanece en espacios inmensos, en aquel teatro que tiene, al parecer, en el plafón estrellas.

Contempla a las marquesas de Versalles bailando como las ligeras sacerdotisas de Astarté,

y queriendo para ello desgarrar sus pesados ropajes de corte. Las patricias venecianas caen por sus tacones dobles de fierro, al esbozar las reverencias de una gavota. Krysé dirige un grupo de griegas arrebatadas en valses frenéticos, y manolas de Goya y de Fortuny quítanse claveles del pecho, poniéndose nenúfares en la frente, para danzar en honor de Minerva. Las Nereidas dan gritos espantosos viendo a las Walquirias, triunfales entre las nubes, azotadas por los vientos ; y las Walquirias lloran lágrimas de mujer, porque no pueden sumergirse en las olas y traer en los corales el sol desconocido del océano. Las Willis quieren prostituirse con los faunos ; mas éstos las rechazan, persiguiendo a las ninfas, que huyen, cubriéndose con los velos de las castas hijas de la Selva Negra.

Pierrot se pregunta qué habrá más lejos, en los cuadros que sus ojos no dominan : cuántos contradictorios descontentos y cuántos anhelos febricientes. De pronto oye la voz de Semíramis :

«Pierrot mío—suspira,—acabo de abandonar al tigre, amante que elegí hastiada de los hombres : dime tú si podrás amarme, como Fidursi me ha contado que un Petrarca amó a su Laura.»

El huye y deja a la reina absorta y se lleva por delante al poeta italiano:

«Ea—le grita,—ahí te esperan.»

«¿Quién?»—pregunta el aludido.

«¡Ah!—exclama el compañero de éste,—si al menos tus labios respondieran: *el reposo*, ¡oh blanco personaje caído cual un ópalo de la luna!»

«Y tú, que me conoces, ¿de dónde vienes?» —inquiere Pierrot.

«Véngome riendo—responde el grave y hermoso hombre—de oir a Petrarca desconsolado, pues cree que el soneto no es una bella forma de poesía. Vengo de recorrer los museos del Mundo y de mirar los cuadros de los últimos siglos, y me parece que todos los concebí, y como eso ya está creado, busco lo que aun falta al hombre, pero que está en lo Infinito...»

El violento zigzagueo de un relámpago corta el discurso de Leonardo; restalla un trueno y aparece Moisés en una nube: Pierrot cree despertar de un sueño; deja de verlo y se restrega los ojos.

Un hombre vestido de frac dice a un turco de fez y estambulina:

«Sí, vuestro Abdul es un Nerón; pero ¡qué queréis! después de vivir medio siglo en una

república, se adora a los emperadores, se desean tiranos.»

«Señor—le interrumpe Pierrot, más modestamente que Moisés cuando oyó la palabra «infinito» pronunciado por el Vinci, —¿qué hora es?»

«Hora de marcharse—le responden ;—el baile termina.»

Y el blanco divagador piensa : «¡El Cairo! ¡Noche de locura! Noche de Carnestolendas...» Deja el serrallo, que parece claustro, y que lanzó su imaginación en un vértigo. Pasa por aquella torre de Babel, donde las lenguas no embarullan, y al contrario, parecen perspicuas todas, al influjo de la misma sensación, en un mundo donde las máscaras son inmortales y nadie está contento de su destino.

El soplo de la plaza le hacer saber al Pierrot que no es fantástico enamorado de la Luna, sino simple mortal que debe subir a un coche. Imaginad, pues, su asombro cuando se le cuelga del brazo una mujer extraña diciéndole :

«Llévame contigo.»

El, aceptando, pregunta :

«¿Quién eres?»

Ella responde :

«Soy una imagen de Alberto Dürer, un ángel hecho máscara para asistir a una fiesta. An-

tes de fijarme viví con la mente del maestro muchos años. Estoy pintada entre atributos de religiones, ciencias y artes, y mis alas se pliegan. He visto el fondo del corazón del hombre, y en mis ojos hay amargura; he penetrado en su alma, y mi frente coronada se marchita en el hastío. El ensueño púsome un nombre aceptado por mi creador: me llamo Melancolía...»

GEZIREH

Salimos del Hipódromo después de presenciar una carrera de caballos. La concurrencia cosmopolita de los hoteles está completa y animada; pero la fiesta hípica, la misma de Londres, París y Buenos Aires, no tiene interés en el Cairo.

La isla en la tarde nos compensa de la hora pasada entre jockeys... El sol se pone y cae tras un mar infinito de arena, mientras en el oasis reina una suave y soberana hermosura: el día ha despertado la de varios siglos, en todo su esplendor, para hacerla morir al pie de las cercanas pirámides. El sol se transforma en inmenso globo de fuego. Al disco incandescente se le puede afrontar, pues mientras se agranda, mengua la fuerza de su luz, imitando quizás a las flores que, al crecer artificialmente, pierden su perfume. Las olas de las mieses, en los llanos, exhalan de su verdura metálica, con el vigor ondulante del matiz, un aliento de vida.

Los ojos lo recogen ávidos y su frescura al parecer se siente en el espíritu.

El horizonte sangriento armoniza las varias intensidades de purpúreos celajes, para palidecer y convertirse en rosado. Después no muere, sino se transfigura con otra alma, y en su interior resplandece la gloria de un dios, y el cielo es una rosa, que da la sensación de poder llenar el espacio con divino perfume.

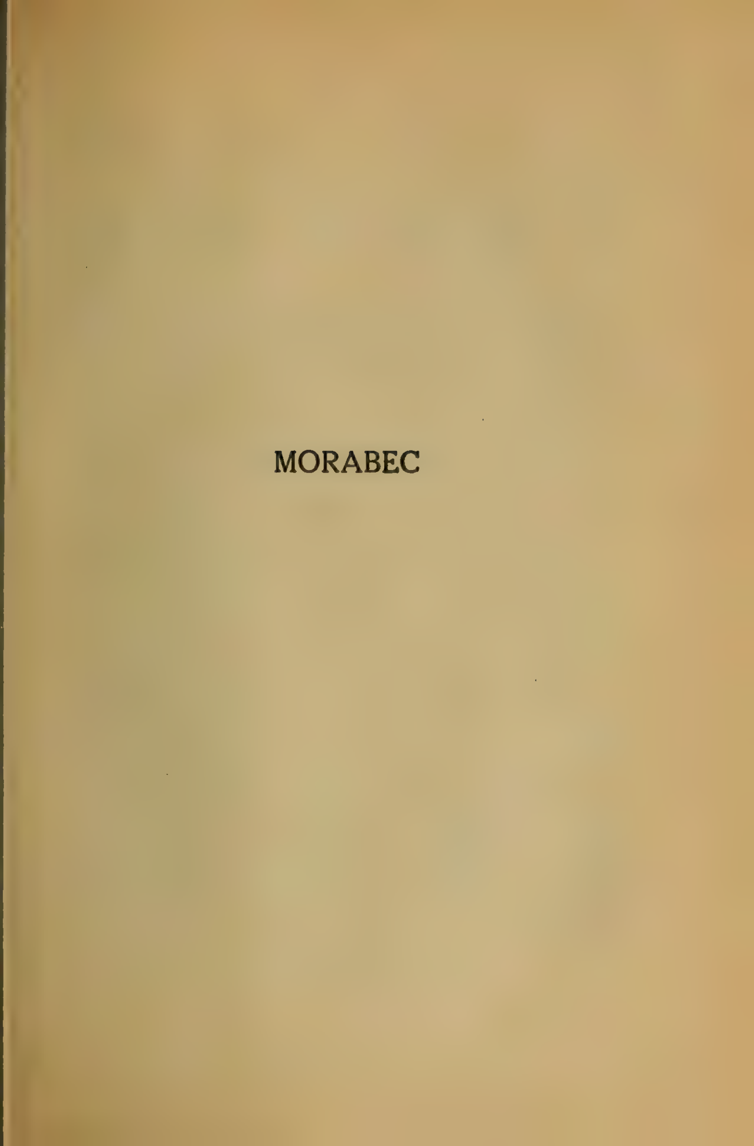
Una calle de acacias de la isla dibuja todas sus hojas, formando abanicos, y sus detalles inverosímiles resurgen sobre una artificial aurora. La palabra «Oriente», pronunciada a cada instante en estos sitos, anima la idea de estar en el verdadero país del sol, consagrado por su cuna. Se piensa que el astro no cae, y el horizonte vespertino, más que la apoteosis melancólica de una muerte, parece el saludo jubiloso a una vida. Lo de artificial aurora es, así, una paradoja resultante de los nombres y de las luces.

Los brazos del Nilo retratan los inmóviles sicomoros y las siluetas de los árabes que van y vienen por los bordes. Y esas leves sombras, de cuerpos llenos de natural elegancia, al internarse casi espirituales en las aguas, acentúan más su calma luminosa, semejantes a ciertos ruidos que hacen más sensible el silencio.

Los leones, a la entrada de la isla, sobre el puente tendido hacia el Cairo, confunden en altos pedestales su verde broncíneo, amasado como con savias de vetustas encinas y de palmeras juveniles. Dos lampos de sol tocan las crestas de las melenas hasta que el astro se hunde del todo en el arenal desierto.

Entonces salimos al gran caudal del río. Lo vemos deslizarse majestuoso, cubierto de alegres velas blancas. La tarde del Cairo concéntrase en la celeste seda de su superficie, rizada por invisibles dedos. Los palacios surgen entre masas de verduras creadores de paisajes. Los robustos brazos de las vegetaciones oprimen las fachadas como cerrándoles el camino : al fin algunas logran vencer y se miran en el espejo. Terrazas cubiertas de flores, evocan con sus balaustres graníticos y sus pilones escenas del más viejo Egipto. La tradición aun señala por allí el lugar donde fué encontrado Moisés, y la hija del Jedive toca con sus pies la sombra de la hija del Faraón. El Nilo mezcla en sus reflejos las existencias antigua y moderna, y esos reflejos los arranca la misma tarde, que al morir entre sus linfas se hace sagrada... Niebla sutil, después densa ; niebla con el claror de invisible luna, emerge y flota. Sube lentamente, infiltra los aires, trasciende los límites del agua,

y es sudario de amor con que el río envuelve las cosas agonizantes. La noche se aventura en aquella región del sol y mezcla su sombra al velo. Así, en una calma de oración piadosa, se extiende un aliento que adormece el último resto del día. Las luces agujerean la gran masa obscura del Cairo y las estrellas se confunden con sus chispeos. Hay que partir. En el silencio siéntese al Nilo, siempre joven y armonioso, al curtir en sus entrañas la vida del oasis, y queriendo en su superficie enredar entre los juncos el reflejo palpitante de los astros.



MORABEC

Arabes, coptos y negros van y vienen en el bazar de Asuán, bajo los techos de paja, que convierten las callejas en corredores de las tiendas, donde reinan penumbras, llenas de los colores de los trajes en perenne ebullición. El aire, cargado ya de especias olorosas, se perfuma intensamente con el respirar de calderos en que hierven ungüentos. Plumas de avestruz, collares de ámbar y de huevos, de conchas y caracoles, entre lámparas, armas y tapices, surgen en casi todos los puestos, con el aspecto característico de una industria primitiva. Los comerciantes, sentados gravemente sobre divanes, como Budas en sus santuarios, o trabajando en sus objetos, se animan al pasar un extranjero, ensayando palabras en diversos idiomas. En una de estas tiendas, que tiene también sus pretensiones de café, Morabec, rodeado de un grupo, relata a menudo cuentos y leyendas. Debe pasar por su voz un tenue soplo melancólico, al recordar la poesía que recitaban los rawias, cuando la raza era aún vigorosa, en la tierra egipcia que después de varios avatares está concluyendo en inglesa. Por sus gestos, los viajeros tratan muchas veces de adivinar sus palabras: nosotros, más audaces, hemos querido fijar algunos de sus decires. Muy adulterados deben estos de resultar en nuestra pluma, y solamente nos consuela la certidumbre de que el buen Morabec no protestará, pues sus conocimientos en español son parecidos a los nuestros en la lengua árabe.

EL CETRO DE LA REINA ALAB

> El amor es al pronto una mirada ;
> en seguida una sonrisa ;
> después una palabra ;
> una promesa ;
> un encuentro.
>
> *Canción árabe.*

Ebn el Togras sintió una mirada de la reina Alab, y vió su sonrisa, y oyó una palabra ; pero no obtuvo una promesa y se murió sin un encuentro. La hermosa mujer, para combatir el inconsolable hastío que la enfermaba, reunía a los poetas de su corte en concursos frecuentes, sin que jamás una canción lograse despejar la sombra de su espíritu.

La reina mostraba siempre las manos doradas por la henna ; y su ojo decía a los poetas : «¡ Miserables ! ninguno de vosotros puede levantar el fulgor de mis dedos hasta el alma de la reina para encender en sus ojos la aurora...» Ebn el Togras se confió al mago Ipardis. Este exclamó :

«¡ Desdichado ! tú no amas a Alab como una fuente de poesía ; la amas con todas las potencias de tu ser ; la reina es incapaz de amar ; tu muerte es segura. Semíramis, soberana de mi país de Babilonia, se hizo célebre en el mundo por varias cosas, entre ellas, porque cambiaba de amantes todas las noches, y su más intenso placer era verlos matar después de hacerlos felices. Tu reina es como mi antigua reina, pero casta ; su voluptuosidad es del alma. Insaciable, inspira pasiones que no siente. La forma de tu amargura causará un nuevo gozo a su curiosidad, y ni siquiera matarás su hastío. Y debes saber que ella será, por gratitud, de quien eso consiga, aunque no lo ame.»

«No quiero amor—exclamó Ebn el Tográs—si no es amor compartido.»

«El cielo—respondió el mago—se acerca en el bosque, a través de los árboles. Entre dos hojas se mira, a veces, al lado de un nido, temblar una estrella. Pregúntale al pájaro, que la ostenta cual nimbo, si puede beber gotas de su luz, y su canto responderá *De mi altura se la ve siempre lejos*. El amor es rama, y esta vez ¡ triste rama ! la veo temblar con las ráfagas del otoño, balanceando melancólicamente un ruiseñor muerto.»

Dos horas más tarde, Ebn el Tográs se pre-

sentaba delante de aquella que le había mirado y sonreído.

«Haces bien en venir—díjole la reina—y harás bien en quedarte para recitar ; tu voz me halaga, porque es armoniosa.»

El guerrero pensó : «Ipardis se equivoca ; he ahí la primer palabra, después de la primer mirada y de la primer sonrisa.»

Los poetas declamaron sus kasidas, y era esto antes de partir al ataque del castillo de Freab. Ebn el Togras empezó diciendo : «El fuego no me abrasa, porque aun puedo llorar...» Y al ver a Alab que abría los ojos espléndidos, su voz enmudeció y no pudo concluir la estrofa.

«Reina—exclamó Ipardis,—la emoción es un canto que ahoga la palabra para gozar de su interior armonía. Ese guerrero es digno del premio.»

La reina, despidiendo a todos con el gesto, dijo a Ebn el Togras, tirándole una rosa : «Cuando vuelvas, te daré la más bella cabellera del reino, y a su contacto renacerá esa flor de sus propias cenizas.»

El guerrero pensó : «Ipardis se equivoca ; he ahí la promesa.» Y miró los cabellos negros de la reina, cuya mata enorme, al rodar cual una ola, debía de cubrirla como una túnica.

En el escudo del primer asaltante victorioso

de la brecha de Freab una mano de oro, como en un blasón, sostenía una rosa. Cuando los caballeros volvieron a la corte, ya Alab sabía por los heraldos los lances del asalto. Se puso en pie e hizo adelantar a su hermana Zoleima, cuya cabellera rozaba el suelo. Hierática como estatua egipcia, hundiendo impasible su mano de oro en esa sedosa cascada negra, exclamó: «Una mirada, en seguida una sonrisa, después una palabra, una promesa...» Su voz se hizo ininteligible, e Ipardis continuó: «Y un encuentro con la muerte.» Era la verdad; la flor estaba impregnada de veneno.

«Reina—prorrumpió el mago,—tus ojos no arrojarán luz jubilosa, tu vida no matará el hastío, hasta que tus manos de oro no tengan un cetro hecho con rayos de sol...»

«¿Y es eso posible?»—preguntó Alab, pronta a pedir su conquista.

«Es posible; si tienes valor—respondió Ipardis, tocando con el pie a Ebn el Togras—ve a buscar a orillas del Kaussuar el alma de este muerto.»

LA MUERTE DE MAIMA

«Yo oculto su amor.
No digo su nombre.
Aunque yo dijese solamente «amo», se sabría que es a ella a quien amo, pues sólo a ella puedo yo amar.»

....

Esos versos de Ebn Kalatis, vienen a mi memoria pensando en la extraña muerte de Maima.

Muchos valientes caballeros, muchos nobles poetas, muchos riquísimos mercaderes la amaron ; pero ella, indiferente, pasaba entre los yataganes rendidos, y los versos inspirados, y las monedas de oro, como una gacela que recorre un hato de animales de otra especie. Era, si no la más hermosa mujer del reino, la más mujer entre todas ; y sin embargo, los hombres parecían no existir para ella.

El viejo Zeidoam exclamó un día : «Los labios de Maima son como los yakun—el ghelim

del infierno; no os anticipéis a comer besándola, pues padeceréis el martirio en la tierra; sus besos son frutos de un árbol de muerte.»

El consejo del anciano no fué oído, y muchos leales amantes sufrieron por no poder aproximarse a su boca. La languidez de los ojos, adorada por nosotros los árabes, era en los suyos como un abismo. Atraía, ofreciendo en sus moribundos brillos los deseos de las almas que agonizaron entre sus desdenes.

A tres días de la Meca, en la feria de Oqazh, se efectuó en el mes de Dhulcada un concurso de kasidas. Los Qoraichitas hicieron, después del examen, grabar en oro dos poemas, y suspenderlos en los muros de la Kaaba.

Se supo entonces en la ciudad de Taif, que un poema de El Kais, su poeta, era elevado al honor de Moallaka, es decir, al de kasida suspendido. Y la ciudad de Nakla supo que su poeta El Azraki había logrado igual recompensa.

Pusiéronse entonces muchas gentes en viaje, para leer en los caracteres del templo los poemas que honraban a sus ciudades. El Azraki y El Kais se trasladaron también de la Meca.

Apenas los dos poetas, que no se conocían, leyeron el uno la kasida del otro, quedaron pensativos entre sus admiradores.

El Kais se dijo: «Ese hombre no la nombra,

pero sólo a ella puede cantarse con tal amor.» El Azraki exclamó: «Oculta un nombre ese poema, pero proclama el de ella; pues así, sólo a ella puede amarse.»

Y El Kais recordó una promesa: «te haré subir a mi palanquín, si tu kasida se cuelga en el templo.» Y El Azraki tembló pensando: «ella me dijo: mi palanquín será tu morada, si se lleva tu poema a la Kaaba.»

El Kais sintió brillar en la poesía de El Azraki una pasión más bella, si no más ardiente que la suya; y El Azraki vïó surgir de la de El Kais, más hermoso el retrato de la amada. Ambos se consideraron. Eran igualmente altos y robustos; sus yataganes se estremecieron al contacto de sus manos: si los dos resultaban igualmente hábiles, la lucha iba a ser prolongada y recia.

Después de una hora, se encontraron al pie de la muralla.

El Azraki exclamó: «Yo alabo en mis versos a Maima de la Meca.» El Kais replicó: «Lo sabía, pues es a ella a quien yo canto.»

El Azraki añadió: «Su camello se abatirá para que yo entre en su palanquín.» El Kais, tirando del yatagán, respondió: «No lo dudo, pero a mí también me ha hecho igual promesa.»

El Azraki imitó su movimiento: brillaron al

sol dos relámpagos, y con el choque de las hojas se empeñó la lucha. La muerte inspiraba los dos brazos para atacar, con el mismo ardor que la vida los dos cuerpos para defenderse. La fatiga les separó un instante: solamente el azar podría decidir la contienda. Los yataganes se alzaron de nuevo entre el chispear de los aceros y el llamear de los ojos. Los caballeros contuvieron la respiración para mirarse con más fijeza: una voz hizo caer sus brazos. Maima, que se acercaba serena, cruzó impasible entre ambos para guarecerse del sol a la sombra de la muralla. Allí levantóse el burko. Los combatientes se estremecieron con la angustia de los celos, al recibir sendas miradas, que vertían la languidez de siempre.

Terrible desesperación se apoderó de sus corazones: el vencedor pondría los suyos sobre aquellos labios, junto a un cadáver. Ese pensamiento les despertó un odio casi pavoroso, y un dolor sobrehumano. Maima abrió la boca para decir tranquila: «Hacéis bien en batiros; vuestros poemas son igualmente bellos.»

El Kais, en aquel instante, sintió tal onda ardiente de valor, que creyóse más vigoroso que El Azraki; y El Azraki, a su vez, con el mismo sentimiento, comprendió que el triunfo nacía en su arma.

Al primer choque perdieron la confianza: ambos habían redoblado sus fuerzas. Ni un grito, ni una palabra, ni una imprecación exhalaban los labios vibrantes, cual los aceros: el mutismo hacía la lucha majestuosa. Y la mujer, impasible, se antojaba la estatua de una divinidad, imponiéndoles, en nombre de la próxima muerte, ese sagrado silencio. ¿Qué rápida visión pasó por sus almas al oir en un segundo de reposo un hondo suspiro? Venía de la estatua, y ese movimiento centuplicó sus furores. Sangre saltó del rostro del uno; sangre, del pecho del otro; las heridas se multiplicaron y Maima se interpuso. Entonces, al recibir su aliento, la vida gritó a cada uno: «lanza el rayo de la muerte». El choque fué más brutal, y la furia de su ímpetu, en aquel supremo asalto, envolvió a la mujer, despeñándola en el foso... Hubo un momento de consternación: la abertura era un verdadero abismo, y así se realizó la extraña muerte de Maima. Extraña, porque los caballeros se miraron sumidos en igual sufrimiento, sin rencor, como si el llanto del uno lavase la sangre del otro. ¡Y ambos lloraban, y eran lágrimas de dolor las suyas, aunque corrían sonriendo sobre la imagen evocada de un palanquín inaccesible!

EL REGALO DEL HADA

Los días mueren, sin duda ; pero el de mi cuento no había expirado : dormía en el seno de la noche, soñaba, y su sueño, al realizarse, era una explosión de estrellas. Por no interrumpir la calma del reposo, el bosque escondía el secreto de sus nidos, sin un solo alegre movimiento de alas. Y la mano del otoño, enternecida por una voluptuosidad moribundo, desprendía las hojas, buscando la frente invisible del soñador que derramaba la belleza de su misterio.

En el entretanto, dos viajeros se habían acostado en el suelo. La sombra les ocultaba sus rostros. Después se durmieron tranquilos. No vieron así, cómo la luna, levantándose suavemente, empalidecía las estrellas en el cielo, iluminando las flores en el bosque. El astro acabó por bañarlos. Entonces, por imitar quizás al día, los viajeros soñaron.

Los dos eran muy jóvenes, y un sobresalto les despertó. El primero dijo : «¡ Cosa extraña ! Yo,

que río sin cesar y agito con mi voz todos los júbilos del mundo, acabo de tener un sueño triste.» «¡ Sí—respondió el segundo,—lo que es la vida ! Yo, que miro hasta los paisajes radiantes teñidos por mi tristeza, acabo de tener un sueño alegre.» Y aquel que había soñado tristemente, rió a carcajadas de su sueño, y aquel que había palpado felicidad durmiendo, sintió sus ojos llenos de lágrimas.

«Amigo—dijo el uno,—yo no creo en la existencia del dolor ; la vida es de gozo ; mi canto ahuyenta toda pena.» «Amigo — respondió el otro,—yo creo en el dolor, sé que mi cuerpo existe, porque sufre, y mi experiencia es hija de la amargura.»

Entonces, sobre una rama, oyóse la voz de un pájaro, que sin dejar comprender sus palabras, decía en el vuelo de su trino : «¡ Oh tú, siempre riente, tu risa es quizás la última ! ¡ Oh tú, hermano del sufrimiento, tus lágrimas van quizás a secarse !»

Despertadas por el canto, un torbellino de luciérnagas inundó el bosque. Hubo un estremecimiento de luces y de alas, y los viajeros miraron el espacio, para ver si las estrellas descendían hasta el bosque. El instante vivió hermoso. Las hojas melancólicas caían llenas de gracia ; las luciérnagas volaban llenas de júbilo.

Los rayos de la luna y sus ilusorios velos ofrecían a las flores divinos homenajes; las flores hacían a la luna las misteriosas confidencias de sus perfumes... Y todo ello tejía un cortejo. Apareció el hada, que, siendo pequeña, era hada del bosque inmenso. Los jóvenes la observaron deslumbrados. El pensamiento debía florecer bajo su frente, como la luna en aquel instante tras un nacarado velo. En su cabello negro, una luciérnaga, sin poder volar entre los nocturnos hilos, se convertía en estrella. Los ojos encantaban más que todos los ojos de las houras, y con ellos hacía el sol en el seno de la sombra, como en medio del otoño, la primavera con sus labios.

El hada dijo: «Para aumentar el gozo, o para secar las lágrimas, he aquí un don; me es imposible dividirle. Tomadlo y haced como queráis: al fin, yo creo que tanto el uno como el otro sois indignos.» Y, seguida por el cortejo, desapareció con la última palabra.

El viajero feliz encendió su linterna, miró el presente, especie de polvo petrificado, y exclamó: «Esto semeja una píldora de veneno. El hada bella es una mujer malhechora.» Aquel que había adquirido la experiencia, respondió: «Así parece, pero también el don puede ser grano de incienso, capaz de transformarse en

nube reveladora de nueva vida.» El primero contestó : «No discuto. Para mí, el regalo es una farsa ; si tú crees en él, tómalo.» Y el que había llorado y sufrido, guardó el grano enigmático, y se adormeció, esperando con una gran esperanza la próxima aurora.

Bajo la luz del sol, el grano se antojaba una semilla envuelta en porosa membrana. El viajero tenía un cofre de sándalo en su tienda. Allí guardaba recuerdos de otros tantos dolores, y en aquel pequeño sepulcro de los despojos de muchas horas muertas, puso con el don un nido de hojas del árbol que sirviera un instante de palio al hada. No contento con eso, compuso un canto armonioso, lleno de fervor y de esperanza, como para resucitar algo en el grano mudo y siempre misterioso. El viajero no podía olvidar el desagradable gesto de la aparición al hacer el regalo. Sentíase herido, y toda su vida palpitaba en su voz, con inflexiones de himno y de plegaria. Llegó después a su casa y cuidó de su cofre, con el aire de un poeta que practicase un culto. Y un día, casi con estupor, lanzó un grito al abrir la caja y ver el estremecimiento de la primera mariposa nacida en país árabe.

Cuando el alba surgió, el joven sacóla de su

estancia y le hizo beber el gozo de la luz. La mariposa, en un transporte de ebriedad, cruzó el jardín y se miró en las fuentes. Los pétalos marchitos que tocaba, reanimábanse; los cálices sin perfume adquirían un exquisito aliento; las flores brillantes y ya hermosas resplandecían con los matices de una apoteosis. Todo el parque exhaló frescura insólita para envolver el matizado insecto hecho de misterio, sol y alas. Y la primavera dió repentina voz a sus flores, y las fuentes palabras a sus murmurios, y los pájaros frases a sus trinos, y la brisa que venía, y la nube que pasaba, con pájaros, flores y fuentes, dijeron en un solo canto: el don del hada es un triunfo de la vida.

El joven volvió a su estancia, acometido por vaga, intolerable tristeza, después de aquel gran júbilo. Sin saber por qué, sentía hasta en los objetos de su aposento una inquietud angustiosa. Al caer el día, el insecto, cruzando la ventana, se paró con gracia sobre el cofre. Escuchábase lejano el rumor de las aguas en el sutil aliento del parque. El joven miró los árboles a través del muro abierto, y estremecióse su alma con su cuerpo: el cielo parecía descender los astros para darles alas entre las hojas. Después sintió estremecerse su cuerpo y

palpitar su alma: acababan de tocarle los hombros.

El hada, entre las luciérnagas, convirtiendo en castillo de ensueño su habitación familiar, apareció con sus ojos que evocaban el sol en la noche, y sus labios que hacían la primavera en el otoño. Pero no era él esta vez el de las lágrimas; era ella la que mostraba humedecidos los ojos. Enternecida, a pesar de su casi divina naturaleza, habló la primera: «Has transformado mi don en belleza y ventura: fuí injusta contigo: mi alma está llena de amor y tú, sin saberlo, sufres de lo mismo.»

Entonces la mariposa agitó sus alas, y pasando por la ventana, dirigió el rumbo hacia la esfera. Una nube de tristeza cubrió la frente del joven, y el hada, convertida en mujer por el llanto, exclamó dulce y gozosamente: «Déjala partir sin pena. La mariposa está en nosotros...» Un beso largo y tierno unió sus labios; sus pensamientos cubriéronse del oro inmortal de la mariposa perdida, y soñando, como soñaba el día en que se conocieron, nació en sus almas un poema lleno de estrellas.

LOS RUBÍES MARAVILLOSOS

Nuakín era un mago que tenía tres hijas: Zobeir, Motedjarrada y Soleima. Poseía el secreto de las fuerzas que rigen las relaciones recónditas de las cosas, y jamás había empleado su inmenso poder sino en hacer el bien. Poco a poco, el desprecio por los hombres fué su más profundo sentimiento; y así dedicábase preferentemente a mostrar a sus hijas los únicos caminos que en las relaciones con aquéllos pueden conducir a una relativa felicidad. El espíritu de las doncellas enaltecíase al contacto de su voz, raudal inagotable de piedad bondadosa y noble sabiduría. Desgraciadamente, sobre el instinto pujante en ellas, el mago sentíase sin influjo, y por eso en la hermosura de los filiales cuerpos veía naturales enemigos de sus palabras. Entonces concretóse a hablarles del amor, comprendiendo que, a cierta edad, es el sacudimiento que da a la vida todo su poder, con la lentitud de la savia al infiltrarse o con la vio-

lencia del relámpago, según el temperamento de los seres.

Zobeir, Motedjarrada y Soleima debían partir a una fiesta de la corte. Nuakín les recordó los largos discursos tenidos sobre lo único que Amor debe inspirar, y les evocó lo que viera en Grecia tantas veces : la imagen desnuda de un niño alado. Eran sus labios más rojos que las granadas, y sus dientes más blancos que la leche, y su pelo negro como la noche, y sus ojos brillantes como el día, y su frente pensativa como la tarde, y su sonrisa alegre como el alba, y con su aliento embalsamaban todas las flores, y en la blancura sonrosada de su cuerpo sentíase palpitar la vida entera. El niño— exclamaba el mago — lanza flechas y acierta, mas la virgen sólo debe ver en el cuerpo del heridor sus alas, y eso como un símbolo de aquellas con que le enriquece el alma.

Acabado el discurso, puso tres anillos en las tres manos diestras de sus hijas, que los miraron embelesadas. En el centro del pétalo de loto de lapislázuli, refulgía un rubí ; las tres sortijas eran iguales. El mago dijo : «Ya lo sabéis : en el viejo Egipto, morada hoy de los árabes, esa flor es imagen de inmortalidad. Miradla, azul como el cielo ; los tres inmensos rubíes, con corazón crepuscular que es fuente de chis-

pas rojas, y que más parecen producir luz que reflejarla, deben conservar su brillo sobre el símbolo que matizan. Sólo yo sé la historia de las piedras ; escuchadla :

«Un arminio más blanco que las margaritas del valle Hazn es creador de los rubíes más rojos que la sangre. Vosotras sabéis que los arminios son en verano parduscos, con un matiz rojizo, y que en invierno se transforman en copos de albura. El arminio de mi cuento se miraba con náuseas en una fuente, mientras el sol estival abrasaba el aire. Vino el invierno, buscó nuevamente el espejo, y más níveo que el cisne de la canción de Antar, miróse en la linfa que exhaló un murmurio de bienvenida. Después la fuente se heló, empañando las imágenes de los árboles. El sueño del arminio fué entonces esperar el verano, sin alejarse de los bordes del agua. Creía inmortal su belleza y deseaba, en combate quimérico, vencer a la nube que tanto le había hecho sufrir, con el indiferente desdén de un vuelo inaccesible. Ambicionaba verse reflejado en la fuente al mismo tiempo que el celaje, juntando así, al azar, las blancuras del cielo y de la tierra.

»Un día llegaron dos cazadores. Comprendió lo inútil de toda defensa y decidióse por la huída. Sus uñas temblaban con furor en los tena-

res de los dedos. Retirándose siempre, halló la ruta obstruída por un charco; cruzarle podía ser su salvación, pero pensó en la fuente, evocó el estío, contempló a su rival, la nube: estremecióse horrorizado y se decidió a morir sin que el cieno lo manchase. Los cazadores se llevaron la piel para exornar una capa de ceremonia o una saboyana de guerra; entonces apareció un genio. Había presenciado la escena desde un anamún de Hedjas, cubierto de frutos rojos, y recogió gotas de sangre del arminio, en partículas de tierra que formaban coágulos. Se fué y cuidadosamente en su cueva ocultó el extraño depósito.

»Vino la primavera y sonrió la vida; el genio conocía la fuente. Un turpial cantaba en el contiguo ciprés, que, siendo árbol, era en aquella estación un altar, y que, siendo triste, parecía misterioso. El genio saludó al pájaro; tomó los grumos de tierra parduscos y rojizos, y los echó al agua. Tambaleantes, bogaron un momento; por último, dejaron de flotar, como si cesaran de estar muertos, y se hundieron con un brillo perceptible en el diáfano cristal. Allá en la serenidad levemente turbada, rejuvenecieron como en gruta maravillosa. Rayos de sol atraídos por el milagro, filtráronse sin atreverse a tocarlos, y la transparencia se animó auriful-

gente, mostrando en su fondo la pétrea transfiguración de las gotas de sangre. El genio alzó la faz radiante, y sonrió al pájaro, que, precipitándose y zabulléndose entre círculos de oro, volvió con las piedras preciosas en el pico. Una nube nívea reflejábase en aquel momento, y el turpial salía cual de su seno, matizándola furtivamente con los rubíes, que al brillar en el aire, traían el misterio de esa interior aurora... He ahí cómo nacieron por amor a la pureza, de las gotas de sangre, las chispas de fuego; están en vuestros anillos, porque el genio era de mi reino.»

El mago vió con tristeza alejarse a sus hijas camino de la corte; y cuando volvieron al cabo de tres días, las tomó de las manos. Observó en el anillo de Zobeir la piedra purpúrea, y sonrió gozoso; vió en el de Soleima la gota de sangre, y sonrió de nuevo; apenas miró el de Motedjarrada, lanzó una imprecación. Las tres doncellas se sintieron como de hielo; el mago agregó: «Ese collar que traes te lo ha dado el Califa; te condujo a su tesoro y te dijo:—Divina Motedjarrada, serías mi reina si no la tuviese; tu mirar es más dulce que el de una gacela de Onagra, pero tu frente es augusta y poderosa. Tus cabellos te forman una llama ondulante de glorioso sol, y tu andar tiene el rit-

mo de un canto. Tu cuello es más níveo que el ala de mis palomas, y ¡ oh ! ¡ quién pudiera seguir su línea hasta descansar los ojos en la firmeza tibia de tus pechos ! Mas careces de algo en tu hermosura y quiero que eclipses a las mujeres de mi corte ; toma estas ágatas de Palestina, que acariciarán tu piel, mirándose como en el brillo de un espejo. Y el rey, antes de colocarte el collar, te pidió un beso, y tú, por el temor de perderlo, le entregaste sin pudor tu boca de virgen...»

Motedjarrada lanzó un sollozo, y Soleima y Zobeir sintieron sobre sus mejillas la vergüenza de la hermana. «¿Que cómo sé todo esto? te preguntas quizás—añadió el mago :—observa tu anillo.» Las tres doncellas lo miraron curiosamente. ¡ Sobre la flor de loto de Motedjarrada, símbolo de inmortalidad que debió serlo de la piedra preciosa, la chispa de fuego era grano de ceniza, la gota de sangre del arminio se había evaporado ; el rubí estaba muerto !

EL GUSANO MISTERIOSO

Harún el Ahnap vislumbró en un sueño la fuente de la eterna juventud, y quiso descubrirla. Peregrino incansable, recorrió tierras conocidas, y se extravió en ignoradas. Una noche, descansando en una venta, que presentaba aspecto hostil a sus ojos de extranjero, oyó exclamar a un viejo :

«La noticia de la muerte de ese joven, no me ha sorprendido ; sabía que estaba sentenciado.» «¿Cómo? — le preguntó alguien, — ¿sois mago?» El anciano quedó pensativo un instante, y, rompiendo el silencio de su meditación, dijo al grupo :

«A los que estamos al borde del sepulcro, nos nace un sexto sentido. Por él nos es dada una aguda penetración, y con esa penetración un pobre consuelo, compuesto de singular voluptuosidad y de triste ironía. A veces me basta mirar a un joven con atención para comprender si la muerte le acecha... Con el pasajero de la venta he aquí lo acaecido.

»Ayer noche, no pudiendo soportar el calor, ese joven, visto por mí la sola vez que el azar hiciera encontrar nuestros pasos, colocó su le-

cho entre el marco de la puerta, y tuve el presentimiento de que apoyaba su cabeza sobre la losa de un sepulcro. El insomnio no es propiedad de la juventud, y a poco, a la débil claridad de la luna, durmióse con los labios entreabiertos. Sonreía, sin duda, al amable sueño, con una alegre flor, si puede ser flor la expresión espiritual corporizada en un gesto. Pero él ignoraba que la luz del astro, adelantando, tocaba ya su lecho, y que la flor feliz de su semblante se abría en una atmósfera de tristeza.

»Volví a mirar la puerta, creyéndola la de su tumba. Afuera, entre los sarmientos retorcidos de una parra, aparecían las estrellas, como uvas maravillosas, al alcance de la mano. Eso podía hacerme pensar en versos de amor, que en otros tiempos dijeron mis labios entre el zumbar de las abejas y el beso de las mujeres, y que hoy son regocijadas uvas de dulce licor, en las páginas eróticas de los diwanes. ¡ Pero no! sentí un estremecimiento ante la sonrisa de mi compañero. Era tan bello, que me subyugaba. Además, el recuerdo de mi hermosura vive en muchas viejas mentes ; mi rostro ha dado origen a más de una leyenda ; por eso, algunos semblantes me producen tierna melancolía : son un cristal donde miro mis antiguos treinta años... El joven se despertó, y al incorporarse

en el lecho se ruborizó un tanto: quizá temía que, al volver a la realidad, le adivinase su sueño. Después dióse vuelta para seguir durmiendo, o para rever con la memoria lo tejido por genios que, al cerrar los ojos, abren las ventanas del espíritu. Agitándose repentinamente, exclamó:

—»¿Sois vos, señor, el propietario de un nuevo modo de marcar el tiempo? ¿No sentís una voz que podría ser la de un reloj de arena, que al cobrarla se enloqueciese?

—»Ni lo soy, ni siento nada—respondí.

—»Escuchad—agregó él;—tras de la puerta suena un tic-tac.

»Sentí frío, me arrojé del lecho. En el corazón de la puerta misma sentíase como un rechinar de dientes, con leves pausas; y el ruido parecía oir nuestras voces y callaba, y después, sobre nuestro silencio, alzábase de nuevo con insistencia.

—»Es—dije—el gusano carpintero.

—»¡Ah!—contestó alegremente,—no le conocía; ¡ea!, honrado trabajador, a dormir, es tarde.

«Le pregunté si tenía enemigos en la comarca, si su puñal y su alfanje estaban afilados; y después de responderme que era la primera vez que por allí pasaba, rebosando de hilaridad, exclamó:

—»Abuelo, ¿qué significan esas preguntas extrañas, y qué esas temerosas muecas? Si tenéis miedo, no temáis nada; mi alfanje es de Fez y mi puñal de la ciudad de Ancyra.

»Un perro aulló en las cercanías. Eché mano al puñal presintiendo un asaltante. Mísero de mí, el asaltante era bien impalpable, hecho de un soplo que tiene la más poderosa vida, helando, al pasar, la verdadera. El carpintero se calló, el joven durmióse, reinó la calma; y era más pavorosa que el ruido, al llenarse con el insomnio de mi pensamiento. Sentí latir mi corazón como un eco que repitiera el roer del gusano; gruesas gotas de sudor corrían por mi frente.

»Pasó un instante; el joven volvió a sonreirse. ¡Cuán terrible forma de la ironía es el sueño con su aliento de ilusión! El rechinar del carpintero volvía, acompañando el latir de mis venas en las sienes. Rasgábase con golpes secos la entraña, la puerta se estremecía con sobresaltos, azorábase ante la revelación del misterio de su vida, y el reloj se transformaba en sierra, y el tic-tac acompasado en furiosa mordedura. Por un instante creí que el repiqueteo iba a despertar al dormido, con golpes de maza, al encajar como interiores clavos en el maderamen crujiente... El siguió sonriendo, casi me-

cido por el tumulto, sin oir que labraban su ataúd, mientras la luna, bañando todo el lecho, lo envolvía ya en su impalpable sudario. Cuando vino el alba un arriero le despertó. Yo no había cerrado los ojos y oí su despedida: «Adiós, hasta que el sol me vuelva a la tienda; ¡oh temeroso abuelo, fabricante de enemigos!»

»Sabéis el resto. Deshecho, ensangrentado, le recogían, una hora más tarde, de un abismo. Parece que el monte le faltó bajo los pies por correr tras una nube rósea y nívea que volaba como un flamenco.»

Harún el Ahnap oyó todo el relato, sin añadir una sola pregunta o un comentario. En la mañana del nuevo día, buscando la fuente, prosiguió el peregrinaje. Sus pies, fatigados, ayudábanse con el báculo: pero la fiel ilusión le acompañaba, siendo viva luz que hacía más ligera su sombra. Sin embargo, algo nuevo dificultaba ahora su camino: el terror de las puertas. Elegía chozas sin ellas, al entrar a una población. Y cuando llegó a un desierto, pensó con placer que, al cruzarlo, dormiría bajo tiendas de lona.

Y así fué, y Alá, al fin, se puso de su parte, y un día, al hundirse el sol, vió el brocal de una cisterna, idéntico al de su sueño. «He ahí

la fuente de la juventud», exclamó; y tembló de júbilo y cayó extenuado al suelo. Sus labios estaban pálidos y febriles de sufrir sed. Pensó que en el mismo instante iba a aplacarla y a convertir en realidad su esperanza. Le fué imposible moverse: «No importa—dijo,—mejor es beber de esa fuente en que hoy la tarde muere, mañana, cuando la aurora parezca nacer de la linfa». Un estremecimiento contrajo sus oídos y conturbó su alma. El báculo, de pronto, se transformaba en pavoroso con un crujir de dientes. En el compañero de sus marchas, en el apoyo de sus pasos, el gusano del joven de la venta revelábase animando el misterioso reloj, marcador del tiempo, con el presentimiento de una última hora.

Harún el Ahnap no volvió a levantarse. El delirio de la sed puso una visión en sus ojos. La fuente marchó hacia él, y le arrojó un hilo de agua que resbalando sobre sus labios fué a tocar el báculo. El gusano callóse al contacto de la deliciosa frescura. Vida intensa agitó la madera, que se convirtió en tronco y se vistió de ramas, y se cubrió de flores y de frutos. El pobre Harún se murió pensando que el único bien de la fuente de la juventud, había sido el de crear un árbol rebosante de nuevos báculos.

KASIDA.

Como desapareció la fantástica Medina-Az-Zahra, levantada por el genio y el amor, entre los acordes de las guzlas, así en mi alma un palacio de esplendor ha muerto. Como sucumbió Zahira, gloria de Almanzor, dejando de sus recuerdos los cantos de Said a su fuente, y a sus anémonas y narcisos, así en mi alma los sueños de la juventud son ruinas.

Aquellos grandes reyes cultivaron naranjos presintiendo quizás la triste suerte de sus grandezas. Con murmurios de arpas melancólicas, los azahares perfuman la noche, y surgen como nupciales flores, cuando la luna besa las hojas que las mecen. Y esos clarobscuros atraen las aves, y sobre la piedra deshecha, los ruiseñores desgranan sus trinos, cual el llanto armonioso del tiempo. Y así, también, sobre los sueños de mi juventud levántase mi canto y evoca al hermano del Yemen, que veía en las nubes la esperanza.

Para mí son la muerte.

Aquel poeta pensaba:

La lluvia se prepara. Los ganados volverán a pacer en las campiñas reverdecientes, y mi dulce amada, conduciendo el hato, traerá, entre el alegre triscar, la paz y la ventura.

No sé si el poeta realizó su anhelo. Sé que el espacio encapotado me horroriza. Así, en el buen mundo, el mismo árbol ofrece la tabla del ataúd y el techo de la vivienda. Al ver las nubes, pienso en el rayo y no en el agua. Hubo, en verdad, un rayo que pulverizó la mayor hermosura de la tierra.

Al sentir los ojos de la virgen en los míos, onda de ternura era mi corazón, y solamente en ella se me reveló la vida. Al aspirar la boca de la virgen, canto vibrante era mi alma, pues besaba en sus labios el sueño de las flores y la voz de las fuentes. ¿Por qué dejé el desierto por el valle de Andalucía?

Feliz era en mi tienda. ¿Por qué correr tras nuevos mundos? Yo no conocía a la virgen, y al verla por la primera vez la dije: «Abandoné la tribu para encontrarte.»

Desde entonces, mi alma fué más inseparable de la suya que el cabello de su frente, y el carmín de su boca, y la mirada de sus ojos.

Tardes y auroras, sabéis cómo el amante del

desierto bendijo el destierro, sin extrañar el libre viento, ni el horizonte grandioso. Días de júbilo con sol, sabéis cómo el hombre bendijo a la doncella y la vida. Noches estrelladas, sabéis cómo el poeta bendijo a Dios, al amor y el misterio.

La virgen alejaba las enfermedades ; su juventud parecía inmortal ; la vejez la hubiera respetado. El trueno habló y la muerte se vistió de rayo. Tanta belleza en la tierra era, quizás, un desafío al cielo.

Los ancianos sentían por ella el esplendente espectro de su juventud, vistiéndose de carne y piel, de nervios y de gracia ; por eso, al verla, lloraban con tristeza. Al contemplarla los jóvenes, querían conquistar imperios ; yo sentí en mi alma, al saberla mía, todos los imperios del mundo conquistados.

Era más flexible que la palma, más dorada que el trigo, más dulce que el dátil, más perfumada que la rosa. Para reconciliarse con el mundo, ¿cuáles plantas, flores y simientes hubiera debido crear con su lluvia la nube que la mató con su rayo?

Su muerte fué mi muerte. La vida se me apareció sin un manantial capaz de ofrecer, con un reflejo del cielo, reparadora frescura. El relámpago que alumbró su rayo concentró para

encenderse todos los brillos del universo, y al morir dejó para siempre tinieblas en mi alma.

Desde entonces, el dolor me abandona en el sueño y me abre los ojos en las mañanas.

Un ángel me dijo una noche : «La doncella fué purificada por los volcanes de Dios, abiertos entre los desgarramientos de las nubes : hoy, rediviva, se pasea en el Paraíso y te espera con una juventud eterna. Así fué salvada de la muerte la más hermosa mujer del mundo.»

Y dejé los valles de Andalucía y llegué a mi tribu. Los ancianos me recibieron sonriendo ; el Sceico exclamó : «Ve a saludar al Emir ; voy a buscarte sandalias ; las tuyas están usadas.»

Y vi al Emir, que había envejecido mucho, y me dijo : «Mis canas te saludan con alegría, pues no ha parado en humo mi esperanza de verte.»

¡ Ah ! que no pare en humo la mía. Ella tuvo en sus ojos el espíritu de todos mis pensamientos : desde que murió, mis pensamientos se bañan en la amargura de mi ánimo.

Mi esperanza es vehemente, como la de la tierra que espera después del estío las aguas del otoño ; y mi plegaria, llena de unción, sube con el suave olor de la raíz del enebro.

Hago el bien : la compasión, la caridad, el

amor, se derraman en mis acciones, y espero tranquilo, en medio de mi tribu, la muerte.

Así me ha sido dado ver en mis sueños los boscajes del profeta. Los ríos que deslizan la miel en sus ondas murmuraban: «acerca los labios». He hollado los tapices que, sin tener costuras, son mullidos como lechos de monarca. He visto los árboles con frutos de dulzura desconocida, la realidad de los que sueñan las flores al transformarse en la tierra. He oído los cantares de las fuentes y entre ellos a la virgen de mis dolores diciendo: «Heme, pues, en mi reino. Su hermosura, que es la más alta, aguarda nuestro amor para transformarse en divina.» Y aquí concluye mi canto, aunque no mis pesares y esperanzas.

EL VINO MILAGROSO DE LA COPA ENCANTADA

En el banquete se sirvió el zumo de una viña cultivada entre árboles secos, para no privar a los pámpanos de sol. Las redes asaltantes, entrelazándose a los troncos desnudos, les fingían hojas. La brisa divertíase trayendo en la ondulación de sus alas las querellas del río cercano. Después, arrancándole al verde manto leves voces, y confundiéndolas al recuerdo de las del agua, daba a los árboles muertos la ilusión de una armoniosa vida.

El viñedo, estremecido, acompañaba bien las humanas penas con sus rumores, y algún poeta le llamó la fuente. No la fuente que con gotas cristalinas adormece la sed en los labios y despierta en las almas vagos anhelos ; era fuente de sombra, vibrante como una arpa ; y la sombra es bendita cuando el pasajero, bajo el sol a plomo, no ve la suya sobre la tierra. Así, gratamente se acogían al amor de los pámpanos los que iban de la tribu de los kindahs a la tri-

bu de los taghlibs y los que dejaban la ciudad de Ancyra camino del país de Tayma.

Ahora bien; en la anterior estación dos jóvenes confundieron sus quejas al murmurio de las hojas. «La flor de nuestro rostro—suspiraban—se marchitó en la angustia y no se evapora el rocío de nuestro llanto.» Callaron, y, en su silencio, las lágrimas mudas corrían cual de de fuente inagotable. El sol se inclinó; las jóvenes dijeron: «Sigamos nuestra ruta y que no reposen nuestros pies hasta llegar a Tayma. Allí, desconocidas, nadie nos avergonzará diciendo: esas túnicas cubren sangre de ignominia; arrojad de vuestra frente la corona de las vírgenes...» Las hermanas se alejaron. Eran las dos, al caminar, semejantes como las sombras producidas por la misma palmera en los cambios del sol, y se inclinaban al peso de su dolor, flexibles como ramas que ocultan entre las hojas los frutos que las doblegan.

De la viña sobre cuyas raíces habían llorado, dieron, después de un tiempo, vino al príncipe Barc Wail. Ya los convidados no mostraban el negror de las encías: lavadas por el beber y libres de la pintura, descubríanse rojas como los rostros encendidos, cuando Dhobyami, copero mayor, dijo al amo: «He aquí de la vid que conocen los viajeros de tu reino; para ellos da

una sombra, por su delicia, sagrada, y para ti un licor que es, por su calidad, divino.»

El rey tomó llena la copa ofrecida. Era de oro, y al elevarla cuidadosamente a los labios, le hizo lucir una línea de esmeraldas entre arabescos de diamantes. Después, las piedras engendraron un leve relámpago; el licor había desaparecido.

Dhobyami esperó en vano la real palabra; el refinado bebedor permaneció en silencio. Y el copero, con asombro, le vió ensimismarse ante una copa vacía. Era la primera vez que aquello pasaba. Los convidados, aunque medio ebrios, cesaron en su alegre tumulto y miraron al rey. Este parecía leer en el fondo de la copa atentamente su destino; después la alejó, observando las esmeraldas, como el viajero extraviado en el desierto consulta las estrellas.

«Ea—exclamó violento,—decid: ¿qué habéis puesto en este vino?»

«Señor—respondió Dhobyami,—ciencia, para hacerlo digno de vuestros labios.»

Barc Wail no oyó la contestación. Las esmeraldas le atraían, contemplábanle como ojos humanos, y su belleza estremecíase con expresiones de angustia. Luego vió los diamantes correr, imitando gotas de rocío, pareciendo chispas de luz, y eran lágrimas entre las esmeral-

das vivientes. Quiso con sus dedos sacarlas, y sus dedos se hirieron en el llanto siempre radiante y de nuevo entumecido.

El rey vió a lo lejos, algo oculto a los demás, y salió de su silencio gritando: «Mandad a escape un mensajero a Tayma. Hay un poeta que ha dicho a dos jóvenes un verso de El Samaual: *Cuando el hombre no ha sido manchado por bajeza alguna, toda túnica que lleve parece hermosa*. Y después: *Así también, la mujer deshonrada hace perder su belleza al más fino manto*. Traedle encadenado, y buscad a esas jóvenes violadas ha tiempo en mi cámara: una será reina y otra princesa.»

El mensajero corrió sobre un corcel, que dejó muerto en la ciudad de Tayma, y volvió a las tres horas en otro corcel, que cayó muerto en la ciudad de Ancyra. Ya las antorchas palidecían en el alba naciente cuando dijo al rey, inmóvil entre los convidados, libres de la ebriedad por la inquietud del suceso:

«Señor, las dos jóvenes han muerto; cantaban en las ferias para ganarse la vida y eran respetadas. Ayer rechazaron a un poeta y éste les lanzó el apóstrofe que adivinasteis. Las dos almeas no quisieron sobrevivir a su vergüenza. He ahí lo acaecido: un emir va a llegar con el preso.»

El rey, palideciendo, exclamó: «Bebed, señores, a la salud de la mañana que clarea, el vino de El Andar, aquel que alabó Amr Ebn, porque *arroja los cuidados y ahoga las tristezas.* Y tú, mi fiel Dhobyami, escánciame de ése, nacido entre los pámpanos de sagrada sombra, inspirador, sin duda, de visiones que son milagros.»

Dhobyami obedeció. Esta vez las esmeraldas de la copa, con las palidecientes antorchas del festín, agonizaban como las estrellas, entre los diamantes, que fingían la ilusión de gotas de rocío brotando del seno de la noche a reflejar el alba sobre una flor de oro.

El príncipe miró con profunda pena el vino; lo alzó, al fin, y el breve relámpago se produjo casi crepuscular, sin fuerza. Hubo un movimiento: después un grito de estupor: el rey se había derrumbado. Lo que se hizo para salvarle fué inútil; el brillante Barc Wail estaba bien muerto.

Los convidados inquirieron de Dhobyami lo que había puesto en la bebida. El copero no supo contestar que dos jóvenes arrojadas del palacio lloraron alguna vez sobre las raíces de la sedienta viña. Lo que respondió fué más inútil que lo que hubiese sido esa revelación, y los jueces le condenaron al destierro.

En tanto, el rey permanecía por tierra y sobre él se destacaba la copa. El sol, apareciendo, la tocó ; las esmeraldas y los diamantes fulguraron sobre el oro convertido en ascua. Ahnaf, viejo sabio, exclamó entonces : «Parece objeto de un culto y no copa de festín. Vedla cómo refulge casi sobrenatural. Diríase que el sol nace en ella. Yo he visto una semejante en la Kaaba ; la leyenda dice que un ángel se la trajo a Adán, con agua consoladora, cuando era en días de desolación la imagen del arrepentimiento llorando sobre su culpa.» Pero Ahnaf ignoraba que, después de tanto dolor, el rey iba a encontrar a las dos hermanas convertidas en huríes ; y esta vez, llenas de júbilo, ofreciéndole los besos más ardientes de sus labios.

EL ARQUERO DEL BOSQUE

No paséis ¡oh hermosas reinas! por los bosques. No turbéis la soledad feliz con el rumor de vuestro paso; no digáis a la flor que, más que su perfume, es vuestro aliento. «El placer está en guerra conmigo, y yo he hecho alianza con la tristeza», cantó Abul el Ancari en la corte de Harún el Raschid; pero él no añadió lo que yo, por vosotras ¡oh tiernas reinas! digo: «La alianza con el placer mata la tristeza, engendrando la locura.» Oíd, los que me escucháis, el por qué de mis palabras.

Mudrix era cazador y poeta. Sus cantos de las cuatro estaciones adquirieron celebridad en la comarca. Las sabias letras no los habían encarcelado en las redes caprichosas de sus arabescos. Hombres y mujeres acudían como las aves en bandadas para oir estallar colores, perfumes y notas, en kasidas donde vivían el sol y la luna, la tarde y el alba.

En vez de sentirse el poeta inspirado por el

espectáculo, lo vivificaba con su voz animadora. En el estío, después de hacer con las gargantas de pluma armoniosas flautas de cristal, la voz de Mudrix maduraba los frutos. Al oir sus estrofas de tristeza enternecida, las verdes hojas se impregnaban de púrpura y de oro, encontrando al desprenderse de los árboles, en el ritmo del canto, movimientos para volar con melancólica gracia. La vibración de la tristeza, al despedirlas, era profunda ; como que también esa voz las había creado con transporte jubiloso. A la desolación de la nieve que transforma el silencio de su caída en silencio mortal, le infundía el dolor de los rayos del sol, que cantan como el cisne al amortajarse en su blancura. Mudrix era, así, la vida del bosque. En sus ritmos circulaba el secreto de la savia, y en la savia el secreto de los ritmos. Por eso, al venir la primavera, decían los amantes sonriendo : «Vuelve a cantar el poema de los brotes» ; y los viejos, con tristeza : «Ya el viento se perfuma con sus versos». Y al llegar el invierno, exclamaban los viejos sonriendo : «Su kasıda va a armonizarse con nuestros años» ; y con tristeza, los amantes : «Ya sus versos nos hablan de la muerte».

El cazador vivía feliz con la fuerza de sus músculos y las imágenes de sus cantos. Se pa-

seaba como un león soberano del bosque, y como un león tenía los ojos llenos de mansedumbre. Su júbilo, a veces, era un estallido triunfal, y el arroyo se transformaba a su contacto en el Kaussar del Paraíso, reflejando la selva entre mirajes de ensueño.

Alá dispuso, al fin, que su felicidad cesase. Se anunció la primavera, y hombres y mujeres acudieron a sorprenderle en su gruta. El poeta se adelantó, dejando su arco, para tomar su zemmara y se inmutó viendo avanzar un kallatín de púrpura. Su asombro creció cuando vió un alto busto cubierto por un velo: era el de la reina de la contigua comarca.

«Salud—exclamó el poeta,—¡ oh tú, que adelantas con el ritmo de un collar prendido al esbelto cuello de una joven camella! Salud ¡ oh reina! ¡ Quién pudiera, en la languidez de tus ojos, ver reflejada la admiración con que los míos te abrazan!»

De la forma oculta por el velo se oyó la palabra: «¡ Salve a ti, que, siendo la armonía condensada en la voz del hombre, unes la flor y el astro! Dicen que la primavera mana de tu boca, y el ansia de contemplar el prodigio es ambición de mi alma...» Y la reina oyó el himno y no vió estallar los brotes y crecer las hojas; pero sintió flúida onda de ternura, con un

goce de vivir dulce y ardiente. Encendióse en sus ojos luz interior transformadora, y todo el bosque despojado pareció exultar vestido; tal, en su espíritu, los anhelos se convertían en flores reales de la esperanza. Después, irradiando júbilo, entró en la cueva y llamó al poeta. Levantóse un instante el burko y Mudrix prosternóse, creyendo que las piedras se hendían, para que descendiese el cielo a vivir entre sus muros. Alzó de nuevo el rostro, y la reina ya no estaba.

Cuando salió al bosque, los hombres y las mujeres no se atrevieron a saludarle familiarmente, como tenían costumbre. Creían ver en sus ojos el resplandor de lo que ellos no vieran, mirándole como divinizado por la real persona.

Pudo la primavera refulgir con su fecunda sonrisa, y pudo arribar el estío con todas las pompas de su belleza: Mudrix era un espectro, sin encontrar su carne; sólo el sufrimiento le advertía de la existencia de su cuerpo. El amor y el insomnio le devoraban, y fiebre angustiosa le discurría por las venas. Vislumbraba las cosas a través de su llanto, y era tan abundante, que el bosque todo le parecía de hundals, árboles cuyo perfume arranca lágrimas.

En el otoño siguiente apareció el kallatín de

púrpura, mas la voz del cazador no resonó recibiéndole. Contrariada la reina, exclamó: «¡Cómo! ¿No me saludas, y vengo a oir tu canto y a mirar caer las hojas que tú engendraste?»

Mudrix respondióle: «La última primavera no ha germinado en mi alma. ¿Por qué alabar ¡oh reina! a quien me arrebató la alegría? Yo era libre como el viento, feliz como el león, y hoy soy un pobre hombre. La esclavitud y la amargura viven en mi morada desde que tú la visitaste.» La mujer replicó: «¿Y no tienes voluntad?» «La voluntad es del alma, y no tengo alma desde que sufre entre tus manos»—gritó, más que dijo, el cazador huyendo.

La reina dejó correr el invierno, y la primavera volvióla a ver en el bosque. Ante el aspecto de Mudrix, sobresaltóse y curiosamente le preguntó: «¿Por qué tu cuerpo se cubre de harapos?»

—«En cada breve noche—respondió el cazador—encuentro, con una eternidad de tristeza, un infinito de sombra; y su recuerdo me mata el júbilo del día. A quien vive en la tiniebla no le importa que le miren haraposo: cree que los ojos extraños no perforan la obscuridad circundante. Mi pellico de caza era más recio que un escudo de guerra, mas tus ojos lo destrozaron con sus flechas. Sólo harapos deben vestir los

jirones de mi alma, tristes despojos de una fuerza en que ha muerto el canto, que fué su gloria.»

—«¿Me amas de modo tan profundo?»

—«Pregunta en el bosque al árbol de armoniosas ramas que deje mejor filtrarse la luna; pregúntale si muerieron entre sus hojas, mirando al astro, más ruiseñores que los que han muerto entre mis quejas soñando con tu rostro.»

—«¿Y no saludas ya las estaciones?»

—«La fuente secóse para siempre; ni retrata el cielo, ni tiene rumores; y así, estéril y honda, parece una tumba.»

La reina se alejó pensativa, sin poder oir el canto que la otra primavera animara las aves, la flor y el fruto. Le bastó mostrarse una vez al hombre feliz en la selva para obscurecerle el paisaje. Ni el árbol, ni el agua, ni la nube, reflejábanse alegres en aquellos ojos, donde el recuerdo de los suyos hacía desmayar un alma.

La noche de esa tarde fué hermosa. La respiración del bosque parecía subir con sus perfumes hasta el cielo. No era época de luna que hiciese palidecer los astros, y los astros iluminaban con el fulgor de sus diamantes platíneos y azulados.

En multitudes inverosímiles, por todos los ho-

rizontes, desde la tierra al cenit, se estremecían palpitantes, o inmóviles se clavaban ; la selva dormíase con sagrada majestad, cual si la bóveda se hubiese ornado con aquel esplendor, sólo para velar su sueño.

Mudrix, fuera de su gruta, tenía una lágrima para cada estrella, apoyándose sobre haces de flechas. En legiones, erguíanse temibles con sus puntas inactivas : durante meses, el poeta, que ya no cazaba, se había distraído construyéndolas. Las hojas holladas le sacaron de su aflicción y se estremeció ; la reina estaba a su frente. Sonreía levantándose el velo, y la túnica flotante y abierta ofrecía el cuerpo perfumado.

Mudrix supo que a la primer luz del alba la reina iba a partir para siempre. Y oyó, casi sin escuchar, que bajo pena de muerte debía después olvidarla.

El canto de la primavera resonó en la gruta con un transporte jamás oído. Las aves se despertaron respondiendo en las ramas, y las nuevas flores exhalaron más vivo el aroma, y eran notas del himno nupcial, entre el zumbar de los insectos y el rumor de las aguas... El tiempo deslizóse ligero, y la frescura, mensajera, por contraste de la luz solar, anunció la proximidad del alba.

Las estrellas no habían palidecido, pero estaban al fin de su curso; súbitamente, se oyó el grito desgarrante de un hombre a quien le quitan la vida, y ese hombre miraba al cielo queriéndoselo absorber con los ojos. Las horas habían volado con los astros, y los astros, hundiéndose, arrebataban a la noche; y él pensaba: «¡ Ah ! ¡ poder detenerlos, no dejarlos seguir, clavarlos en la bóveda y alejar eternamente la aurora !...» La constelación de Suraya, y el signo El Assadi, y el fulgurante Sinaki no vieron, sin duda, al poeta del bosque tomar un arco, y tenderlo y descargarlo, lanzándoles cientos de flechas, como una estatua de la Desesperación animada. La reina alejóse envolviéndose en los velos del burko; y el cazador, sin verla, cayó al suelo, extenuado por el ejercicio. ¡ Pobre Mudrix ! no volvería a levantarse para cantar las estaciones: ¡ su alianza con una noche de placer lo había vuelto loco !

LAS NÁYADES

Moslim el Hutail, joven y hermoso, era el primer poeta del país de Yemen, siendo también uno de sus más grandes señores. Leila, Soàd y Aila se morían de amor por sus versos y sus ojos. Más de una noche le esperaron en sus jardines, donde los cálices de los okhouans parecían brillar con la sangre de sus venas, encendida por el deseo. El no acudía al llamado, diciéndose que era leal en el fondo de su corazón, pues por no engañar a ninguna, las impacientaba a todas.

Y como un día Leila exclamara: «Esperé anoche en vano, y me acosté al alba, húmedos mis cabellos del llanto del cielo, húmedos mis ojos del llanto del alma», el joven respondió: «¿Por qué mientes? Las flores pueden cubrirse de rocío, pero tú, no, porque eres estrella.» Y después, ante igual reproche, respondió igual cosa a Soad y a Aila, y se quedó satisfecho, pues no había en la lisonja mejorado a ninguna.

Moslim el Hutail hacía mal sin darse cuenta, y era la primera víctima de sí mismo. Cada nuevo amor en su espíritu y en su cuerpo, despertábale otro, desesperante. Ese amor era un anhelo infinito, como si él no fuera habitante mínimo de un planeta, mínima partícula, a su vez, en el conjunto de los astros. Y en una tibia tarde en que una nota, un color, un perfume, inspiraban el deseo de ser nube y subir hacia el sol y bogar gloriosamente, dejó la ciudad natal y transformóse en peregrino.

Iba sin acordarse de Leila, ni de Soad, ni de Aila, jubiloso, lleno de una singular ebriedad que ponía alas en sus sandalias. Pensaba que, al avanzar, el horizonte alejaríase, como un telón que descubriese seres y cosas, capaces de apaciguar la sed febril de su espíritu inquieto.

Cruzó comarcas, visitó ciudades y llegó a un país armonioso, donde la fantasía risueña daba amablemente a los espíritus una sonrisa de luz. Y poco a poco, los relatos encendieron más su sed, y las cosas bellas aumentaron su angustia, y al fin, desesperado, se dedicó a mirarse en las fuentes, única cosa de la tierra capaz de enseñar cómo en un cristal puede concentrarse el firmamento.

Muchas fuentes reflejaron la meditabunda faz

del príncipe poeta: muchos murmurios se confundieron al ritmo de sus versos; más de una linfa cubrióse con los pétalos de las rosas deshojadas por su mano. Tanto amor, tuvo al fin su recompensa. ¿Cómo oyó la suave voz de las náyades? ¿Cómo vió la primera desnudez reverberando con el sol, en las gotas que temblaban, sobre el torso de alabastro? Alguien lo preguntó a los mirtos que al borde de esas fuentes dialogaban con los céfiros, y al mismo cristal de entraña fabulosa; pero, como no sentía mezclado al deseo el amor del poeta, ni mirtos, ni cristales, ni céfiros respondieron... Moslim el Hutail cautivó con la gracia de su nombre árabe los labios de las náyades griegas, y las náyades lo dieron al viento con dulzura.

Ellas le contaron la prodigiosa mansión que habitaban. El se figuró el efecto de las palmeras de su país en las grutas de nácar. Y aprendió que el sol entra y se diviniza en un crepúsculo maravilloso, convirtiendo las algas en explosión de flores. Estremecióse al saber que los perfumes de éstas y los matices de la luz engendraban el júbilo, no dejando concebir ni más sutiles ni más hermosos, es decir, lo que angustia con su ausencia.

Y sintióse desfallecer al oir que la frescura del palacio engendraba un sueño, y ese sueño

era el del infinito amor, hallando su forma verdadera en el amor de las náyades... El príncipe comprendió la verdad de su presentimiento : sólo las fuentes tenían el secreto de matar la inquietud, ofreciendo a la sed del cuerpo y a la del espíritu el agua cristalina y el cielo reflejado.

Más de un día pasó en el bosque misterioso. Al fin, una tarde vió tan viviente a una náyade, que sintió el vehemente impulso de estrecharla entre sus brazos. Ella desapareció móvil y ligera, inspirada, al parecer, por sus ojos febriles, los filtrantes rayos del sol, el encanto del cristal y los caprichos de la sombra.

Los pájaros, en torno, conversaban con las flores, y sopló una brisa acordando sus voces en una exclamación : «No volverás a ver a las náyades por haber confiado al cuerpo el amor del alma...» Y los pájaros y las flores no se equivocaron. Pasó un tiempo, las pesadumbres hicieron sentir al príncipe que su cabello encanecía. Su dolor, sin embargo, no enterneció a la fuente. El canto del bosque era verdad : las náyades habían enmudecido para siempre. Y cuando el cristal tornábase hasta en fangoso, entre la algarabía de una legión de ranas, lleno de amargura, se retiró el poeta.

Envejecido le revieron sus lares. Soad y Ai-

la habían muerto : solamente Leila le esperaba. En rasgos también envejecidos, tenía la mujer una nueva hermosura forjada por el dolor. Al ver al príncipe, sobre la sombra de su vida nació una luz de gozo, y su alma se convirtió en un suave crepúsculo. Moslim el Hutail dejó penetrar la suya en esa clemente tarde, fatigado del sol de sus días. Percibió en ella la amargura que le imprimiera su constante evocación, y encontró en su voz el eco viviente de antiguos versos. El amor inspirado en otro tiempo era la hiedra de la columna, y esa hiedra, impregnada del recuerdo de su imaginación, confiaba al viento una suprema elegía. Oyéndola, el poeta se compadeció a sí mismo, y con una íntima voluptuosidad, sintióse renacer en las ruinas de aquella existencia. Entonces, en su espíritu henchido del espíritu de Leila, hubo un amor que le hacía llorar sobre la memoria de Soad y de Aila.

Paseándose por un bosque cerca de la ciudad, se aproximó poco después a una fuente, cosa que no hacía desde su viaje. Sus ojos miraron la linfa serena, y, estremecido, se agitó. Un reflejo de mujer dibujábase allí ; levantó los ojos ; Leila estaba a su lado. Al volverlos a la superficie creyó ver palpitar las imágenes temblorosas, evocadas, de Aila y de Soad, y sintió

que en su nuevo amor perseguía un infinito. Amaba el espíritu de Leila, pero quería que las otras, incorpóreas, inasibles espectros, se tornasen en visibles, trayéndole las sensaciones de sus viajes. Miró febril los reflejos y exclamó: «La sombra de las náyades.»

Después oyóse el grito desgarrante de una mujer: las aguas, agitadas, se habían cerrado sobre el príncipe. Y en aquel boscaje abríanse flores, jugueteaban pájaros, y las flores dijeron: «Aunque el alma no confíe al cuerpo su amor, es imposible abrazar a las náyades.» Y los pájaros cantaron: «La fuente retrata el infinito y se ríe del amor si quiere arrancarle su secreto.»

Curtida por el sufrimiento, y llena de piedad, se oyó exclamar a Leila, entre la voz de las flores y el canto de los pájaros: «Pobre Moslim el Hutail; en su alma, el amor era hermano de la muerte.»

EL POEMA DEL RABÍ

El príncipe Instar, que, meditabundo, no hablaba nunca, llamó al rabí Abén : «Sé—le dijo—que eres en el reino el más admirable intérprete de sueños. Mi hermosa mujer ha soñado :

«En un valle de lirios rojos y blancos vió a un enano, no más grande que el turbante de un peregrino que vuelve de la Meca. Se divertía en cortar flores rojas y en ceñirse la frente con flores níveas. Cada flor caída, le arrancaba un gemido, y cada flor endiademada, un canto jubiloso. A través de sus lágrimas, reía de pronto, y como aquéllas aun brillaban, su rostro producía un extraño escalofrío.»

El rabí meditó un instante ; luego alzó la faz inspirada. «En este mes—exclamó—Aries es el signo del Zodíaco. Bajo tal signo en el reino, un enano es la imagen de la muerte. El hijo de vuestro tío, el príncipe Abdiel, va a morir asesinado. El enano llora y gime entre las flores color de sangre, con el pensamiento del padre y el dolor de las princesas. Muriendo Abdiel, tú reemplazarás al viejo rey en el trono. Con el triunfo de tus ambiciones y con el pen-

samiento de tu mujer, el enano canta y ríe, entre las blancas flores que os harán corona.»

Pasó un año: el príncipe Abdiel murió en una cacería; el viejo rey y las princesas lloraron mucho; su sobrino Instar fué declarado sucesor del trono. El rabí recibió una túnica de lino de Egipto, sin costuras, que podía ondular, por leve, al más débil soplo de los labios, y que envolvía a su caballero como en un claro de luna. Al verle así cubierto, grandes honores se tributaron en la corte al sabio intérprete.

El príncipe heredero volvió a salir de su mutismo, llamó al rabí y le dijo: «¿Acertarás como la otra vez? Escucha: Mi hermosa mujer acaba de soñar: en un subterráneo se oía a lo lejos un himno de amor, y cerca un torrente de agua. Repentinamente, un gigante lo alumbró con sus ojos. Estaba dormido, y al abrir los párpados, dos linternas de fuego convirtieron las aguas en un torrente incendiado. El himno amoroso cesó entre ayes de dolor y rugidos de ira: sobre el subterráneo estalló un canto al son de añafiles y trompas.»

El rabí meditó un instante; luego exclamó:

«¡Oh príncipe! tu reino empieza. Ese gigante, bajo el signo de Géminis, es, en esta comarca, el genio de la guerra. Ve a la ciudad de Basora, cuyo sitio no acaba nunca. Al oeste

hay una puerta por donde bajan todas las noches soldados y mujeres a divertirse. Manda a un guerrero esforzado que aproveche la sombra para entrar y abrir los vecinos estanques. Tres días más tarde, la plaza se rendirá devorada por la sed.»

La victoria mató de júbilo al rey, que no se cansaba de llorar a su hijo. El príncipe volvió de su empresa a ocupar el trono. El rabí recibió un lujoso manto de púrpura, y por orden de Instar se le tributaron muchos honores.

Después de una semana debía festejarse a la real pareja. Esperábase que la tumba del viejo rey secara un tanto, al sol, la juntura de sus piedras nuevas. Instar llamó al rabí: «Quiero—le dijo—que me hagas para la fiesta una kasida cantando la hermosura de la reina.» «Señor, lo sabía—respondió Abén;—he aquí el poema.» El rey, satisfecho, sonrió al sagaz intérprete y le hizo declamar. El rabí exclamó: «Quién fuera ¡oh reina! el rey, que alaba a la reina, murmurando

»LA CANCIÓN DE LA FUENTE:

»Apoyada en su invisible amor, aparece la joven rebosando delicias. Aunque las vides no estén en cierne, y los granados no florezcan,

ella hace pensar en un sol que besa racimos de oro y frutos de púrpura. El aire, después de abrazarla, esparce en su torno la frescura de un perfumado huerto... Cerrado es el lugar y la reina puede desnudarse : la reina se desnuda y la soledad se hechiza. Nunca rama alguna de árbol sediento tuvo al inclinarse sobre el agua más gracia y majestad, que la reina al detenerse al borde de la fuente. He aquí lo que la fuente dice :

«Tu pie me toca apenas y te reflejo toda : tu »imagen temblorosa estremece mi transparen»cia. Esa imagen es forma de un deseo ; haz »que tu cuerpo realice la promesa del reflejo. »Retratándote así, eres mi ensueño, y abrazán»dote, te creeré obra de mis aguas : no niegues »esa ilusión a mi vida.

»Adoro el cabello obscuro que te viste cual »túnica de seda, brotada del seno de la noche. »Adoro tu frente, donde Dios debió de besarte, »después de hacerte. Adoro tus ardientes ojos, »capaces de secar mis aguas, si mi frescura, »acariciando tu piel, no transformara ese ar»dor en languidez venturosa. Adoro tus labios, »que dan en su aliento el perfume de una flor, »cuando lo que se besa es la madurez de un »fruto. Tu albura es la de la nieve que, siem»pre blanca, no cambia de matiz, y sólo defor-

»ma, con los valles y collados que recubre; y »todo tu cuerpo es una viviente estatua que tie»ne en sus líneas la armonía de un canto.

»¡Ah! no ensordezcas a mi voz: tú sola eres »digna de borrarme un pedazo del cielo que re»flejo. Ven, que desfalleceré de gozo al tocar »la mancha rojiza que, en tu muslo, es un re»cuerdo de la aurora en que naciste. Mis ondas »vibrarán sobre tu piel, transformando en per»las sus besos, y empaparán tu cabellera hasta »que pese. Quiero ver cómo entonces se arquea »tu cuerpo, y cómo la nuca y la espalda y la »cortina sedosa construyen sobre mi cristal un »humano puente...»

«La reina no oyó más y se precipitó. Las aguas se levantaron chispeantes al sol; en la soledad, hubo un inmenso suspiro sin causa, y la voz de la fuente estremeció las frondas, murmurando: «Es mía la más hermosa entre todas las mujeres».

Instar aplaudió mucho la kasida de su intérprete hebreo, que al retirarse fué detenido en la puerta. El príncipe había hecho un repentino movimiento, como picado por una víbora; cuando Abén volvió, ya estaba sereno. «Dime ¡oh extraordinario rabí!—exclamó,—¿cómo has

sabido que la reina tiene en el muslo una mancha purpúrea?»

«Señor — respondió el aludido, — como supe que la aparición del enano os daba el trono, y la del gigante la ciudad de Basora; como supe ayer, sin que tú me lo dijeras, que querías una canción, y todo esto sin darme cuenta, porque mi poder es misterioso.»

Instar se inclinó sonriendo, y el mago se fué para volver inquieto al otro día.

El rey presentaba rastros de insomnio. «Señor—exclamó el poeta,—dicen que me desterráis. ¿Los príncipes de vuestra sangre pagan así a sus leales servidores?»

«Tu tono—respondió Instar—es algo vivo. Te perdono, porque la nueva debe haberte exasperado. Mas, ¿cómo has podido creer tal cosa cuando por tu bello poema te tengo una nueva túnica? Es toda recamada en oro de Ofir. Te decías, con la de lino, envuelto en un claro de luna; y con la de púrpura, en una aurora naciente; con ésta resplandecerás como un sol en el mediodía de tu gloria: ¡quiera la suerte que no llegue nunca la de la tarde!...» El rabí vistió el obsequio con orgullo y cruzó el palacio con alegría; pero aquel fué su último paseo: la túnica estaba envenenada.

EL HUERTO DE LA PAZ

Alguien llamó al lugar aquel el Huerto de la Paz, pues su apacible ventura debía arrojar sobre las almas agitadas un manto de olvido, engendrador de una vida nueva.

En el huerto, lleno de flores, se levantaba una torre. En su cumbre vivía un astrólogo, y a sus pies, el jardinero. A veces, entre los dos, se entablaban diálogos, cuando la noche extendía desde el cielo la proyección de su reino silencioso. El astrólogo decía : «Hay novedades. Algunos accidentes me hablan de amenazas a las cosechas de los hombres. El Assadi, en cambio, está magnífico, y promete a los nacidos bajo su signo el vigor que aleja las enfermedades.»

—«Mis lirios—respondía desde abajo el jardinero—están enfermos. Es menester que el sol me preste sus rayos para que renazcan en las blancas telas los corpúsculos de oro. Mis rosas, en cambio, rebosan de hermosura. Las hay

blancas, como caídas de los montes de esa luna que tú estudias: las hay rojas, como con pensamientos de esa alba que, apagando los astros, te encierra en la torre.»

—«Yo no veo las flores—exclamaba el astrólogo;—pero siento su perfume traído por las invisibles alas de la noche.»

—«Tampoco veo los cambios anunciados en las estrellas—declaraba el jardinero;—pero veo su luz y me dicen: haz que las flores nos imiten en el brillo.»

Y ambos eran perfectamente venturosos; y el reloj de cristal marcando adentro las horas, y el cuadrante rigiéndolas afuera, murmuraban en silencio, ya con el rayo de sol, ya con el grano de arena: «El tiempo pasa sin ruido, como la vida apacible por el corazón de los que habitan nuestro huerto.»

Dolido por la muerte de Gulnara, aquella que al retratarse en sus ojos se los convertía en felices y sagrados, sufriendo el dolor de los dolores, puesto que su amor por sobre la muerte, era con sus recuerdos un martirio sin esperanza, el pobre Masrur llamó a la puerta:

«¿Vive aquí la ventura?»—preguntó.—«Vive—le respondió el jardinero,—y se adorna con mis flores.» Después se acercó a la torre: «¿Vi-

ve aquí la paz?»—dijo.—«Vive—replicóle el astrólogo—y se corona con mis astros.»

Masrur, aprovechando la hospitalidad, vivió allí un invierno. Luchó desesperadamente con su enfermedad moral. Se le hubiese creído curado, por la aparente paz de su rostro, y el jardinero le decía a menudo: «Las cosas pequeñas, las flores, y las cosas grandes, los astros, tienen un espíritu divino; sus fraternales colores cambian luces y perfumes, y su estudio y su cultivo hacen esperar tranquilamente la muerte hasta ir a confundirse con los astros, cubierto de flores...» Y vino la primavera, y con ella imponderables noches. Realmente, el huerto era un cielo volcado de estrellas sin luz, y el cielo un jardín de flores resplandecientes.

Y una vez el sabio exclamó: «¿No aspiras, hermano, en esta paz, el alma revolante del jardín, exhalada al contacto de las tibias brisas? ¿No sientes a las constelaciones inclinándose para mirarnos con bondad? ¿No ves así en el universo una correspondencia entre los astros que se acercan y nuestras almas que ascienden más allá de la torre, como sube de la tierra a nuestra cumbre el aliento de rosas, cinamomos y azucenas?...» En tanto, Masrur sentía en su alma la influencia dominante de la noche. La voz de la muerta animaba las flores y encen-

día las estrellas. El espacio era cámara nupcial, y la grandeza de su misterio, infinita, como el misterio del amor mismo. El nocturno silencio tenía soledades angustiosas, llenas de los dolores humanos, que no hallan eco al agitarse sobre una tumba. Y ante el vacío, miró Masrur el cielo. Quizás allí flotaba el espíritu cuyos recuerdos exacerbábanse con la belleza de la hora. «Maestro—dijo el convaleciente,—puesto que no puedo subir a tus estrellas, voy a visitar las flores.»

El movimiento del sabio fué inútil : pasó un segundo y encontróse en una cumbre estremecida.

Los aromas del huerto seguían subiendo. Abajo, oyóse el grito del jardinero, y el astrólogo, alzando los ojos a los astros, sintió frío. El Huerto de la Paz seguía siéndolo con un cadáver.

ÉGLOGA

A la que, inquieta como un médano, es mi constante pensamiento, la encontré en la tarde hermosa de un hermoso día, meditando al pie de su camello.

Ella me dijo:

—¿Por qué me haces llorar?

Yo le respondí:

—Porque tus lágrimas corren por tus mejillas, y me place en pleno día ver flores llenas de rocío.

Yo le dije:

—Tus ojos descubiertos son como el horizonte estival, que sin nubes tiene relámpagos. ¿Por qué los ocultas siempre bajo el velo?

Ella me respondió:

—Porque me encanta mirar en los tuyos el deseo de verlos.

Ella me dijo:

—¿Por qué hiendes el arbusto de la mirra?

Yo le respondí:

—Porque pienso que tu boca, entreabierta por el beso, debe manar zumo perfumado, como el arbusto herido.

Yo le dije :

—¿Por qué me huíste ayer presurosa?

Ella me respondió :

—Porque me divierte ver correr irritada mi sombra.

Ella me dijo :

—¿Por qué estudias el cultivo de anémonas y azucenas?

Yo le respondí :

—Para tener en la tierra un jardín semejante al que tú haces nacer en mi alma.

Yo le dije :

—¿Por qué miras tan a menudo el lago?

Ella me respondió :

—En la ribera siento mi esperanza vivir como las flores, y me pregunto por dónde debe dirigirse el remo para encontrar la orilla en que penden los frutos de los árboles.

Ella me dijo :

—¿Y tú también a veces no lo miras?

Yo le respondí :

—¿No son cambiantes inaccesibles, como las ideas de la juventud de mi amada, los crepúsculos y auroras de sus reflejos?

Yo le dije :

—¿Por qué interrogas a tu hermano cuando vuelve de Alepo?

Ella me respondió :

—Viene de estudiar en el Akhsa, y mi espíritu se afina con sus lecciones para mejor penetrar en el tuyo.

Ella me dijo :

—Pero, dime, ¿por qué tantas sutilezas? ¿Amar no basta?

Yo le respondí :

—Lo mismo digo ; amo y no me entienden.

Entonces, sobre nuestras voces vibró la voz de un pájaro. Una nota de cristal gemía, y otra de cuerda suspiraba ; y al fin, las dos se confundieron, con estallido vigoroso, en un único canto.

Ella me dijo :

—Por ti me he puesto estos collares. Como mi garganta entre el ámbar, está mi alma entre tus manos.

Yo le respondí :

—La mía te sigue como a tus cabellos el perfume. Desátalos, y verás que éste no quiere la libertad y no abandona los sedosos lazos.

Ella me dijo :

—Pues sean nuestras almas como las dos notas del pájaro.

Yo le respondí :

—Como ese canto sean nuestros cuerpos.

Ella me dijo :

—Ya los ramos de cipro surgen entre las vides ; hagámosles adornar nuestra ventura.

Yo le respondí :

—Que la ventura sea entre nosotros como ramo de cipro entre las vides.

Marchamos hasta el dosel de los pámpanos. Era difícil alcanzar las florecidas fuentes del perfume. Una brisa se transformó en ráfaga ; y, como alas de paloma, volaron cientos de flores de nieve; y cayeron sobre nuestras cabezas y colmaron nuestras ávidas manos.

Yo le dije :

—Coronados así, los días nos vestirán de esplendor con su gloria.

Ella me respondió :

—Y las noches de discreción con su misterio.

Ella me dijo :

—Amado, mi camello se impacienta ; quiere partir.

Yo le respondí :

—Amada, que su paso no me señale más la huella del dolor.

Yo le dije:

—¿Por qué no comer frescos dátiles coronados de flores?

Ella me respondió:

—La ráfaga no los voltea; sube a mi palanquín para alcanzarlos.

Y entramos al palanquín, y el camello hizo sus tres movimientos, y una vez de pie, marchó acompasadamente, con un gran ritmo que le daba majestad y gracia. Y al llegar al bosque de dátiles, se detuvo; y la dulzura del fruto untó nuestros labios con una nueva alegría.

Yo le dije:

—Deja las bridas sueltas, y que el buen animal vaya sin rumbo, semejante a mi corazón, cuando la duda le hacía desear la muerte.

Ella me respondió:

—Se internará en el oasis, que es un canto de la vida.

El oasis respiraba ya en la frescura de la próxima noche, sacudiendo con inmenso suspiro el ardoroso vaho. Un ligero soplo, después de acariciar las plantas, besaba nuestras frentes, y

perfumes de granados, y vides, y cinamomos, nos envolvían, penetrantes, expansivos, cual si quisiesen embalsamar con su aliento la tierra y el espacio.

Yo le dije :
—Amor es mi nombre. ¡ Por él he sufrido !
Ella me respondió :
—Amor es el mío. ¡ Por él he llorado !
Ella me dijo :
—¡ Que jamás la vida nos separe !
Yo le respondí :
—¡ No separarse es lo único que es vida !

Mis labios se imprimieron sobre sus labios. Sus párpados se entornaron, y su cabeza, doblándose, se apoyó en mis manos. Después abrió los ojos.

Yo le dije :
—¿ Qué miras ?
Ella me respondió :
—La primer estrella.

El camello debió de oirla ; desvióse con suavidad, y encaminó hacia el astro su nuevo rumbo.

VARAS MÁGICAS

Es bueno, amigos míos, que los genios no existan, pues a veces mataban la ilusión, que es hermosa, como hija del alma, y es consuelo porque es quimérica, y es fuerza porque es inaccesible. Convirtiendo su amable poder en arma hiriente por el resultado, ellos mostraban la triste realidad de las aspiraciones. Oíd, si deseáis saber lo que puedo contar sobre estas cosas; elijo, entre muchos casos, el siguiente:

Un padre de familia, al morir, dejó a sus dos vástagos sendas varas mágicas, capaces de evocar a un genio, que debía aparecer sólo una vez para escuchar una súplica.

El menor de los hermanos, Alí, perdió a su Amina, y el mayor, casado con Rebeca, tuvo tres hijos.

Alí, sufriendo de su pena, entró a un templo, y después de orar, leyó unos versos grabados sobre el medaeh:

> ¡Oh! alma tierna y delicada,
> Del corazón adorada.

Quisiera que tu hermosura
De un vergel fuese la flor,
Para ser el jardinero
Y cuidarte con amor.

Bajo el impulso de resolución repentina, acordóse de su vara, y pronunció las palabras del conjuro. Un genio, con ojos llameantes, presentóse colérico; pero esa mirada adquirió suave luz encantadora apenas se dejó oir la armonía de su voz, antítesis del rostro airado.

«No ignoro lo que pides—dijo el genio;—ve a tu huerto.»

Alí se fué, en efecto, y entre los arbustos—uno todo blanco de azahares y otro todo rojo de cerezas,—halló un rosal nuevo, nacido milagrosamente, cubierto de flores que se inclinaban al peso de su hermosura. Era el alma de Amina. En el perfume sutil de sus rosas vivía la tristeza de las separaciones, y los colores exhalaban la frescura de un invisible rocío de lágrimas. Alí, que tenía de sacerdote, de poeta y de soldado, cultivó la planta divina, y ella fué para sus ojos altar, lira y alfanje. Las libélulas y las falenas pernoctaban en los cálices, y escapaban, como los pensamientos con alas, del sueño de esas flores. Y los pájaros comprendieron el prodigio, y sus voces en el huerto decían nostálgicas canciones, y todo en él vestíase de tierna melan-

cólica gracia. Y al influjo de los cuidados, el rosal se embelleció en el estío, hasta ser, con el pleno triunfo de la presencia de un alma, como si la aurora en sus flexibles ramas se transformase en día.

Pasó un año y vino otra vez la primavera. Nuevas flores se anunciaban en recientes brotes. Alí los veía hincharse, casi palpitantes, y con gran inquietud esperaba el prodigio. La planta, pensativa en los meses anteriores, llena ahora del flujo ardiente de la savia, parecía querer sonreir con sus rosas. Y éstas surgieron, pero no purpúreas, con el fulgor de nubes de ocaso, que es triste y es glorioso, al reflejar la apoteosis de una muerte. Antes, por el contrario, se dibujaron níveas, con blancura nupcial, y la antigua tristeza y sus lágrimas invisibles eran alegre frescor lejos de todo melancólico crepúsculo... Alí se estremeció sin saber por qué, y los pájaros, sin saber mucho más, sobre los vuelos de las mariposas al sol, olvidaron sus elegías, y en sus trinos estalló en himno la primavera.

El genio apareció y dijo : «Alí, vengo sin que me llames, pues ya no lo puedes, para explicarte el cambio del rosal. El no era una alma, sino su terrestre espejo, tal como mi poder lo hizo. Las rosas transformáronse, porque los senti-

mientos de Amina ya no son los mismos. No te ha dejado por otro amante : las almas no pueden tener sino el recuerdo de aquellos que lo fueron en este mundo. Te olvidó en la suprema luz, porque los astros le confiaron los misterios de sus secretos, y como un jardinero canta entre sus fulgores...» Cuando el joven se encontró solo, dióse a pensar en la mentira de su ilusión. Las mujeres eran siempre las mismas, e imposible creer en una vida ideal, más poderosa que la muerte, levantándose triunfante de la tumba. Enterró su ya inútil vara en el jardín que iba a abandonar, y maldijo en su interior el poder inmenso de los genios.

He aquí, ahora, cómo el hermano mayor usó del don de su padre. Saadí había combatido varias veces y visto horrores ; preparábase una invasión de la tribu enemiga, y llamó al genio. «Quiero—le dijo,—si he de morir, acabar sin sufrimientos.» El genio respondió : «Nada más fácil. La isla de la Luna está en el mar de Béber. De ella parte el Nilo, saliendo de un monte, con tal fuerza, que atravesando el Océano corre por tierra egipcia. En ese monte (tú debes ya saberlo por la tradición), hay una piedra blanca que parece cristal, llamada Saxbatulbaxati. El que la mira se pega a ella, y muere sin dolor, riéndose, y sólo la muerte lo separa de sus

aristas : es la piedra imán del hombre. Yo tengo un pedazo, tómalo ; para sentir sus virtudes, no hay más que soplar tres veces sobre sus brillos.»

La batalla fué ruda, y completo el desastre de la tribu de Saadí. No quedó en la población muro completo, ni árbol erguido, ni fuente intacta. Los vencedores se lanzaron a buscar las mujeres refugiadas en un viejo cementerio. Saadí y los pocos sobrevivientes estaban ya allí dispuestos a nueva defensa. La lucha fué desigual, imposible por el número. Los valientes cayeron todos y no hubo un solo hombre cobarde ; las mujeres, para no ser arrebatadas, matáronse, y los invasores, coléricos, abriendo las tumbas, degollaron a los niños ocultos. Los cadáveres recientes despeñáronse entre los huesos polvorientos de los antiguos. Los vencedores se alejaron, tintos en sangre, rugiendo como panteras ; y poco a poco el tumulto se perdió detrás de un bosque. Entonces Saadí, mortalmente herido, se alzó sobre un chaid : el dolor del alma hizo desaparecer el de su cuerpo. Su mujer estaba cerca y no veía a sus hijos cubiertos por la inerte montaña humana. Ahogando en su garganta un sollozo, sacó de su armadura la piedra milagrosa y sopló sobre ella tres veces. Una vibrante alegre carcajada restalló en las tumbas,

arrancándoles ecos cual lamentos del silencio horrorizado. El agonizante sorprendióse a sí mismo, y en una postrer vislumbre sintió la profanación y la angustia de morir contento. Pero era tarde. De la piedra imán del hombre, sólo exánime podía caer el atraído, como fruto maduro de la rama. Cuando al fin enmudeció, rodó el soldado pesadamente, seguido del ligero salto de una piedra. Y ésta, entonces, transformó la luz del día en la de su nacimiento, evocadora del monte de la Luna. Era que el alma de Saadí no la dejaba, comunicándole, ya libre de su influencia, el dolor de haber partido sin llanto, riendo sobre la tribu, en el cementerio de sus padres; y hubo un momento en que el don del genio, abrillantándose más, brilló como un sol de melancolía.

Ya lo veis, amigos míos; a veces las aspiraciones imposibles son, realizadas, manantial de pena. Y ¡ah, cuánto mejor es que persigamos la ilusión nosotros mismos, sin que nuestros padres nos dejen por herencia las varas mágicas de los genios!

LA SOMBRA

Sed alegres, sed buenos, sembrad el regocijo en las almas, como el sol vierte sus rayos de fecundidad en los trigos. No os reconcentréis en vosotros mismos ; huíd de las meditaciones que causan tristeza ; la vida es corta, haced el bien y divertíos. Considerad sobre todo, mis jóvenes amigos, como nefasta la influencia de vuestra sombra : esto os lo dice quien conoció mucho a Kiram, que pasó la vida en observársela. Los espejos metálicos descubiertos en los viejos mastabas egipcios, empezaron su locura. Meditando, miraba en ellos su propia imagen. No la creía naciente de un reflejo de cosa material ; para él, era la forma de su alma, viva e impalpable, con pensamiento, pero muda. Si a veces antojábasele emanación de su cuerpo, que fecundaba el disco, pronto volvía a creerla su alma misma. Y ésta, en vez de hablar, como si en su inteligencia la palabra fuese don secundario, llena de una imperante voluntad, creaba

visible en el silencio la imagen ideada de su rostro.

Nadie podía arrancar a Kiram de la necrópolis de Sakara. Se pasaba horas entre los aposentos mortuorios, conversando con su retrato en los metales milenarios, que a fuerza de vivir en la sombra habían olvidado la luz. Por eso los espejos, al recibir la claridad de una reciente abertura, buscaban la virtud perdida de fijar las cosas. Viendo a las penumbras inteligentes de los discos animarse con ellas, se podía decir: están acordándose de cómo reflejaban hace treinta siglos. La memoria iban los brillos a encontrarla en el fondo del tiempo, y sacudiendo las mortajas del olvido, venía al parecer desde allá, con una imagen temblorosa, que pugnaba por dibujarse con muerta luz, quedando en el duerme-vela de un incierto limbo.

Kiram acabó por creer que su alma era inmortal a través del tiempo pasado. La veía desde entonces esforzándose por tomar una forma y ésta era la de su imagen animada en el espejo. Luego esa imagen soñaba con encarnarse en un rostro esculpido, y una vez aprisionada, volvía a pensar en la primitiva del disco y anhelaba su apariencia fluídica, pronta a fundirse, inmaterial, en arcano infinito. Así, en un círculo de extraña vida, sugerido por los viejos re-

flectores, perseguía sin cesar una palabra que calmase su inquietud, iluminando el misterio de su existencia.

Entre los muros de los hipogeos, delante de las figuras de los bajos relieves con las escenas familiares del tiempo de los faraones, dióse también a buscar los rostros desvanecidos en las metálicas lunas. El creía posible que, de su memoria inmemorial, salieran, imitando al suyo presente. Esperaba también la voz de un alma adquiriendo la palabra en el fondo de los discos, con la sutilidad de una luz que se colorea o de un aliento que se hace brisa. Si el prodigio se realizase, creía que el óvalo encuadrante de su imagen iba a ser, transformándose en rayos de sol, una aureola.

Fatigado de no encontrar entre las momias rígidas y las pinturas hieráticas, la espiritual revelación, salió de los sepulcros a mirarse en las fuentes. A causa de esa su imagen, que en las aguas, hundiéndose por bóvedas infinitas, tocaba nubes, con reflejos impalpables entre brillos divinos, cobró horror a la pesadez de su cuerpo. Y desde allí, una voz quiso también hablarle, aumentando su inquietud, pues su alma, contemporánea del tiempo pasado, era hermana de la nube y de la estrella, y se veía en el espacio como en su reino. ¡ Espejos de las tum-

bas, espejos de las aguas! Los unos brotaban de las entrañas de la tierra a retratar el cielo: los otros, en su superficie, metían las profundidades del firmamento, convirtiendo ambos al hombre en más callado y pensativo. Su boca se hizo muda como su sombra. Después su vida toda identificóse con ésta, y empezó a observarla sobre el suelo.

Cuando él se alejaba, le seguía; pero, al darle el frente, veíala huir. ¿Quién era el continuo centinela que en su torno giraba? Era su espíritu, queriéndose expresar como en los discos y en las aguas. Cuando le seguía sigilosamente, pensaba en su mutismo: «en cuanto me mire, hablo»; y al encontrarse con sus ojos, huía sin atreverse. Quizá por cariño no decía la palabra. Quizá por maldad la callaba. ¡Quién sabe! En todo caso, el sol y la luna, creando la sombra de Kiram, le obsedían de continuo.

Se dió a comparar su sombra bajo los dos astros. Quería encontrar diferencias, en la de la luz ardiente y gloriosa, y en la de la melancólica y helada. Su silueta, en la noche, alargábase tornándose más ligera, pero no más obscura que la dibujada en el día. Luego, de su cuerpo fluía siempre igual proyección, callada y triste, y ya no era su alma, siendo la muerte, siempre constante para medir los pasos. Si, como se lo

dijeron los espejos y las aguas, eran una misma la sombra y el alma, ésta resultaba una forma de la muerte ; y porque iba a sucumbir, daba al cuerpo ese simbólico sudario. Mentía, entonces, el profeta, y mentían los sacerdotes egipcios que llenaron las tumbas de *dobles* para conservar el alma en las divinas transmigraciones. Después exclamó : «Toda cosa, porque va a morir, exhala una sombra.»

Y se dedicó a observar los monumentos en ruina. Pilones, obeliscos, columnas, colosos, brillando implacables, como con el hastío del fulgor, arrojaban al suelo siluetas hospitalarias. Hospitalarias, porque al entrar en su circuito, él perdía la suya, obsesionante. La sombra actual y viva de su cuerpo, era devorada por la del granito, que nació muerto, para vivir más que los hombres. Así los monumentos, librándole un instante de su inquietud, resultaban piadosos. Y Kiram pensaba : son melancólicos, por eso son amables ; la tristeza engendra la bondad, como el crepúsculo la frescura.

Desde esos abrigos, buscaba las sombras más largas, para saber cuáles caídas serían más ruidosas. En la noche tenían, en vez de hastío, todo el espíritu de las grandezas deshechas. Para columnas, obeliscos, colosos, la sombra quimérica era entonces lo principal, y el consis-

tente cuerpo, lo accesorio: los monumentos, desde aquella, parecían erguirse, aspirando a la inmensidad del cielo... Mas la destrucción trabajaba lo mismo en la noche y en el día. Pensó que la lenta degradación comía lentamente la sombra y que para no tenerla es necesario desaparecer del todo. ¡ Ah! la sombra no es la forma de la muerte, entonces, desde que la muerte es su enemiga. Y volvió con nuevo afán a querer conservar la suya, cual si fuese su alma; pero con más furor lo poseyó la idea de que la muerte deseaba anonadarla. El quería oirla antes de que se fuera, y saber si la sombra, frente a la muerte triunfante, se evaporaba del todo cual pasajeramente bajo el sol del mediodía; o si, resucitando en lo infinito, viajaba brillante como la estrella y la nube, sus hermanas, en los espejos y en las aguas... Su alegría se extinguió para siempre. La risa le hubiese sorprendido como un grito despertando los ecos de una casa deshabitada. Quiso un día escribir a un santón para que lo libertase de sus cavilaciones, y se detuvo, viendo la sombra de su mano sobre los caracteres. Al fin, se murió pensando en la luz invisible que la mente concibe. Y si esa luz tiende proyecciones indefinibles de las impalpables almas, quién sabe si Kiram no anda persiguiensin cesar con nuestra propia sombra!

Si hoy sacase la cabeza del sepulcro, vería, antes que todo, la silueta de una acacia. El árbol, más frondoso desde que lo custodia, bebiéndose quizás con los jugos de la tierra los de su cuerpo tranquilo, da mejor sombra. Y a mí me ha parecido ésta dos veces triste, y confieso que con cierto temor supersticioso, no quise descansar a su amparo. ¡ Ah ! mis amigos, haced el bien por si el Paraíso de Mahoma es cierto. Y entretanto, poned viñas en los sepulcros para que reflejen el sol sonrientes y perfumadas. Perfumadas con sus flores, sonrientes con sus verduras, y al fin, en el otoño, casi divinas con sus racimos. Ibn-Hazmun, el poeta, declaró que el precepto no debe asustar, pues no es crimen beber buen vino ; y dejad que vuestros hijos lo cosechen, alegres y espirituales entre esos pámpanos. ¡ Pero no desenterréis los espejos de las viejas tumbas sino para arreglaros las cabelleras con gracia ; no os miréis en las aguas sino para beber su preciosa frescura ; y no interroguéis jamás a la esfinge, inseparable y movible, que la luz jubilosa o triste dibuja sin cesar con nuestra propia sombra !

LA FUENTE

LA FUENTE

A las puertas de una aldea copta, Zara y Ben'hurr platican. Un pedazo de muralla ruinosa corta el horizonte; al otro lado se tiende un grupo de datileras. Ben'hurr, sentado en el suelo, apoya la espalda contra un tamarindo en flor. Zara teje una alfombra de hojas al borde de la fuente. El sol brilla en el cielo y se ríe en el paisaje.

BEN'HURR

La mañana avanza. Cuán hermosa es su luz. El tamarindo, hace un mes, parecía un esqueleto: mírale ahora. Sólo el hombre no rejuvenece; y, sin embargo, la primavera dice: la paz de Dios sea con vosotros.

ZARA

¿Por qué ese melancólico acento?

BEN'HURR

Observa la brisa que estremece la fuente. Pa-

sa acariciante y sigue. Después el cristal deshace sus arrugas serenándose.

ZARA

Lo veo...

BEN'HURR

¡ Ah ! ni es el tiempo brisa, ni mi frente es agua.

ZARA

Oyendo los murmurios, yo te diré otra cosa. Cuando las hojas, en el primer otoño del mundo, empezaron a caer, un ángel quiso salvar los árboles. «Señor—exclamó,—tú que todo lo puedes, prolonga el estío.» Dios, oyendo la súplica, volvióle al sol sus más ardorosos rayos. Las ramas, sin embargo, siguieron despojándose. Las hojas, en vez de caer solamente secas, gemían como quemadas. El ángel comprendió que su amor no podía transformar las fuerzas de la vejez. Pensó entonces con tristeza en el hombre achacoso a quien viera a menudo mirándose en una fuente, mas se daba una pena inútil. Las piedras eran vetustas ; el agua

contenida, eternamente joven. Ella retrataba el cielo, y al fin, evaporándose, se iba a buscarle con la ilusión de su imagen. He ahí el símbolo del hombre.

BEN'HURR

El tamarindo ya no es un esqueleto. Sus flores tienen aromas. ¿Quién podrá a entumecidos labios volver la perdida frescura?

ZARA

¡Ah! no quieres pensar en la fuente y comparas al hombre con el árbol. Te equivocas. Compáralo a las flores, y recuerda las que rápidas pasaron. Yo veo las de ahora, y digo: pobres sonrisas de la estación naciente, para irse más pronto, tienen invisibles alas. La vida es como el árbol: y las flores de éste son menos durables que los hombres de aquélla. ¿Por qué, entonces, lamentarse?

BEN'HURR

¡Oye!...

ZARA

Son las doncellas. Se aproximan por las eras con las ánforas.

BEN'HURR

El ánfora empezó con la sed del hombre : la mujer con la belleza del mundo. Hacen bien en juntarse.

ZARA

Con el ánfora sobre el hombro, te vi por la primera vez.

BEN'HURR

Desde entonces me señalaste la única fuente en que yo pudiera calmar mi sed extraña.

ZARA

Una tarde me pediste del agua por mí recogida, diciendo : levanta el velo, llena eres de gracia.

BEN'HURR

Y en tu semblante encontré el matiz del amor ; y mi alma, reflejándolo, empezó más que el sol a iluminar los trigos.

ZARA

Es cierto ; ¡ cuánto tiempo ha pasado !

BEN'HURR

Eso digo yo ; ¡ cuánto tiempo ! El tamarindo está en flor. Sólo el hombre envejece...

(Se oye la voz de Leila cantando.)

LEILA

El prado, de juventud
Se viste ; soy cual la palma ;
Quien lo dice en su laúd,
Hace sollozar el alma.

BEN'HURR

Helas aquí. Cantan y ríen. El agua, en la fuente, chacotea y habla ; en sus odres, medita y calla. Ya no se contenta con ser cristalina y reflejar el cielo...

LEILA

Salud y alegría. Vamos a llenar los odres.

Leila, Zoad, Susana, Scherada, Soleima, tienden sobre la espalda sus burkos ; deponen sus cántaros ; se acercan a la fuente y beben agua en el hueco de la mano. Por el lado de la muralla aparecen sigilosamente varios mozos ; piden, con señas, discreción a los viejos y se apoderan de las ánforas.

ABDUL

El áspid, para beber, deja el veneno. La mujer, el odre.

Las doncellas se vuelven violentamente, echando sus velos sobre el rostro.

BEN'HURR

Amigo, no es eso del todo amable.

ABDUL

La gracia de Soleima con su odre me ha conquistado y su desdén me mata : mi frase no es insolente.

BEN'HURR

Perdón, y me callo. El tamarindo en flor se ríe de mis palabras.

ZOAD

¿Quién se apoderó de mi ánfora?

MOAB

Quien la conoce por sus ansas, semejantes al cuello de un ibis, que no pierde su inmovilidad, aunque se le canten lisonjas.

SCHERADA

¿Dónde está mi cántaro?

BOABDIL

En mis manos. Lo conozco por su borde roto, desde que alguien, huyendo, lo dejó caer à mis pies en los campos de cebada.

SUSANA

No veo mi odre.

EL OUAR

Yo lo he puesto cabe el manantial que humildemente lo toca. Está bajo mi protección, pues el agua dice : si me recoges, daré a tu arcilla la frescura que infunde a los labios, hablando de amor, la unción de una plegaria y la armonía de un himno.

USLÍN

Es inútil, Leila, buscar tu ánfora. Quiero leer su dístico. Alguien lo escribió mientras dormías al pie del sebil de la muralla. «Cuando despiertes—dice,—no habrá nadie delante de

ti, pero un alma ha estado en tu sueño». ¿No preguntas si conozco al poeta?

LEILA

Sólo quiero saber quién os ha dado el derecho de tomar lo nuestro.

BEN'HURR

No te agites, hija: la primavera.

EL OUAR

Bien respondido, abuelo.

BEN'HURR

Esta vez el tamarindo no se ríe de mis palabras.

SCHERADA

Mediodía se acerca. Volvednos las ánforas.

BOABDIL

No será sin llenarlas antes.

Los mozos las sumergen en el agua varias veces, y por fin, colmadas, las muestran a las doncellas, que se aproximan; pero ellos les hacen señal de detenerse.

MOAB

Los pies no deben andar ligeros, si el amor no los impulsa.

USLÍN

Moab dice verdad. Cada ánfora se conquista con un beso.

Las doncellas, irritadas, gesticulan bajo sus velos, hablan entre sí y sus manos se mueven implorantes.

LEILA

El tiempo corre. Vais a sembrar la inquietud en nuestras casas.

ABDUL

Sabéis el pacto. Soleima, aproxima tus labios.

Las doncellas se adelantan, elevan sus burkos, y en un instante desaparecen los jóvenes, en las improvisadas tiendas que levemente palpitan.

BEN'HURR

Los frutos son los modos que tiene el sol de besar a las flores : el tamarindo comprende que las suyas son ya muy poca cosa...

SOLEIMA

Ahora, dadnos las ánforas.

ABDUL

He aquí la tuya. Si tu desdén mataba como el veneno del áspid, tu amor fortalece como la palabra de los profetas.

Las doncellas toman las ánforas de manos de los mozos, y sonríen saludándoles con turbación venturosa.

EL OUAR

No os iréis sin darnos de vuestra agua. Será el premio por habernos obligado a besar labios sin vida.

SCHERADA

¡Ah, los villanos! En fin, tomad presto; ya en nuestras casas deben de estar impacientes.

EL OUAR

Susana, dame de tu cántaro.

SUSANA

Más próximo está El Uslín; que él tome del mío.

LEILA

Pues, entonces, Ouar, bebe tú de mi ánfora.

Las doncellas dan de beber indistintamente a los jóvenes; las risas hacen más difícil el sostener los odres.

BEN'HURR

Bebed mezclados, no importa. Es la misma agua venturosa.

Las jóvenes se alejan con el cántaro en la cabeza. Los mozos se van por el camino de la muralla. Se oye la voz de Leila cantando:

El prado, de juventud
Se viste; soy cual la palma:
Quien lo dice en su laúd,
Hace sonreir el alma.

BEN'HURR (poniéndose en pie)

¡Ah! la canción se transformó. Ya el amante no solloza; sonríe...

ZARA

(que, en silencio, no ha dejado un instante de tejer su alfombra)

Cada sorbo de agua, les ha hecho nacer entusiasmos, ideas, sueños, que convierten sus almas en flores... Ya lo ves ; la vida se renueva como el árbol. ¿Ignoras por qué Agar no viene a esta fuente?... Nos sabe aquí, y no se atrevería a dejarse besar por su amante. Así lo hicieron Rut y Nekir, antes de alegrar nuestra vejez con esta misma Agar, a quien mañana diré, cuando mi alfombra se termine : «Hija mía, trae a tu prometido». Y los pies del huésped encontrarán en la casa algo hecho con la mejor palmera de nuestro huerto.

BEN'HURR

Te veo coronada de cabellos blancos en el nimbo de un claro de luna : hablas, y eclipsas esa melancolía con luz de sol. Tu palabra es como la aurora, que ha siglos nace y no envejece.

ZARA (levantándose, mira el agua)

La fuente está serena. El transporte de la juventud la agitó, y ahora, en calma casi divi-

na, con el azul en su seno, no piensa sino en levantarse hasta él y ser quizá nube con alas...

BEN'HURR

Tornemos a casa. Quiero ver a mi nieta y abrazarla y desearle que la nueva estación haga de su vida un canto.

ZARA

Vamos, sí, y entre tus hijos, hasta la cuarta generación, sea tu espíritu con los años más bello y juvenil, semejante a la espiga que se viste de oro, cuando ya su madurez anuncia su cercana muerte.

BEN'HURR

Tu acento envuelve como un manto y señala el camino flotante en brisa jubilosa.

ZARA

Yo soy a ciertas horas, bajo la bendición de Dios, en la serenidad de la tienda, el alma del Oriente; y la ventura nace donde mis manos se imponen.

Los esposos caminan lentamente. Ben'hurr, deteniéndose, da vuelta y mira el tamarindo. Sus pequeños blan-

cos brotes, apiñándose, forman rosas de nieve, y bajo el sol del mediodía fulge como un altar de amor y de gloria.

BEN'HURR (prosiguiendo su marcha)

¡ Zara ! La primavera, con la voz de un arbusto, puede también decir a los viejos : ¡ la paz de Dios sea con vosotros !

DOS SUEÑOS

DOS SUEÑOS

Macario, anacoreta griego, era de los que recordaban sin cesar los bellos tiempos de Pablo, cuando el Angelus sonaba en el viejo Egipto, poniendo una plegaria en cada ruina y un canto en cada tumba.

El monje, imitando al cenobita Antonio, pasaba sus noches en la meditación, de modo que, como aquél, llamaba al sol enemigo de la verdadera lumbre. Pero había algo más : los espectáculos de la naturaleza le seducían hasta el punto de bastar, a veces, un hermoso celaje para distraerle de sus devociones. Había vencido el ardor de su carne, martirizándola y convirtiéndola en el pellejo de un odre ; pero no podía destruir en su alma esos castos amores de los ojos. Por eso, eran ya pasados más de cinco años que no contemplaba el sol : oculto en su gruta de sombra, solamente salía a la noche.

El castigo, al principio, le fué dura penitencia ; la tristeza se amparó en su espíritu, pero

logró arrojarla ; y entonces, orando hasta el alba, le pareció verdadero su nombre, que significa : dichoso.

Macario era hábil en las artes del dibujo, y el abad del convento del Norte le arrancó de su gruta para que pintase un Cristo en la capilla del templo de Luxor. He aquí por qué en una tarde de enero del año 640, le encontramos sobre la plataforma del pilón de Ramsés II.

Extenuado por los ayunos, mira después de tanto tiempo con verdadero asombro el resplandor del día sobre el Nilo y las montañas. La inútil tarea en que ha empleado horas por bosquejar su Cristo, le ha sumido en un febril cansancio. Parte un pan y bendice a Dios antes de comerlo : después vuelve a sus ideas.

La imagen de su pintura le obsede sin delinearse. Con el objeto de reposar, observa nuevamente el paisaje : todo es violento, con límites bruscos. El Nilo lame los peñascos y las barrancas de la orilla donde está el templo, y del otro lado toca las arenas que preceden la aldea de Kurna. La tierra, fecunda allí, resplandece con las habas y los trigos ; mas se interpone la montaña, sin una planta, sin una mata de hierba, con sus calcáreos amarillentos y rojizos. Sobre ella, el cielo, ardiendo en el sol,

quiebra su azul índigo en las sinuosidades y en los abruptos, agrios perfiles.

El monje piensa que los hombres imitan sobre Egipto a tierras, montañas y árboles, en sus constantes y bruscas separaciones. Resístense a la fe, y aun después de obtenerla, se dividen y batallan. Piensa en las persecuciones bajo Decio, que llenó de eremitas la Tebaida, y en Alejandría luchando contra el Imperio, favorable al arrianismo. Siempre los sobresaltos: Valerio resulta terrible para la verdadera religión; Teodorico, en cambio, manda cerrar los templos paganos. Ahora Menfis y Alejandría se han rendido a las huestes musulmanas. El imperio de Omar es un hecho. Nuevos templos van a erigirse en nombre del falso profeta, y los santuarios de Cristo consagrados en los templos egipcios desaparecerán, sin duda.

Macario se pone en pie: recuerda a los faraones que en los bajos relieves construyen collares con las manos cortadas de los cautivos. El martirio sugerido por la visión no le intimida y lo desea; pero también quiere el triunfo de su doctrina. Entonces ve con los ojos cerrados la imagen del Divino Redentor neta y resplandeciente. Envuelto en la nube que es trono de Dios, señala con su diestra el abismo a los réprobos. Su ceño y su ademán son tales, que, al

encontrarla en su pintura, piensa que los invasores, retrocediendo, respetarán la capilla. Y profetiza una lucha desastrosa y cruenta. Los ejércitos cristianos se organizarán, y correrán torrentes de sangre, hasta que el Nilo se transforme en una sola onda purpúrea, recordando el milagro de Moisés en los días bíblicos.

El monje mira estremecido el río, que efectivamente se cubre de placas rojas, y después alza los ojos al sol que cae tras la cadena líbica. La tarde empieza a modificar las cosas. El astro desciende tan lentamente, que no se sabe si la montaña sube imperceptible, o si él resbala mientras se oculta su disco. Cuando desaparece, los montes se dibujan vibrantes, y la luz deja como de pertenecerle, dividiéndose por su muerte en varios reinos; y cada reino, el horizonte, la montaña, el llano, le dan un distinto color con un diverso aspecto.

El horizonte, del lado de la Nubia, tiene el esplendor de un muro traslúcido de rubíes. La cadena montañosa irradia, tallada por genios o por ángeles, en una cristalización de amatistas: abajo, la llanura acariciante resurge metálica, con su franja de esmeraldas. Y todos esos hirientes brillos de piedras preciosas van gradualmente a transformarse en suaves coloridos de flores.

Más acá, la tierra, descubierta al aire, es una sola línea obscura, separando apenas la vegetación y el Nilo, que tiene tres matices, en prodigiosas escamas de un reptil en movimiento. Allá, por las cataratas de Siena, es de púrpura viva, cual de sangre caliente, con la evocación de las innumerables matanzas de sus riberas. Aquí, frente a Luxor, es de un rosado ideal, como si reviviesen los pétalos de todas las rosas arrojadas en los siglos sobre los héroes y los amantes. Después, el conjunto acaba en un azul que se pierde camino del Delta. Y las transformaciones en el río, la montaña, el horizonte, no son bruscas, y la tarde borra los duros contrastes. El silencio se llena del canto mudo de la agonizante luz. No hay en el paisaje el estremecimiento de un cuerpo a quien arrancan el alma : el espíritu se exhala suavemente de las cosas, y antes de partir se irisa en sus contornos. Y a poco los vastos acordes de colores fúndense en una suprema armonía, donde reina el sol como un rey muerto, con los recuerdos melancólicos de su esplendor desvanecido.

Macario cree respirar el paisaje ; tal es de intenso el soplo de su vida. Fresca brisa besa su frente ardorosa. El desterrado de la luz siente calmarse, con su fiebre, la figura airada de su Cristo tonante. Una plegaria sale de sus labios

y sube, mientras el color de las cosas se evapora cual ella, con la dulzura con que el collado de la mirra exhala el perfume de sus arbustos. Macario oye que le hablan; ve sin estupor a un ángel, inspirado quizás por los celajes, y escucha su melodiosa voz acompañando la muerte del día bajo la omnipotente serenidad del cielo.

«Hermosa es la tarde—exclama.—Sobre sus ruinas quiméricas se encienden las estrellas. Las estrellas recuerdan con su luz que el sol, en realidad, no ha muerto. La contemplación de tanta belleza, hizo adorar a los astros como dioses. Guarda el espíritu iracundo, hermano, y comprende esos extravíos. Los pobres egipcios, los babilonios, los fenicios, hicieron lo que pudieron; y entre los errores de su sabeísmo, buscaron en la sombra de los templos al Dios único.

»Si Lao-Tseu, en vez de contentarse con el estudio del ser primordial, se perdió en el panteísmo, perdónale, porque había en su error, funesto a la China, un exceso de amor a las bellezas creadas por mi Padre. Buda también predicó la unidad de Dios, y su moral fué austera. ¡Ah! la acción del universo lo envolvió en sus falaces espejismos. Mas no dejes de observar que si esa India aspira a purificarse y a fundirse en un nirvana, que, matando sus deseos, le

dé la beatitud del anonadamiento, es lo único que se le ha podido ocurrir para escapar al dolor de la vida. Ella no tiene la culpa si mi palabra no ha llegado a las ondas del Ganges...»

Macario, sin poder hablar en su sueño, piensa: «¿Por qué el ángel llama a Dios mi Padre? ¿Por qué habla de su palabra como de la de Cristo?...» La hermosa aparición, que parece evocada por la divina calma de la tarde, prosigue diciendo:

«De esta tierra de Egipto fueron los dioses a tu Grecia. Los sacerdotes, que en realidad no los habían creado en ninguna parte, y sólo los modificaban al recibirlos del instinto imaginativo del pueblo, les dieron un aire nuevo de elegancia y una luz de riente poesía. Es lo mejor que pudo hacer una tierra de artistas, donde mi Padre dejó caer tanta gracia armoniosa. En fin, eso ha concluído: la raza, felizmente, no ha muerto del todo; y tú, uno de sus hijos, Macario, eres el destinado a estampar en los templos más viejos del mundo la imagen de Jesús el Nazareno. Por eso mismo, no tengas palabras duras ni para los que siguen a Hom en sus adoraciones al fuego. Hermoso es sentir en invierno el aliento de la llama. Hermoso es ver junto a la fecunda espiga de oro una piedra que, cuando se la califica de estéril, da una chispa.

Y de ella nace la hoguera, y la piedra resulta hermana de la mies, alabando el pan bendito... Si esos desgraciados no conocen mi palabra, no es tan extraño que adoren al fuego que, como mi Padre, está en los cielos y en la tierra. Y no olvides que esos persas, por intermedio de Zoroastro, tienen sus buenas cosas: aborrecen la mentira y castigan la ingratitud. ¡ Ah, la ingratitud, cuán inmenso triunfo es el perdonarla! Luego aplicarle penas no es gran crimen... De ésos hay algunos tan convencidos—y al fin ello es mérito,—que verás a los Guebros huir a los desiertos del Kermán por no ser mahometanos. Siento que la ira te estremece al oir este nombre: aplácala, hijo mío. ¿Qué culpa tienen de haber dado con un impostor inteligente que, estudiando el genio y la naturaleza de su raza, les ha sabido inspirar una fe profunda? Toda fe es aliento de esperanza y de amor; y yo, el maestro del amor y la esperanza, veo los errores para encontrar sus caminos, con tristeza, pero con simpatía. ¡ Ah! los que niegan y destruyen sin crear, ésos sí que serán el pasto seco del infierno. El perdón es agradable, menos para concederlo a los que arrancan a sus hijos, en la infancia, el futuro escudo contra el dolor. Al fin ¡ desgraciados! la culpa es nuestra, la culpa es de mi Padre. ¡ Sí! ¡ a qué dar licores tan

generosos a pobres ánforas! El perfume es demasiado para una flor, el canto para una ave, la luz para un astro. Al hombre, que es más que el astro, la flor y el ave, le dimos más que la luz, el perfume y el canto; concedímosle la inteligencia con el prodigio de la palabra. ¡ Ah, si el ave, la flor, el astro pudieran hablar, ya nos habrían negado, en nombre de su canto, de su aroma y de su luz! ¡ Pobre hombre! La grandeza del don le ha enloquecido, y el orgullo es la cicuta que esteriliza su huerto. Perdonémosle, pues. Desde que dejé la tierra, mi compasión se ha hecho más vasta. ¡ Qué quieres! miro con ojos afectuosos hasta la encina de los germanos. ¿Por qué no la han de creer sagrada, si mi voz no ha penetrado del todo en sus selvas, y si yo recuerdo casi con cariño aquellos hospitalarios sicomoros que, dando sombra a mis discípulos, recogían la buena nueva en el murmurio de sus hojas? Y los extravíos, las pasiones, los errores, el dolor, todo me inspira más profunda misericordia al recordar con qué intenso poder mi naturaleza humana quiso ahogar a veces mi divino aliento. ¡ Ah! sé bondadoso con los hombres: ellos luchan entre el furor de los instintos y dos fuentes de vida, que lo son de inquietud: los misterios del amor y de la muerte. Ora por la humanidad y deja la sombra de tu

gruta ; pero no vendas la túnica para comprar la espada. Conviértase el buen ermitaño en misionero, y entre las huestes musulmanas predique mi Evangelio con voz de paz y de alegría.»

Y Macario ve estremecerse al ángel en la aureola de un relámpago, y tiembla ante su rostro transformado en la imagen de Cristo. La voz continúa con el viejo acento del habla de Galilea : «Y en verdad te digo, que si me consigues una sola alma en la tierra, tendrás tesoro eterno en el cielo».

El anacoreta abre los ojos y el ángel desaparece. Todos los colores del paisaje se han fundido en una penetrante luz sin matiz, que acentúa los más lejanos contornos. Sobre el Nilo se desliza una barca visible en el horizonte, misteriosa como la leyenda, bajo el vuelo de unas aves. Macario la mira, como si ella se llevase la visión del Maestro. Sobre la montaña, donde murió el sol, ha nacido una estrella. Las cosas, en un éxtasis de concordia, parecen enviarle su vida en un último aliento : el monje reza el Angelus, y el astro se refleja en su alma con la serenidad del cielo. Después, dormita apenas en la noche, ora ante la impalpable imagen que le mira, oye su acento sin cesar, y frente al muro de la capilla saluda el alba.

Dos días han pasado, y los monjes del convento del Norte llegan. El anacoreta, que da el último toque al fresco, se separa. En un templo de Egipto, antiguo amo de Israel, que vió la infancia de Jesús, ha nacido en su virilidad el único y verdadero Dios. No lanza el anatema, ni esgrime el rayo : en actitud de bendecir, sonríe, y ante su divino rostro de misericordiosa dulzura, los monjes, en vez de orar, cantan, con los ojos llenos de lágrimas.

*
* *

Sobre el paisaje contemplado por Macario veremos, después de varios siglos, la caricia del crepúsculo. La sombra, cubriendo las armonías de la luz, al amortajar los colores que absorbe, parece más piadosa. El día muere en el agua, en el monte y en el alma, despertando ideas que, al expirar, cantan en silencio. Las estrellas surgen entre las hojas de acacias bañadas por el Nilo, y son las espigas de oro que sueña el valle fecundo al dormirse en la noche : bajo su esplendor, nosotros tenemos también un sueño.

*
* *

Es el amanecer del 21 de julio de 1798. Aun no pueden divisarse los diversos campamentos. Las pirámides han vuelto a escuchar ruido de armas. Desde Menes a los Hicsos, desde Sesostris a Cambises, desde Alejandro a César, desde Cómodo a Galieno, desde Emiliano a Probo, desde Diocleciano a Teodosio, desde Tiberio II a Omar, desde los Califas a los Mamelucos, hombres de todas las razas se dan cita en torno del Nilo para exterminarse. Se ha descubierto el movimiento de la tierra; pero, ¿quién podrá detenerla en el espacio? El mundo moral en Egipto, con el instinto sin diques en sus violencias, se revuelve así entre leyes, al parecer, fatales. Y en la luz que esta vez empieza a despertarse, las masas no se dibujan envueltas en velos de neblina. Algunas luces no apagadas parpadean en las líneas de las tiendas de campaña. Eso es todo.

El general Bonaparte ha despertado ha tiempo. Febril, se pasea con las manos cruzadas sobre el pecho. En el espacio se sienten graznidos de aves y golpes de alas.

—«¿Oís los cuervos?»—pregunta a un ayudante que trata siempre de no observarle.

—«General, creo que son águilas»—le responden.

—«¡Es raro! Aguilas en el principio del desierto.»

—«Parece que viven del oasis, pero que anidan en las Pirámides»—le replican.

Una palidez, que es luz, se derrama por el semblante del hombre inquieto, y sus ojos brillantes persiguen en los aires ideas que son visiones.

A un paso está la Esfinge, hundida en las arenas. El la arrancará a las entrañas del desierto, para que le diga su destino y le contemple cara a cara, como a Sesostris y Alejandro. Bonaparte, al evocar este nombre, ve desplegarse ante sus ojos una carta geográfica, y se siente transportado a la Escuela de Brienne.

Macedonia, mancha verde más mínima que la Francia, se lanza sobre el Asia y el Africa, como engendrando comarcas rojas, azules, violetas, amarillas, en olas de esplendor y gloria donde cada matiz es un pueblo esclavo. Desde la Frigia a Babilonia, y de la Media a la Bactriana, el hombre hermoso que tenía en el vientre la marca del león, clavó su garra. Entonces, al estudiar sus hechos, sólo le acompa-

ñaba el tumulto interior de sus ambiciones, despiertas ya como el día, que empieza con sol. Ahora, en su evocación, escucha el frenesí del puente de Arcole, los cañones de Rívoli, los gritos victoriosos de Lido y la armonía triunfal con que repercute una especie de verso épico italiano: Mondovi, Montenotte, Millésimo y Dego. El general se pasea de nuevo, febrilmente. ¡Las águilas! ¡las pirámides! El será más que Alejandro y que su imperio de Oriente; y eclipsará a Roma, heredándole con esas aves su tradición, para convertirla en el fuego del volcán de su raza. La Francia ceñirá en su corona, desde el loto de las Indias, no conocido por César, hasta las nieves de la Rusia. La batalla que se prepara es, en realidad, la primer viril carga contra Inglaterra, la isla de hulla y de hierro, el obstáculo ya adivinado por su ambición y su genio... Los rumores del campamento se acentúan. ¡Las águilas! ¡las pirámides! Sesostris el Grande, Cleopatra la hermosa, Cambises el bárbaro, y sacerdotes y poetas conocieron sus inspiraciones como Alejandro y César. Y allí están las sombras recibiendo a Aníbal, que trae a Carlomagno entre un rumor de escudos y de espadas, que mueve el viento de las viejas encinas, estremecido por el acento épico de la nueva Francia... El agudo fle-

chazo de un clarín pasa como un relámpago del naciente día. A Bonaparte le rodean sus ayudantes. Al salir, contempla las divisiones de Régnier y Dessaix, Rampon y Dugua, Vial y Bon, forjando un abismo de muerte en herradura de fuerza. Los brazos se erizan con el soplo del alba y tiemblan las armas: las dianas dardean sus clamores tonantes y las almas se templan. La caballería mameluca se estremece a la distancia, impaciente por la defensa de su vida y de su casa. Las últimas neblinas se desgarran. Las pirámides resplandecen entre los velos evaporados por el sol, y surgen rosadas, rejuvenecidas, al reflejar la aurora. Bonaparte galopa en su caballo, detiénese, tiembla en su acento una emoción intensa, y con ebriedad profunda: «¡ Soldados!—grita:—pensad que de lo alto de esas pirámides os contemplan cuarenta siglos».

El conquistador no ha pensado en la otra cosa que lo mira: el río Nilo, más viejo que la Esfinge; y no oye tampoco su voz, que saluda el día, como en los tiempos de Menes o de Alejandro, murmurando su oración de todas las mañanas:

«El Egipto es mi don al mundo. Yo he formado el Delta, y el Oasis es hijo de mis entrañas. Los hombres primitivos me creyeron de

origen divino. Mi caudal debía descender del cielo, y a veces arrastraba flores, ramas y frutos del Paraíso. Nadie se atrevía a tocar esos tributos, y con respeto los dejaban ir a confundirse en el mar desconocido. Hacían bien en creerme de tal cuna. Aunque en realidad no existan en mis fuentes archipiélagos encantados con áspides de voz humana y espíritus misteriosos, soy el pensamiento de Dios entre los hombres. Pero éstos idearon, para premiar mis amores fecundos, el arrojarme una noble doncella, cubierta de joyas y galas nupciales. Recibíala entonces cuidadosamente hasta ponerla entre los lotos de las orillas, como en cuna armoniosa y perfumada. El crimen resultaba leyenda, mas ellos no comprendían su ferocidad: es cierto también que el noble hierro dió siempre en esta tierra más espadas que arados.

»En tanto, Isis, llorando a Osiris, acrecía en otro tiempo mis aguas; y las contreras, amenazadas por el hambre, y por eso sin belleza, esperaban mi visita. No importa que aquellos dioses pasaran; otros dejan caer siempre en mi seno lágrimas de los ojos fantásticos de las estrellas. Así lo dice el pueblo que me adora, no ya como a un dios, pero siempre como a un padre. Salto impetuoso, entonces, con los bríos de un torrente. Las cataratas moderan

el impulso de mi ardor, que conserva en el viejo cuerpo el espíritu de los primeros días. Así calmado, salgo sereno a la llanura, y abrazo los templos en ruina, y beso los troncos de las palmeras, en vez de solamente reflejar sus copas. Con los verdores arrancados a mis fuentes, al recibir en transporte jubiloso las nieves fundidas y las lluvias, cubro todo el Egipto, como con una onda de esperanza. Después, clasificándome, dejo salir de mi seno las arcillas blanquizcas de los lagos, y me transformo, con los residuos ferruginosos de la Abisinia, las arenas de la Nubia y los despojos de las rocas, en un mar de sangre. Las madres no tiemblan al verme purpúreo, y antes por el contrario, la misma tierra, al sentirme, grita de júbilo. Mi rojo es la felicidad y la paz ; los recuerdos de su reino son el trigo y las flores. Ya no soy Khnumu ni Hapi, ya no soy un dios ; pero creo y no destruyo, y mi acento, rebosante de bondad, repite aún las inscripciones que sobre los más viejos labradores del mundo enseñan los mastabas : *He aquí la cosecha ; el hombre laborioso queda lleno de dulzura.*»

El estampido del cañón ahoga la voz del Nilo. Los cerros del Mokatán, allá a lo lejos, responden como con ecos restallantes. Ha empezado la primera escaramuza, que a mediodía se conver-

tirá en batalla. Las águilas vuelan de las cúspides de las pirámides; Bonaparte lo cree un buen augurio, si dirigen sus alas hacia los pueblos de Europa. El movimiento de una flota turba un instante la armonía de las aguas. Después, en paz, indiferente, el Nilo continúa majestuoso besando las riberas, mientras el sol y el cielo reflejados en sus aguas son una sola sonrisa de verdadera gloria.



EL CASTILLO DE GUISEH

EL CASTILLO DE GUISEH

Cerca de la aldea de Guiseh, antigua residencia de verano de los sultanes Mamelucos, se eleva un castillo oriental, harén del Jedive Isma'il, hoy museo nacional de Egipto.

A la alegría de sus antiguas fiestas ha sucedido un silencio, turbado apenas por los pasos de los visitantes, que pasan rápidos, como cumpliendo un deber, mientras les llama desde los cristales el sol que dora los jardines. Nosotros nos detenemos. Después de recorrer mastabas y pirámides, y de contemplar obeliscos, templos y colosos, se siente la atracción de aquellos hombres. Una civilización extraordinaria renace, y la curiosidad derrama sobre Egipto multitudes de viajeros. Los faraones son una fuente de riqueza en el triste gobierno de los jedives actuales. Se vive un tiempo en el país, y un virrey que está en paz con Turquía, debido a las inyecciones de fuerza de otro amo, la Inglaterra, desaparece, y son las dinastías de Menfis y de Tebas, y el cuerpo sacerdotal—de que

Hrihor ha quedado como tipo—los verdaderos señores del valle. Ellos borran hasta el esplendor de los califas árabes con los restos imponentes de su grandeza milenaria : en el museo Guiseh se contemplan sus momias.

Todo está viviente en las salas. Lo que parece paradoja no lo es, si se piensa que cadáveres de hace cuarenta siglos, en vez de deshacerse en polvo, se han convertido en estatuas. Y si se miran las estatuas verdaderas, que son a menudo de un realismo pasmoso, se las cree coloreadas sobre el modelo de los muertos.

Miremos al intendente Cheikr-el-Beled. Los árabes que le descubrieron en Sakara, le encontraron parecido a un alcalde de ese nombre, y así se le llama. Lo cubre una túnica de lino, a través de la cual se transparenta la obesidad de un hombre satisfecho de la vida. Tiene ojos de cuarzo con pupilas de fulgor verdoso, y con ellas mira desde hace cuatro mil quinientos años. Con aspecto bonachón, luce el lujo apacible de digestiones contemporáneas de las pirámides.

Ra-Nefer, sacerdote del templo de Ptah de Menfis, es admirable, con sus rasgos llenos de fineza y sus ojos penetrantes, bajo su frente, rapada como todo el cráneo. Su cuerpo, desnudo hasta el ombligo, muestra el fulgor amarillento con rastros rojizos del calcáreo en que se

esculpe, y sus espaldas cuadradas y su pecho saltante parecen encargarse de vencer el tiempo, para que brillen los ojos con un destello del dios en la cabeza.

La momia de Ramsés II surge en su caja mortuoria. No se perciben los olores de la mirra, del natrón, del vino de palmera, y de la canela, con que fueron bañados sus miembros y llenadas sus concavidades, libres de las entrañas. Pero el efecto de aquellos lavajes y de la saladura de setenta días fué tan intenso, que el faraón no es un fantasma, sino un ser real dispuesto a levantarse. Su cuerpo está envuelto en olas de lino ; y con respeto se miran los sudarios que, venciendo la destrucción, han contribuído a conservar intactos esos cadáveres amortajados en el seno de la más lejana historia. Un pie rasga las telas con uñas amarillentas ; una mano aparece larga y fina, como tallada en madera color de frambuesa. Su mano se acerca al rostro, y al llegar a la frente simula apartar un mal sueño. Su cuello recuerda un tronco de lapacho rojizo que se petrificara con ese tinte. Sus mandíbulas prominentes adelantan la boca hecha de gruesos labios. Su nariz de pico de gavilán hace pensar en una cornalina que despidiese luces crepusculares. Sus párpados se han cerrado, y la frente, deprimida,

se dibuja cargada de pensamiento. En todo ese rostro se adivina una voluntad pujante. La historia del faraón, que desfila animada, de pronto se borra. El sagrado y augusto silencio de la momia le forma una atmósfera sensible, que inmoviliza con una solemnidad hierática. Se siente hasta el temor de pensar, como si para turbarlo bastasen las ideas. Más que la vida del rey interesa su muerte, cuando dice: conozco el secreto de la Esfinge, y sé todo su misterio desde hace treinta y cinco siglos; por eso mi mutismo es más profundo.

Amenhotpu I conserva aún su máscara y todo el cuerpo está encerrado en las cintas, de modo que ella se destaca con sus ojos negros, bajo cejas pintadas. El klaft le cubre la cabellera, y en él se dibuja el áspid real, con ojos de turquesa y escamas de lapislázuli. Entre otras momias reales, sobresale la fisonomía de rasgos delicados y casi sonrisa espiritual de Setos I. Custodiándola, se yergue la estatua de Menkeure, que con la mirada en lo infinito, transparenta la luz, surgiendo en su calcáreo como un dios de alabastro. Y sala por sala rememora las antiguas dinastías. El museo está clasificado y la historia se desarrolla cronológicamente, desde Menes hasta Nectanebo, desde Nitocris la bella de las mejillas de rosa, hasta

Cleopatra la morena, cuyos besos hacían perder imperios. Y las diversas épocas las cuentan los cuerpos que llevaron con el alma la voluntad y la inteligencia, ya de sacerdotes, ya de faraones, y los papiros rebosantes de relatos, y los objetos familiares, y las sagradas barcas, y los vasos del culto, y las inscripciones, y los dioses, y todo lo que canta el himno de la vida y de la muerte.

Hombres y mujeres nos dan a conocer su amor a las joyas. Los primeros tenían la debilidad de los anillos; las segundas, nobles o del pueblo, la locura de las cadenas. Las hay entre éstas de innumerables tamaños y materias, ya pesadas, ya elegantes, ya pobres, ya ricas, pero siempre con el misterio del cuello humilde o principesco, en el cual por mucho tiempo pusieron sus caricias. Vense joyas, hechas, al parecer, más que para hombres comunes, para los colosos y las estatuas. Tienen algunas el aspecto realmente monumental, y afectan casi siempre la forma de un templo.

En el pectoral de la princesa Sat-Hathor de la XII dinastía, sostienen escarabajos finísimos el cartón de Usirtasen II, con élitros de oro, asentándose sobre una especie de trípode que ostenta lunas de cornalina separadas por gavilanes de turquesa. En las joyas de la reina Ah-

Hotep hay decoraciones donde Amón y Horus la purifican en una barca. Y aparecen varios personajes, y los detalles son tan minuciosos, que se ven aves de sacrificio, casi microscópicas, con cuerpos de piedras preciosas. En los brazaletes de fondo de lapislázuli surgen figuras de dioses, bajo alas de ibis, confundidas con esfinges. En los collares, los lotos sostenidos en las cruces de la vida, y las leyendas en jeroglíficos, mézclanse a leones, antílopes y chacales. Estas joyas se han encontrado en los sepulcros, pues acompañaban a las mujeres en sus petrificados sueños. Su pesada ornamentación, su espíritu religioso, sus inscripciones votivas, los cartones de los reyes quizás amados, les infunden un carácter singular, y se evoca a los cuerpos ornándose de collares, brazaletes y anillos, para dar a la hierática rigidez un soplo de gracia arcaica.

Después del derroche de oro, materias preciosas y pedrerías, vuelven a aparecer las momias : es todo un pueblo perpetuado. Los ataúdes se esculpen con formas humanas, y hay algunos que se convierten en un retrato del muerto. Otros brillan envueltos en las alas de Nepthys, que son torbellinos de rayos de sol transformados en una palpitación de alas. La reina Makeré dibújase con su cofia colosal, hecha de una re-

decilla azul, sembrada de estrellas de oro, como la que cubrió la cabeza de Isis, al transformarse en el mito y seguir a Osiris en los espacios. Una joven de la época romana, atrae, pintada en la cubierta de un sarcófago. Su rostro surge entre cabujones. Un pelo renegrido se aplasta sobre su frente, y los ojos expresivos miran y persiguen. El sol la baña con rayos y corpúsculos palpitantes que le forman una aureola. Es un retrato maestro, de artista desconocido, encontrado en las excavaciones de Fayún. En la gran sala de príncipes y sacerdotes de Amón, vemos la fisonomía mejor conservada del museo. La de Thumosis I, fina y maliciosa, donde el embalsamamiento parece haber petrificado el recuerdo del espíritu ausente, en el duermevela de una sonrisa. Prosiguen en desfiles interminables, como saliendo de las tumbas, las multitudes, ya en pie o acostadas, ya envueltas en cintas o en simples sudarios. Y ondulan éstos, de fineza inconsútil, entre las vidrieras y en los sarcófagos, con nubes de muselinas ideales, tejidas por maravillosas fúnebres arañas. Las pelucas de ceremonia y los trajes vistosos, a largas rayas de colores, aparecen cerca de las canopas de madera y alabastro. Los viejos egipcios empiezan a obseder. Hay un aliento de resurrección ; se está en presencia de espectros,

que retroceden más allá de Jesucristo, para vestirse de carne real y palpitante, y se les ve moverse en un espectáculo, que tiene a la vez de rito religioso y de apoteosis de ópera.

Se piensa en la intensidad de la sensación, si otros pueblos hubiesen conservado cuerpos con tales apariencias de verdad. Lo que significaría, en vez de conversar con Amenofis y Setos y Ramsés, poder ver casi viviendo en un panteón, donde los pueblos pondrían sus hombres, a Esquilo y Bacón, frente a Shakespeare y Alejandro, a Dante al lado de Carlos V, a Miguel Angel departiendo con Salomón, a Rabelais sonriendo a Cervantes... Miramos una vez las momias, a quienes ha bastado cuarenta o sesenta años de goces o sufrimientos para tener proyección milenaria en la inmovilidad de la muerte. Y eso hace creer en lo poderoso de una vida que rebalsó así, triunfando de los abismos del tiempo. Y, por las ventanas abiertas, vemos el horizonte azul con sus alegres verdores.

El agua cae de las grutas en los estanques del jardín y baña los céspedes, que respiran con voluptuosidad venturosa. Brillan entre los boscajes las piedras irisadas de los caminos en mosaico. Hay árboles que, sembrando pétalos, mueven un velo nupcial de inmaculadas blancuras.

Y se creería en flores cubiertas de nieve, si el aire no nos llegase al balcón, como con la tibieza de un baño o con acariciantes dedos flúidos. Las aguas, en los estanques, reflejan los ramajes y los confunden al cielo, no contentos con que tanto juvenil color brille sólo en la tierra. Llegan los perfumes de las hierbas mojadas, y de las rosas abiertas, e impresiona entonces el inmóvil silencio de la legión de los muertos, que no se estremece con el aire, y no sonríe al beso que pasa entre sus giros. Desde lo alto del castillo, con esa impresión, miramos dilatarse este país de contrastes. Sentimos en los camellos que pasan cargados la vida de los fellahs y en los coches la vida de las ciudades. A nuestros pies están los cadáveres extraídos de las entrañas de la tierra, donde aun vive un pueblo, en mastabas, pirámides, hipogeos, engendrando leyendas sobre bases de realidad, con una existencia espectral y alucinante. Y sobre aspectos, y cosas, y momias, y seres, el oasis tiende sus datileras cargadas de frutos, y sus aires perfumados; y el desierto su sábana amarillenta, con la esterilidad absoluta de la nada.

Y evocamos en una visión a los hombres, perdidos entre los médanos, con su carga de dolores, abrumados por las faenas e inquietos con sus ensueños, separándose de las mujeres

para extinguir a los renuevos del árbol de amargura. Y vemos envejecer a la tribu, donde la infancia no pone más su contento, y la sentimos morir en el paisaje, que le presta una armonía con sus grises implacables... Después, los ancianos, al llegar al oasis, se agitan como las palmeras, y con el paisaje en los ojos sienten en el alma la explosión de sus matices. Lloran ante la hermosura, en compañía de las mujeres estériles. Se estremecen entre los pájaros y las mariposas, que ocultan sus amores en los nidos, o los pasean con sus alas. Mueren desesperados, mientras las flores y las fuentes se ríen de sus filosofías, hasta que en los últimos renace la esperanza, como el preludio de un canto. Hay quienes lograron concebir en la tribu, y el hombre y la mujer, sin extinguirse, se amarán de nuevo, cual las plantas y las aves, entre el rumor de las aguas y la mirada del cielo.



LAS RUINAS

MENFIS Y SAKARA

El viajero que, con los recuerdos de Moisés y de Platón, desee ver los despojos del Santuario de Heliópolis, tendrá que ir a buscarlos a Roma y a Alejandría. Sobre la Ciudad del Sol, la alfalfa extiende un sembrado cubierto de acacias. El sobreviviente obelisco de Usirtasen I se hunde en un estanque pútrido. Los extranjeros, a pedido de los muchachos del lugar, tiran allí cobres ; ellos se precipitan a sacarlos, y entre el croar de las ranas, sale el hedor del agua removida. He ahí todo. A eso se reduce la que, sin ser capital política de Egipto, lo fué de su religión y de su alma.

En Menfis, idéntica cosa. No podrían los trenos de Jeremías decir como de Sión : los caminos están enlutados porqüe ya no hay quien vaya a sus solemnidades, destruídas están sus puertas, gimiendo sus sacerdotes, llenas de tristeza sus vírgenes y ella oprimida de amargura. Nada existe. No hay templos ni palacios

destruídos capaces de responder con sus ecos a la voz del genio de las ruinas.

La fundara o no Menes, fué Menfis una de las más antiguas ciudades del Egipto. Su historia, al principio, se confunde con la leyenda. No tuvo en extensión más que una rival, Babilonia, y en esplendor ella lo fué de todos los centros de Oriente. Su fama se extendió por el mundo y se hizo cosmopolita : no hubo dios que no desease un santuario entre sus muros. Peregrinos de Europa, Asia y Africa acudían a conocerla, y hasta los Tolomeos se coronaron en el templo de Ptah. Cuando Strabón la visitó, estaba ya en decadencia ; pero aun en el siglo XII sus ruinas eran imponentes. Rotos los diques del Nilo, las inundaciones la cubrieron ; luego brotaron bosques ; y los estudios de hoy pueden apenas señalar el caserío de Bedrachein, y decir : «aquí fué Menfis».

La tal aldea, como todas las árabes, es un agrupamiento de cuadrados de barro crudo, cubiertos de una ligera rústica cúpula. Cada puerta parece dar a una cueva. Cocina, dormitorio, comedor, se juntan, y las familias viven en una promiscuidad de sexos completa. La inmundicia de las callejuelas no es sino una prolongación de la de los interiores. Las mujeres no llevan más vestido que un sableh de tela azul,

abierto en el pecho, de modo que les cuelgan al aire los senos flácidos. Cuando llega un hombre, acordándose de la prescripción, se cubren la cara con la mano. Lo que no se tapan, con una falta de pudor natural en su estado casi primitivo, hace que no se lamente lo que ocultan por mandato religioso. Aquellas mujeres obligan a creer que el gran arte griego fué prohibido por Mahoma hasta en la raza humana. Para desmentirnos, nos sorprende en el cementerio una escena algo curiosa. Un bedracheinse remienda su manto, reclinado en el chaid de un sepulcro. El sol baña su entera desnudez cobriza, y él, vigoroso y esbelto, como genio del lugar animado, sin respetar la tradición, surge convertido en estatua. El hombre impasible se inquieta por los que pasan, menos que los árboles del cuadro. Dejamos este rincón, lleno de paz, de inconsciencia y de mugre, entre amables cascotazos de los muchachos del pueblo y chillidos de monos que se balancean en las altas copas.

Una avenida de datileras conduce de Bedrachein a dos lagunas. Los pescadores van y vienen echando sus redes, y en la animación de la faena, y en la hermosura del paisaje, hay un encanto sugeridor, en la voz de las brisas, de las parábolas evangélicas que animaron el agua de Galilea. Costeamos las lagunas para penetrar

en un bosque. Bañadas por un sol de oro, hay dos líneas intensas de palmeras. Con el impulso de chorros de una fuente, saltan las ramas, que se separan en vez de converger, formando la primer oleada de verdura. La otra la extienden en lo alto los troncos desnudos y erguidos, que abren sus copas en explosión de estrellas. Entre las dos, el cielo desciende atraído, y la mañana, en la serenidad azul del aire, condensa todo el alegre brío juvenil de la naturaleza.

Después de una hora, aparecen las estatuas de Ramsés II. Son los únicos restos del templo de Hephaistos que vió Heródoto delante de los propilones erigidos por Sesostris. Derribadas, yacen por tierra. Ciñe una la corona de ambos reinos, y le faltan las piernas. A la otra, más grande, se le domina desde un puente, construído sobre su cuerpo. No es granulosa y frotada al parecer por frambuesas, cual la primera, sino pulida y blanca. Se piensa lo que sería en pie, y es, en cualquier forma, una obra maestra. Los escultores, exaltados antes la majestad que tenía una partícula de los dioses, y por los hechos guerreros de Sesostris, pudieron imaginarlo en colosos más robustos que encinas, dominantes como torres. El que miramos mide catorce metros. ¡Imaginad lo que significa animar la tonelada de piedra de su rostro con son-

risa llena de majestad y dulzura! Observadlo atentamente y se la sorprenderéis. Quién sabe si no se mezcla en su expresión una piadosa ironía al contemplar a los hombres. Yace la estatua como derribada por el rayo, único poder que pudo herirla; su juventud es eterna, y tiene cuarenta siglos. El hombre de hoy pasa, semejante a las sombras de las palmeras reflejadas en los estanques vecinos: el agua se seca y ellas se borran cual perdiéndose en las entrañas de la tierra... Al fin del bosque hay otra aldea: Mit-Rahiné. A su pie brilla una planicie vasta, abierta por el arado, riente al sol con la verdura ondulante de sus trigos. Cruzándola, vemos desde un viaducto surgir de pronto la necrópolis de Sakara. A un lado, el oasis tiende sus praderas, sus lagunas, sus árboles: bruscamente, al otro, aparecen arenosas colinas. La línea divisoria es neta; se pasa del trigo al pleno desierto, como de la playa al mar. Trepamos a las colinas, y se dibuja infinita la estéril sabana blanca. Sobre ella surge el más viejo monumento del mundo, la pirámide de Zosir. Obscura, con sus cuatro inmensas gradas que llevan a su cúspide, teniendo otras dos enterradas entre escombros, levanta sus tres caras calcáreas cubiertas de arena. Y así, con ese polvo fino que el viento deposita en intersticios y salientes,

surge venerable, cual si el tiempo le prestase un manto de cenizas. En su torno se levantan en legión las pirámides que encerraron momias de reyes y de príncipes : destruídas unas, otras en pie ; blancas en las hendiduras recientes, grises en su piedra intacta, a veces de un amarillento sombrío. El sol las abrasa, y el cielo inmaculado, con su azul juvenil, inalterable, las recorta, como una hada que prendiese velos, evocadores de jardines, abejas y rosas, en el cuerpo inerte de un cadáver.

Descendemos al hipogeo de los bueyes Apis. Los dioses, a veces, encarnaban partículas de su Doble en animales, y el buey en tierra de agricultores no era el más desvalido. Ra en Heliópolis, Minu en Tebas, le pasaron un destello de su vida ; pero el de Ptah en Menfis fué el más célebre. De todas partes del mundo se acudía a contemplar las pompas de sus solemnidades. Aun se conserva en las inscripciones el recuerdo de los funerales que el sacerdote Khamoisit, hijo de Ramsés II y regente del mismo, mandó celebrar al muerto en su reino. Los Apis engendrados por un rayo de Ptah al caer sobre una becerra, ostentaban signos maravillosos : sobre el lomo, la imagen de un águila, y tras la lengua, la de un escarabajo. Y así, famosos entre las extrañas prácticas, que merecieron las

burlas de Heródoto, tenían un subterráneo para perpetuar sus momias. Dentro de él no nos vemos ni las manos. El calor es sofocante en interminables corredores. No se pueden encender antorchas y hay que contentarse con velas : en sarcófagos inmensos de granito, pulidos como espejos, nuestras sombras instables se dibujan como en sombras fijas.

Empezamos a descender a los mastabas. Mariette, en su estudio *Los Mastabas del Antiguo Imperio*, explica este nombre, que no tienen las tumbas en otras partes de Egipto. «En árabe, se llama mastaba el estrado construído en piedra que se ve en las calles egipcias delante de cada tienda. Se extiende un tapiz sobre el mastaba, y el cliente se sienta para tratar de negocios al lado del comerciante. Existe en la necrópolis de Sakara un templo con proporciones gigantescas y la forma de un mastaba. Los habitantes vecinos lo llamaban Mastabat-el-Faraún, creyendo que en otros tiempos un faraón se sentaba para administrar justicia. Las tumbas menfitas, que cubren en gran número la loma de Sakara, están construídas sobre el tipo de ese templo. De ahí, el nombre que se le ha dado.» La visita a estos sepulcros hace renacer, debido a la creencia del Doble, toda la vida del antiguo Egipto.

La naturaleza de aquél, desconocida por mucho tiempo, ha sido recientemente dilucidada por Maspero en sus *Estudios de Mitología y Arqueología*, y después por Lepage-Renouf. La idea del alma varió con los tiempos: era un pájaro como el gavilán, o la sombra negra (khaibit), que se prende a los cuerpos, pero que la muerte separa y anima con vida independiente; era (así lo refiere Lefebure), una avispa, o también, según Lepage-Renouf, una mariposa, como en Grecia. En fin, creencia universal del Antiguo Imperio, y más tarde acatada en Tebas, fué la del Doble. He aquí la definición de Maspero: «Proyección viviente y coloreada de la figura humana, que reproduce en sus menores detalles la imagen entera del objeto o del individuo al cual pertenece.» Ese Doble vive en tanto que su cuerpo—de ahí el embalsamamiento,—y en tanto que sus efigies—de ahí las estatuas y pinturas;—y como la fuente de que naciera, necesita alimentarse para no morir. El horror al anonadamiento, obliga al Doble a salir de sus tumbas, cuando carece de comida, y a errar por calles y campos, aprovechando las inmundicias y desperdicios, si no hay otra cosa. Por eso, después de sepultar a un cadáver, se le dejan trozos de animales sacrificados en la capilla. Y antes de emparedarle tras el corredor

del mastaba, se vuelve al muerto, resucitándole como a Osiris en nombre de Isis, el poder de usar su boca. Los ritos están perfectamente determinados en el *Libro de los Muertos*. Los deudos no quedan libres con el sacrificio de los funerales, y tienen que seguir conservando la vida del Doble. Sacerdotes especiales, adscriptos al servicio de un sepulcro, o los mismos parientes, llevan a la tumba agua y alimentos; pero como después de varias generaciones es difícil conservar tales prácticas con muertos desconocidos, se pintan en los muros bestias y simientes.

Estas aparecen en la capilla, en los corredores y en la cámara mortuoria, mezclándose a escenas completas. Así, por ejemplo, el trigo naciente en un panel, surgirá en otro con maduras espigas, y será después cosechado. Un buey que rumia tranquilo, aparecerá aprisionado y muerto, y puesto al fuego y, al fin, comido. En tanto, bestias, cosas y servidores, son objetos y seres que murieron, y esperan para existir la palabra del conjuro. El Doble debe, para ello, recordar la lección del *Libro de los Muertos*, y no olvidar su identidad grabada en la Estela. Si el tono de la fórmula es justo (makheru), los Dobles de los bueyes marchan al sacrificio, sobre los campos brotan trigos, y acu-

den a servir los criados, en proyecciones vivas y coloreadas de animales, simientes y hombres. Así, la antigua existencia renace menos alegre, pero siempre real en el imperio de las sombras. Y los muros de las cámaras reproducen también juegos y distracciones para que pueda el Doble sentir los goces que en campos o ciudades le fueron familiares.

Descendamos al mastaba de Ti. Las inscripciones de la Estela enseñan que el personaje, «regidor de las pirámides de los reyes Nofirkara y Usirnisa, amigo único y jefe de los secretos de su señor», vivió en la quinta dinastía. Después de la capilla, las cámaras se suceden con muros cubiertos de figuras, sobre fondos purpúreos, y las escenas forman registros en enormes planchas perpendiculares. Todo esto pertenece al arte tradicional, sometido a reglas fijas, y la pintura es apenas leve capa que viste los contornos burilados; pero a veces, en la rigidez, se encuentran líneas, que presienten con cierta gracia las finezas del arte griego.

El buen Ti, «jefe de los secretos de su señor», nos cuenta los inocentes de su vida. Quiere presentarnos a su mujer la princesa Nofirhotpus, y después, contento, se va a pasear con ella a un lago. Músicos y bailarinas le distraen en otra escena y pasa en palanquines, jugando con

un mono, a recibir de los jeques las cuentas de sus cosechas. Los campos florecientes ofrecen abundantes trigos, y piedras giratorias trituran las espigas. Los rebaños cruzan arroyos, y a los corderos pequeños los criados los levantan en sus hombros, cosa que Ti aprueba desde la orilla. Se esculpen estatuas funerarias y se trabajan metales; los ebanistas hacen conocer las formas de sus herramientas. Observando la fabricación del vidrio, se ve que no ha cambiado mucho desde su procedimiento primitivo. Y Ti va y viene, desde por la mañana hasta la noche, y a veces nos lleva a sus cacerías de hipopótamos en las lagunas del Delta.

En otros mastabas, como en el de Meri, sacerdote de la pirámide de Teti, vese en la capilla, sobre la Estela, una admirable estatua, que lo evoca viviente con pasmosa realidad. Y los compartimientos, además de su existencia y la de su familia, resucitan con imágenes la complicada liturgia de los funerales. Los mastabas se multiplican y es inmenso el reino de Sokari, genio fúnebre de Menfis. A cada instante, en sus dominios, se aparece, hecha de misterio, de sombra y de ensueño, la imagen que murmura antiguas palabras: «Soy la compañera de Osiris, divino señor de la muerte, soy aquella que ama el silencio».

Las entrañas del desierto se abren fecundas: imaginad el efecto producido por cámaras semejantes a palacios, en torno de un cuerpo ausente, bajo arenas que no tienen una gota de agua, ni un árbol, y en donde no hay más sombra hospitalaria que la de las pirámides mortuorias.

Las llamas de las velas hacen surgir en ellas aspectos temerosos, cosas que quieren adelantar y huyen, figuras que se amortajan sin dibujarse, como un simple estremecimiento de la tiniebla. Repentinamente, un relámpago de magnesio se enciende, descubre, ahonda, invade un inmenso espacio. Y en ese relámpago la vida de hace cuarenta siglos pasa, con señores faraones, mujeres y niños, y las imágenes palpitan, en espectáculo desconcertante por su extraña sensación retrospectiva. Y pensamos en el vano empeño de guardar cuerpos con tanto esfuerzo, para darlos a la profanación de los hombres, en vez de ofrecerlos a la tierra maternal y piadosa. Pensamos en la tristeza que significa haber creído con tanta fe en esa singular concepción del alma, para entregarla hoy cual un caso curioso de extraña inocencia. Y los relámpagos de magnesio sucédense, y en una especie de fiesta azul, con vértigo creador, siguen ahuyentando las tinieblas. Hay momentos en que se convier-

ten en «makherus», con el secreto del conjuro, y las figuras semejan espectros fabricados de reflejos, y los reflejos, al escapar de seres y cosas, animan los muros y el ambiente, dando fantástica realidad a los vetustos Dobles del Egipto.

No es esto, sin duda, un gran consuelo para los súbditos de Hunas, pero lo es salir de las tinieblas a respirar el aire puro. Desde la cumbre de la pirámide del mencionado rey, se abarca un inmenso espectáculo.

Más allá del desierto, los bosques de palmeras llevan al Nilo, al oasis, al Cairo, a la vida. Del otro lado, el arenal con sus entrañas preñadas de tumbas, aparece cubierto de pirámides. Tras la multitud de las de Sakara destácanse las de Abusir, y más lejanas las de Guiseh, y todas, como custodiantes de la del rey Zosir, que las encabeza exclamando: «soy, en la tierra, la más vieja altura creada por el hombre». Y con respeto se la saluda, pues armoniza, más que con palacios, cuadros, estatuas o cualquier obra humana, con las montañas que han perdido la edad como los astros.

Las pirámides ya no imponen, con el signo trinitario de la vida, irguiéndose sobre el cuaternario de los elementos del universo para concluir en la cúspide de la unidad divina. Ya no

tienen genios salvadores que espanten y alejen o atraigan, y defiendan siempre sus secretos. Mourtadi recogió leyendas creídas hasta inspirar terror profundo. Así, el genio de la pirámide de Cheops era una imagen negra y blanca sentada en un trono. El que miraba sus ojos oía un trueno engendrador de la muerte. Un ídolo de granito salía de la de Chefren, y el ureus de su cabeza, cobrando vida pujante, estrangulaba al profanador. La de Micerinos, hospedadora de la princesa Nitocris, tenía por genio a una mujer alada, abismo de amoroso acento, y salíase de sus brazos a vagar por campos y ciudades con la razón perdida. Ya no encierran los simbólicos monumentos momias que son objetos de museo ni las velan espectros de piedra disipados como ligeros celajes ; no lanzan de lisas superficies los rosados tonos del granito de Siena, ni recuerdan con dioritas el fuego de los valles volcánicos... Pero, descantilladas, son en su degradación más venerables, y dan a los desiertos enigmática majestad, y dicen al que las mira : «Nuestros genios se han fundido en uno solo, «eterno y silencioso», la Esfinge».

LA ESFINGE

De pie sobre la loma de Guiseh, divisamos allá en el fondo el Nilo. Bosques de palmeras, de acacias y sicomoros se yerguen en torno de su sonrisa azul, transformada por el sol en gloria que canta. Y después, una alfombra verde, con todas las bellezas de la riente fecundidad, se tiende y toca los montes del Mokatam, que la tarde enrojece.

Mirando al Nilo, no se piensa en la fúnebre procesión de las barcas, con la momia dorada, bajo palios de púrpura. Se le ve deslizarse con serena majestad y óyese el ritmo de las manos, y el alegre himno al son de las arpas de otros tiempos. Se le cree aún colmado del mensaje lisonjero de los papiros, porque «es el dios de la riqueza que adorna la tierra, y hace prosperar los barcos a la faz de los hombres, y vivifica el corazón de las mujeres encinta, y ama la multiplicación de los rebaños». Y es tal su belleza al ofrecer con sus crecientes, a los dioses y a

los hombres, hoy como cuando era Hapi, «todas las cosas buenas, dulces y puras», que se imagina que Tales de Mileto, mirándole, reconoció el agua como primer principio de la vida. Y es tal la transparencia del ambiente en aquella región, con la onda tibia de su ligera caricia, que se piensa que Anaxímenes debió de encontrar allí ese mismo principio en el aire. Los Mokatam, con su púrpura, recuerdan la revelación del alma, hallada por Heráclito en el fuego ; y así el Nilo, con su cielo y con sus montes, en la calma majestuosa del paisaje, evoca un soplo que pone en el Egipto una armonía encantadora del espíritu griego. Y el día, fatigado de su propio esplendor, contento de su propia hermosura, va extinguiéndose sobre la cuna de la más vieja civilización, como si—más que en otras partes—hubiese sido juvenil y divino.

En la loma empieza el desierto y estamos como en el fondo de un mar seco. Las arenas amarillentas en el reflejo de la tarde ondulan sobre las rocas que a un lado se yerguen. Allí toda vegetación está substituída por un escuálido camello, cuya silueta, con su aire de somnolencia, es como encarnación del monótono hastío del arenal. Al otro lado aparecen restos de sepulturas, y los fragmentos del templo, y la magnificencia decaída de las Pirámides, que con su

influjo han hecho misteriosa la neta y seca perfección de los triángulos. El sol se ha puesto resplandeciendo en una cara de la de Cheops. Toda ella se espeluzna después de perder el pulimento de sus lisas superficies, con piedras, dientes formidables, que muerden la nitidez del cielo. Da la sensación de que leyes imperiosas encadenaron en su forma una fuerza que, encarnada en inmovilidad absoluta, hoy se ha estremecido con salvaje vida, antes de la inevitable muerte.

Con la de Cheops, la pirámide de Chefren y la de Micerinos, forman dos espacios. Entre sus cumbres, el cielo, amortiguando la intensidad del color, aparece solemne, impregnándose de muda majestad que sube del desierto. Y bajo la bóveda, el horizonte tiene un amarillento vibrante, como si fuese encendido por el mar de arena. El sol, al acostarse en ese lecho, envuélvese en partículas de oro, y su resplandor, levantándose, es como un haz de rayos deshaciéndose en polvorientas centellas. La luz poco a poco purifícase, y es en lo alto más diáfana, aunque menos viva.

De los dos espacios entre las Pirámides, uno se lanza infinito a perderse en el desierto, y otro simula avanzar confundiéndose con la Esfinge. La atmósfera de ese fondo toca al colo-

so, le circunda, y en su deterioro de siglos, quiere, con cincel inmaterial y penetrante, volverle en un minuto su integridad antigua. El sol, al caer, vibra en las alas de su cabeza. Así, al despuntar de la aurora y al morir de la tarde, la Esfinge parece la cuna y el sepulcro del día.

El resplandor del horizonte palidece y ella cobra una inmovilidad más profunda. Su nariz no se divisa ya. La pata derecha, enorme, que aun surge, se envuelve en la sombra, y la izquierda se hunde en la arena. Tal se sienta, en su desolación, sobre la infecundidad que no admite un grano de trigo, y sobre la sombra que habla del misterio de la muerte. Los ojos viven en las vagarosas cuencas, y las pupilas flotan en dos lagos profundos, donde el pensamiento se abisma, mientras se borra la indefinible y dulce sonrisa de sus labios.

Nunca estatua alguna tuvo pedestal más grandioso ; pero jamás tampoco obra de hombre respondió mejor al escenario. Ha perdido casi todo aquel matiz rojizo que cuenta Próspero, y que la animaba cual si la aurora estallase en sus venas ; su nariz está rota ; su cuerpo colosal hay que adivinarlo en su informe masa descantillada. A veces se la cree un fabuloso esqueleto y ni la hiedra piadosa, atavío de las ruinas, le ofrece su melancólico encanto. No importa. Quédanle

intactas : la frente, un templo ; los ojos, una lámpara ; la sonrisa, una flor del alma invisible, y su materia, como la arquitectura de la Jerusalén Celeste, está viva, porque tiene inteligencia.

Es un peñasco convertido en león con todos los vigores de la naturaleza. Si se piensa que un árbol debía de acariciarlo con su ramaje, se evoca el más alto cedro del Líbano. En tanto, el felino que clava sus garfios en el roqueño asiento, yergue su cabeza humana que tiene en los ojos el triunfo de un alma. Por eso la robustez del tronco y la sonrisa de la flor refléjanse en su vida. En su historia se funden el rayo puro de sol y el limo cenagoso transformado en savia. Y si su cuerpo es digno de la sombra de un centenario cedro, su rostro hace que se le desee la de una flexible juvenil palmera.

La bóveda sigue ennegreciéndose y oprime en el límite del desierto el fulgor del horizonte, que, en vez de apagarse, reconcentrado refulge. Entonces las Pirámides avanzan y la Esfinge retrocede, y violentamente esculpida, se destaca como un espectro del crepúsculo. Su cabeza domina ; los mastabas, atrás, al borrarse, abrigan la desolación del yermo. Y ella, al perfilarse entre las Pirámides, que netas en el postrer mori-

bundo fulgor la custodian, parece velar las tumbas profanadas de los Faraones.

Su rostro desaparece del todo, pero su sonrisa está ahí ; y se quiere penetrar la sombra y descubrírsela, y no desvanecer el velo, pero sí hacerlo transparente, para saber cómo es en sus ojos el sueño. En tanto, sus alas en la cabeza, que con las aristas de las Pirámides encuadran la final vislumbre, colocan el fulgor penetrando en sus oídos, y de esa luz que no ve ya, parece oir las últimas confidencias. Tales alas son las del gavilán, y recuerdan al sol, que la imaginación egipcia veía alado levantarse hasta reinar en la celeste altitud. El coloso es imagen de Armakhi, el Horo en los dos horizontes, o sea el sol iluminando los dos mundos. Fué de púrpura, resplandeciendo como una nube de fuego, el simbólico dios que es también altar del astro al reflejarlo. Era un canto de la piedra estéril a la tierra fecunda. Pero la piedra misma, conmovida por el pensamiento, habló de los amores de Nouit y de Sibou, de donde naciera Osiris, aquel que arrancara del seno de su madre la mies, producto del esfuerzo, y el sicomoro, de grata sombra, para ver dorarse la espiga.

La Esfinge saluda a los que traen en los ojos el verde lujuriante del oasis, y a los que van al oasis con la visión del desierto. Y asiste a la

explosión de la fecundidad, sonriendo dulcemente con sus labios, mientras sus ojos serenos tienen el misterio del abismo. ¡El abismo!... El se abre a la primera pregunta del labriego. Entre las patas del coloso se levanta un altar, que recibe los dones del Nilo. El fiel, con la gratitud de la espiga que entrega, ofrece la humillación de su ignorancia. ¿Por qué la gota de rocío, llena de gracia sobre el ala del pájaro, es gota de amor en el seno de la tierra? ¿Qué es el germen? ¿Cuál es su secreto? La pregunta del africano primitivo, la hace el europeo de nuestros días. La Esfinge permanece muda. Y no fué ése su menor dolor, manantial, al fin, de insondable tristeza. Dios puso en su mente las llaves de la vida, y en sus labios el silencio de la muerte. ¡La muerte!... No sólo la estatua deja de ser, cuando se la interroga, el sol de la fecundidad, para transfigurarse en enigma pavoroso. Por algo está entre el oasis y el desierto. Horo es algo más que vengador de Osiris, con el renacimiento glorioso de la primavera, y hace pensar a las almas en inviernos quizá eternos, más allá del Nilo, en los flancos tenebrosos de la cadena Líbica. Por eso la vida que sonríe en los labios de la Esfinge, al llegar a su frente, se transforma en drama. Ese drama con sus cantos y sus oficios, con sus dudas y sus

temores, está narrado en *El libro de los Muertos*. Y el europeo de hoy, como el africano de entonces, balbucea la temible pregunta... El efecto producido por la estatua es tan intenso, que se hace casi supersticioso. Los griegos, el Renacimiento, los modernos, un Scopas, un Miguel Angel, un Rodín, dan con el poder del genio sensaciones completadas por el placer de la revelación de la Belleza. Pero la Esfinge ya no es obra humana. Se ignora quién la hizo. Anterior a la Pirámide de Cheops, es con la de Zosir el más viejo monumento del mundo. ¿Es la imagen de un semidiós, o es la obra del primer hombre, cuando conoció las lágrimas y vió su sombra dibujando sobre la tierra un sepulcro? ¡ Quién sabe ! En tanto, el montón de escombros sugiere que un día se animará para decir al hombre todo su destino.

Ved ahora al coloso en medio de la sombra. Respira al parecer con más holgura en la noche, pero no reposa como el desierto. Se comprende que bajo su frente jamás ha penetrado el sueño ; su vida mental lo ahuyenta. La obscuridad hace más profundo su inteligente inescrutable mutismo. Debe de buscar dentro de sí la mirada con que afrontará la siguiente aurora, para convertir en pensativo el júbilo del día. Así, la Esfinge es hoy una fuente de inquietud.

Ya el sol de las cosechas no se armoniza tanto con su fuerza; hay otra luz que encuentra un altar sobre su frente. Respondiendo a nuestro pensamiento, más allá del oasis dibújase un resplandor pálido penetrante. El Nilo se cubre de nieblas iluminadas, que visten las leyendas de los Faraones y de los caudillos de Israel, de los filósofos griegos y de los conquistadores romanos, de los poetas y de los califas; y como si todo eso, en tierra inmemorial, no pudiese engendrar sino luz de muerte, surge al fin la luna. El cielo cobra profundidades de infinito mar, donde bancos de nácar, con su hermosura, y montes de plata, con su riqueza, no son sino quiméricos mirajes del diáfano vapor. Y sube el astro, pálido y sereno, magnífico como una reina, sagrado como una sacerdotisa; reina que trueca su manto triunfal de estrellas por los velos de errátiles nubes, en sus nupcias con el misterio y la melancolía. Y asciende sobre famosas ruinas meditabundas, de hombres y de imperios, dejando escapar un espíritu, que ella simboliza cual saliendo de mastabas egipcios y de sepulcros árabes, con el recuerdo renaciente del antiguo existir, para cruzar en su parábola por sobre la Esfinge, hasta hundirse en el hastío inmenso del desierto. Pocas veces, como ante tal espectáculo, el influjo de la luna puede

convertirse en febril angustia. La enfermiza imaginación se revuelve en el fondo de un abismo; pero el alma, a su vez, se eleva con el astro, y se hace oración ferviente, y hallando fuerza en su propia melancolía, se engrandece y se dignifica, cual si con los anhelos del viejo Egipto dejase su cuerpo, convertida en alado resplandor.

En el claro de luna se multiplican los aspectos de la noche. Cada hombre, cada camello y la Esfinge, encuentran sobre la arena su sombra. Una voz dice: «Fuente de fecundidad te llamó la aurora, y los campos te invocaron ante el horror de la visión del desierto. Ra y Horo encarnaban en tu piedra, lo que es torrente centelleante en el espacio, y único rayo huésped del Santo de los Santos en el templo, y latido de amor en las entrañas de la tierra. Por ti resonaban los viejos himnos, proclamando que el trigo vale más que las piedras preciosas. Pero hoy eres también el altar de la luna que es el sol del alma en la noche desolada; pues el astro nocturno hace del germen melancólico en el espíritu, flor de tristeza, como el sol hace de la mies espiga de oro...»

Y sigue subiendo la luna, animándose con la plegaria del viajero, tal como ante los ojos del sacerdote de Menfis, o de la infortunada Nite-

tis al partir para Babilonia, y como entonces, siempre pálida, sorda y serena.

Le Esfinge, impasible como ella, alza la frente para recibir su lumbre, y a su influjo brilla como un astro del desierto. La sabana de arena es atrás con el reflejo, sudario que cuelga de sus espaldas pétreas. Y avanza el coloso otra vez, y las Pirámides retroceden, mientras en sus cúspides se encienden algunas estrellas. Las caras de los triángulos palpitan con el blanco fulgor, y dibújanse sus sombras, estirándose con la proyección de un duelo fantasmagórico a cubrir los sepulcros cercanos. En el templo, los grandes bloques colúmbranse hasta la interior hondura, de modo que la luz, bajando del espacio, hace sensible el desamparo de la extraña tristeza, que asciende desde el fondo de la tierra. Y la Esfinge, en fin, cuando la luna cae perpendicular sobre los camellos dormidos, y sobre los hombres que envuelven para acostarse sus cabezas en sus mantos, surge en el quimérico, fosforescente esplendor de su melancólica existencia.

El casi fúnebre contacto de esa fría luz vuelve al león, quizá por un contraste simbólico, el pleno triunfo de su forma, que le quita el sol al iluminarlo decaído. Las patas, animándose, salen del peñón y se hunden en la arena. El

cuerpo desmesurado crece hacia atrás, en gruta que finge la ondulación de un médano. El fabuloso bloque se humaniza. La luna resplandece en él como en un escudo calcáreo, convirtiendo en fulgor lácteo su ópalo casi áureo. La cabeza, de tinieblas que se petrifican soñando, esclareciéndose, atrae. Las alas del nimbo parecen abatirse, porque ya no necesita de su vuelo para perforar con ideas el espacio. De su barba se desprende una sombra que le cae sobre el pecho. Y sus ojos maravillosos se abren, se dilatan sobre sus labios, cuya sonrisa estremece a la luz misma que los baña.

La Esfinge revela así todo su espíritu ; y ese espíritu, saliendo al rostro, la esculpe con un transporte último y supremo. Entonces fascina con el misterio de su doble encarnación : y el principio y el fin de las cosas, realmente se tocan y se confunden en sus miembros.

Se pierde la noción de la realidad, y los hombres acostados a sus pies entre los camellos se antojan viajantes de los cuatro vientos del horizonte. Cansados de pedirle inútilmente su secreto, se han dormido esperando que, en el sueño, algún prodigio de los que conmovían a Heliópolis o a Filoe, se lleve el velo de la invisible Isis. La Esfinge sigue agigantándose : sus sensaciones se aguzan ; es una visión sobrenatural

que encierra toda la ciencia, pero a quien la misma intensidad del pensamiento le ahoga la palabra. Divinízase, y sobre su cuerpo de piedra se libra una batalla de sombras. Se las ve transparentes llenar los espacios, y pasan por sobre las Pirámides y pueblan el desierto, y quieren, con lo que saben ya, animar la voz de la estatua y concluir en el alma del hombre con la duda devorante que las laceró en la tierra. Y la Esfinge no siente siquiera ese silencioso tumulto de las aspiraciones de la Muerte, pensando en la Vida ; y surge siempre inalterable, poderosa y muda, como el Misterio mismo.

Es menester despertar al guía y retirarse. La noche tranquila avanza ; el cielo tiene más estrellas ; la luna fulge impasible ; sólo nuestro espíritu se siente como infinito mar turbado. Pasan en enjambre las pasiones, las angustias, los dolores del rudo batallar de los hombres ; y ensueños y filosofías, anhelos y esperanzas de arte, conquistas de la ciencia, luchas sociales, todo parece lejano y sin sentido. No hay más ruta que el arenal y una estatua mirando un oasis perdido en vagarosas lejanías. Con emoción grave y profunda, se dice adiós a la enigmática, hasta que Psiquis libre, más triunfante que Edipo rey, pueda rozar con alas de luz las alas de piedra de su aureola. Y entonces, al in-

clinarnos sobre los lagos de sus ojos, persiguiendo el loto, símbolo en el viejo Egipto de inmortalidad, recordamos, para no sentir el vértigo, una colina recientemente visitada. Allí se yergue, disipando el temor que inquieta, la Cruz invisible de la errante criatura, que estremeció con su vagido a la Esfinge, hasta casi ponerle en sus labios la primer palabra.

LAS CIGÜEÑAS DE LUXOR

Desde el Nilo se domina el vasto conjunto de la ruina extraordinaria. Obeliscos, pilones, columnas, colosos, dibújanse con solemnidad en la tranquila atmósfera luminosa. El río, sabiendo que es hoy más bello porque un día fué sagrado, avanza hacia el templo y le ofrece, con su eterna juventud, el único espejo digno de su majestad vetusta. Hace cuarenta siglos que la masa caudalosa se lleva, corriendo al mar, en el esplendor azul de sus murmurios, las pesadas piedras, convertidas en leves sombras. Por eso, mirando esas quiméricas, temblorosas imágenes, se siente una angustia imposible de definir, al no poder fijar el pensamiento que flota entre varias sensaciones, inquietas como las aguas y los reflejos. Entrando directamente por los pilones, se desemboca en el patio de Ramsés II. Desde él se ve surgir el obelisco, y más arriba el alminar de la mezquita El-Hag-gag, edificada sobre una parte del templo enterrado. Saliendo de las entrañas de ese monte de tierra, avanza una triple fila de columnas, hechas por

haces de graníticas palmeras, y entre los nichos naturales que forman se yerguen estatuas.

¿Qué idea de la vida y del poder tuvieron los reyes del Egipto, señores de pueblos esclavos que pasaban la existencia en construir sus templos y sus palacios? Aquí, Ramsés II, el faraón por excelencia, es representado por una legión de colosos. Sobre el obelisco se narran sus guerras y sus glorias, y sobre todo su campaña contra la confederación siro-khitita. En un bajo relieve puede verse al templo como en su época, estremecido por los cantos de las procesiones de año nuevo, y la visita de los dioses de Tebas. Se ensalzaba al rey entre nubes de incienso quemado y lágrimas de mirra evaporadas; se le ofrecían las guirnaldas de Pahuru y los ramos de Pihathor. Ramsés II gozaba del esplendor de aquellas pompas, posibles por el oro arrancado a sus minas de Akiti y por las riquezas consagradas a los pueblos vencidos. El templo era consagrado a Amon-Ra, el padre sol, y él brillaba con una partícula de su Doble como intermediario en la tierra. Y aun en el día de su muerte, su gloria iba a ser más excelsa, al transfigurarse y fundirse con el astro, en un solo haz de rayos. Mientras no le llegaba ese día de cruzar el imperio de Occidente, su poder, después de conquistar la paz con victorias, cubrió al

Egipto de gigantescas construcciones, y fundó la ciudad de Tanis, rival de Menfis y de Tebas. Mujeres de todas las razas pululaban en sus harenes, los reyes vencidos le ofrecían doncellas; y la princesa Khati, enviada como regalo de un pueblo, se llamó por su orden «Uirimaunofisuri», es decir, «la que ve las bellezas del Sol». Y al Sol, que era él, el soberano, el virrey etíope, le saludaba exclamando: «Di al Nilo: sube el agua hasta la montaña, y subirá, pues todos tus proyectos se cumplen, sin que se haya oído nada igual, ni en los cantos de los poetas.» Y vivió largos años entre sus ciento once hijos y cincuenta y nueve hijas, paseándose a menudo en este patio de colosos. Ved alguno completo; Ramsés adelanta con el aplomo de un dios que pisara el mundo que ha creado. Una estatua carece de rostro, y hace adivinar su imperio, con el cetro pendiente, cual espada cortante y cadena esclavizadora, junto al látigo que vilipendia. El fragmento de una espalda se ofrece como para que se apoye el templo; una mano caída hunde el pavimento; un muslo parece columna tronchada; y hay piernas que levantan vientres, donde el ombligo es un granítico sol. Imaginad ahora a los colosos rehaciéndose con un estremecimiento gigantesco y dominantes en el íntegro esplendor

de su triunfo. Vedlos con sus dobles coronas enlazadas, el ureus enroscándose en la frente, el cetro en la mano, la cruz de la vida en el cinturón, símbolos del poderío magnificado. No es nada extraño que, en vez de animarles con su espíritu, el faraón sintiese su influencia. Así, Ramsés, con una ola de soberbia, entre las nubes de incienso y los cantos de los sacerdotes y el homenaje de los pueblos esclavos, se levantaba por sobre los afectos y movimientos del hombre, sintiéndose cual los colosos, impasible, inmortal y divino.

Desde este patio se ve una galería de columnas. Para llegar a ella hay que pasar por entre dos estatuas que tienen a sus costados a la reina esposa, Nefertari, y a sus hijas ; la una es de granito sonrosado, perpetuando así la resurrección de un alba de gloria sobre una noche de muerte.

Los fustes de esas columnas son una sola palmera monumental, cubierta de bajos relieves. Los capiteles se forman de lotos abiertos en todo su esplendor. El aire purísimo, inalterable, de los lagos del cielo, parece producirlos en piedra. Los envuelve, los pule, los destaca ; les presta casi un acento del azul de la flor primitiva que hizo concebir la fuerza de tales moles, llena de gracia en la quietud de los estanques.

En los bajos relieves se esculpen los hechos gloriosos de Amenhotpu III, y en los muros las inscripciones explican esos grabados. La galería conduce al patio de este faraón. Y es majestuoso el bosque de columnas, cuyos fustes son mazos de varias palmeras, que, a cierta altura, se exornan de un collar, antes de tomar el impulso que las corona con capiteles cúbicos.

Las piedras enormes diseminadas en el vasto claro, invitan a sentarse al viajero, y realmente parecen desprendidas por el tiempo del monumento que le va a sobrevivir para que medite un instante, mientras oye sin reposo el rumor del río que le volverá al peregrinaje... Desde aquí se ven en el fondo las construcciones de diversas capillas, y entre ellas el Santo de los Santos. Las hay dedicadas a la trinidad tebana, de Amón, Mut y Konsu ; en alguna, los dibujos narran el nacimiento de Amenhotpu, cuya madre respira el signo de vida que le presenta Isis, y alumbra amparada por los genios del Egipto. En el secos no se conservan vestigios de la divina barca : parece un sepulcro, y es de granito, sin un rayo de luz, cubierto de gavilanes en relieve con las alas plegadas, como para reposar en el seno de noche inmemorial... A la caída de la tarde el templo crece en hermosura, haciendo de sus restos un esplendor melancólico que abruma.

Se mira el conjunto y se siente a aquellos hombres de la civilización más primitiva, acercándose al principio del mundo, y abarcando mejor hacia adelante la plenitud del tiempo, con la conciencia de interpretar en piedra la eternidad. Los pilones formidables, vueltos ceñudos como para resistir el asalto de la noche, los colosos de Ramsés, las columnas de los diversos patios, las bocas de las capillas, el obelisco, todo se cubre de luces y de sombras. Y esos juegos se animan, viven, son los sucesores de las nubes de perfumes, de los relámpagos de las iniciaciones, de la hoguera de los sacrificios ; ellos bajan, suben, iluminan, ocultan, esculpen, desvanecen, y únicos oficiantes, dicen que el sol no olvida los viejos altares de un templo elevado a su gloria. Y bandadas de pájaros prestan voz a los ritos silenciosos de las luces y las sombras, y sobre columnas, pórticos y estatuas, saltan, gorjean, chillan, sobre todo en los altos capiteles, donde los últimos lampos del día se evaporan en áureo polvo.

Repentinamente, en el blanco alminar estalla el issam anunciando la plegaria de la tarde. La proclamación cruza como flechazo por el aire entre la algarabía, espantada un tanto por la voz del sacerdote. ¿Cómo suena el nombre de Alá ante los espectros de los viejos faraones?

Ramsés oyó el de Adonaí entre los extranjeros y no ése. El muezín, ajeno a lo que pensamos, lanza sin cesar sus gritos y arroja de la torre cuatro cigüeñas que hienden el espacio. Majestuosas, evocan con sus alas el recuerdo de cuando eran sagradas en el Egipto. Revolotean, aspiran en el aire la luz moribunda a pleno pulmón y reposan sobre un inmenso bloque. El clamor del issam en el templo de los faraones, parece mover sus vetustos picos. Sus voces se tornan en inteligibles, y dice una, como respondiendo al curso de nuestro vagabundo espíritu :

«Mi nido más hermoso está en una catedral en el mediodía de Francia. Vivo en una hornacina, entre las nubes y los hombres. Allí, no me despierta el grito sonante en el alminar, y limitado como su impulso. Me estremezco al vibrar de las campanas, y aquel vago, infinito son, da a mis alas el deseo de perseguirlo en el espacio. Y vuelo con júbilo, y cuando torno a reposar apoyándome en una vidriera, me saluda el órgano de adentro que es el himno de mi aurora. Por eso en Luxor anido en la capilla del vestíbulo, donde hay santos de antiguos monjes, que recuerdan pintados las hieráticas esculturas de mi torre.»

Exclama la segunda : «Anido en Europa, so-

bre el Acrópolis, en el templo de la Victoria Aptera. Allí ya no hay cantos entre las ofrendas de las Panateas, pero hay armonioso silencio. Lo tiene el espacio azul, sobre el mármol sonrosado, en las formas elegantes que esconden invisibles alas, como las que lleva el nombre de su Victoria. Vivo a un paso del Partenón y de las cariátides de Athena Polias. Vuelo a veces sobre los montes, y a veces sobre el mar, y mi vejez se alegra con la sonrisa del aire que hace fraternales la flor de la planta y la espuma de la ola. La tarde me sorprende siempre en mi atalaya. Me oculto por no turbar la paz, cuando algún hijo de Atenas busca en las piedras el vestigio de los antiguos días. Mi lecho se abriga como en copa de mármol, y sobre él piadosamente cae la sombra, como un dulce licor de olvido. Por eso al emigrar busco siempre en esta ruina el santuario que consagrara Alejandro, aquel que descendió en Ilión honrando la tumba de Aquiles, y que conquistó a Gaza para inundar de incienso los altares. Así, los olímpicos dioses no abandonan mi sueño, transformándolo en sereno, a imagen de la belleza concebida por los griegos.»

Añade la tercera : «Anido en la torre de Gálata. Desde esa altura encántame el esplendor de Constantinopla. Más que la bóveda estrella-

da y llena de luna y de vaporosos celajes, que excitan con sus juegos el ardor de mis alas, adoro a Stambul, a Scútari y a Pera, ceñidas por el Cuerno de Oro y por la diadema del Bósforo, sobre el marco azul de Mármara. El grito de los muezines señálame, antes que el sol, la primera correría rejuvenecedora de mi vieja sangre ; por eso descanso aquí sobre el alminar y respeto sus palomas, hermanas de mis amigas, las que alegran los santos cipreses de la ciudad que evoco.»

La cuarta habla también : «Hija del Egipto, descendiente de abuelos nacidos en tierra faraónica, el espectáculo de las ruinas es mi gozo y mi fuerza. Luxor, Karnac, Der-el-Bari, Cor-Ombos, templos cuyo cadáver vale más que un viviente palacio, ofrécenme los brazos de un coloso, a cuyo amparo no hay viento que turbe mi sueño. Hoy cruzaré el Nilo de sagradas y azules aguas, no turbias como las que brindan el Escalda o el Iliso, y dormiré cerca de Memnón, cuya voz, muda para los hombres, aun canta para mí en el alba. Mi destierro verdadero es la Europa, y en ella me es indiferente un alminar o un campanario.»

Las cigüeñas salúdanse con gravedad, y luego se separan con gran rumor de alas. Penetran respectivamente en la capilla de los monjes cris-

tianos, en la de los dioses griegos y en el alminar turco; y la última, apresurando el vuelo, cruza el Nilo, perdiéndose en la dirección de los valles... Los pájaros han callado; el sol, bajo el horizonte, agoniza invisible; estatuas, columnas, pórticos, se envuelven en la misma sombra.

La voz de las cigüeñas de Luxor queda sonante en nuestra mente, como si al desvanecerse creara una armonía. Pensamos que, dispersas sobre el mundo, anidan quizás, llevadas por misterioso instinto, en los santuarios egipcios, en las cellas griegas, en los alminares mahometanos, en las catedrales góticas. Los templos surgen, así, como el natural asilo de aves, auríspices de amor y de esperanza, pues llevan y traen la primavera en sus alas. En esta ruina, por rara coincidencia, encuentran todas algo evocador de sus lejanas viviendas. Y el Nilo, con sus aguas siempre distintas, sin dejar de ser el mismo, símbolo de la vida invariable en su necesidad de creer, aunque los hombres se renueven, aprovecha del último resto de luz y retrata los bloques y los diversos templos, transformándolos en una sola impalpable proyección divina.

KARNAC

Difícil es dar la sensación de estas ruinas, abrumadoras con la grandeza de su expresión, e imposible estudiarlas, por la multitud de sus detalles fatigantes. No hay una sola partícula de muro, sin la marca de un nombre ; no hay un solo fragmento de obelisco o columna, sin inscripciones ; la historia de Egipto se desprende de los jeroglíficos. Los monumentos son libros de piedra. Lo doblemente interesante para nosotros es la compañía de Maspero. El autor de ese prodigio de erudición llamado *Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique*, donde las civilizaciones más antiguas aparecen estudiadas cual si apenas nos precedieran, es director de los trabajos del viejo Egipto. De buena cepa francesa, es además de un gran sabio, un hombre espiritual y amable ; y así, muestra a cada instante, platicando sobre los faraones, en vez de la solemnidad hierática de un Anubis que juzga, la gracia ligera de un Hermes que ilumina.

Llegamos a una primera muralla alzada en torno de los templos de Ramsés III y de la diosa Mut. En el Lago Sagrado no queda ni el recuerdo del agua. Menos efímeros, los ladrillos y los mármoles se levantan aquí, caen allá ; pero el plan de los edificios se ha perdido, y sus ruinas sólo interesan por lo que añaden al conjunto imponente.

Por una avenida de esfinges se llega al portal de Ervegeto, y es inmenso con su forma de paralelogramo en la abertura, cubierto por una pirámide trunca, de caras de violenta inclinación. En lo alto el disco de Ra refleja el sol de la mañana, y cubre con sus alas al fundador, que sacrifica a los dioses, después de señalar sobre la tierra el perímetro de las construcciones.

Entramos al templo de Osiris y de su madre Apet. Es casi una capilla con el carácter de tumba. Como el cuerpo del dios fué dividido, hay en todas las grandes ciudades templos que pretendieron tener la sagrada reliquia de un fragmento. En el de Khonsu, vecino del anterior, puede estudiarse la parte que correspondía a nuestros atrios. Las columnas se yerguen, las galerías presentan perspectivas, el cielo resplandece. Allí, con los vendedores, estaban los sacerdotes, prontos para las consultas de los fie-

les. Unos debían hacer viajes, y el dios, por boca de sus intermediarios, decidía la hora de la partida. Los pacientes preguntaban los medios de combatir la influencia de los astros. Así, un corazón atacado, víctima de Peneter-Dewa, requería, para salvarse, las cosas que eran del imperio de Sebeg, su enemigo. Y mientras el enfermo salía a buscar la esmeralda necesaria, el ágata o el cuerpo de una rana, mirábanse con ojeriza, en el cielo, Mercurio y Venus. Acudían también multitudes a confesarse. Los sacerdotes, después de oir, dictaminaban sobre el modo de aplacar a la divinidad con sacrificios. Uno, por falta leve, elegía un pichón ; otro, por falta grave, un buey. Allí mismo, en el mercado, se compraban las bestias ; las víctimas se bañaban en el contiguo lago, y, con los sacrificios, la animación era inmensa desde las primeras horas.

Nosotros vemos entrar el sol a torrentes, bañando altos y bajos relieves. Las efigies de los soberanos dan siempre la espalda al gran portal, y los dioses el frente ; pues aquéllos y sus servidores, cargados de ofrendas, son siempre recibidos por éstos, que abandonan sus misteriosos recintos para salir al atrio. Hasta los intersticios más profundos de la ruina reciben indiscretos rayos, y los pórticos del dromos surgen en

su desastroso descantillamiento. No se oyen los gritos de los vendedores, ni los cantos de los sacerdotes, ni las voces de los fieles ; pero, súbitamente, en un movimiento de vida, el templo se estremece. Repiquetean martillos, y pasan árabes descalzos, con canastas en la cabeza. Se escuchan órdenes, golpes de manos, y una turba invade, tirando de largos cables. Los antiguos tiempos del faraón vuelven. El intendente de las obras reales, con peluca, anda por entre los rapados sacerdotes. Se ponen los estandartes en el tenemos, se unen con flores las columnas, y el toldo se hincha suavemente como una vela que quisiese surcar los azules mares del cielo. El templo va a saludar a Setos, vencedor de los libios ; o a recibir los vasos de Salomón, robados al templo tras la derrota de Roboán de Judá ; o a ver sacrificar por Ramsés III los cuatro bueyes : blanco, negro, manchado y rojo. El dios, en el misterio del secos, ha sido ya cubierto de ropas y de joyas ; y entre nubes de perfumes, como el sol entre celajes, y como él en su barca, saldrá de aquel negro horizonte a iluminar al pueblo junto a los pilones que marcan la gloria del cenit.

Así, un movimiento de vida actual despierta antiquísimas imágenes. Nuestros ojos, atraídos por cantos cortados entre respiraciones fatigo-

sas, se fijan en un grupo de turbantes. Entre dos columnas, sobre rodillos, palpita la masa de un coloso. Llega, al fin, a un pedestal, se gritan órdenes, aplícase una palanca, y al son de un último alarido de los que tiran nuevamente de la cuerda, la estatua en pie, trepidando antes de inmovilizarse, suprime en el movimiento treinta y cinco siglos de vida. ¿Qué es su cabeza? ¿La de una mujer? ¿la de un hombre? ¿la de un gavilán? ¿la de un gato? La duda queda sin solución, pues ha perdido la forma. Los dedos faltan de sus manos, que apoyan la palma en las rodillas. No se colige qué clase de senos adornaron su pecho. Y así lamentable, es un espectro de granito volviendo a su vez, en un minuto, a vivir los treinta y cinco siglos, borrados por nuestra imaginación... «Es una estatua de Ramsés XII—nos dice Maspero :—está muy degradada la pobre, pero vamos a ver la de Khonsu, que es, en cambio, muy bella.»

Tan bella resulta que sorprende. La primitiva escuela de Menfis habitúa a los retratos en madera, extraordinarios por su realismo; pero esta estatua tebana, de un tipo ideal, es una revelación de arte más vigoroso. En la puerta de una especie de gruta surge, destacándose sobre la sombra. Su perfil, de la más fina pureza, es de

admirable distinción. Su sonrisa crepuscular no se abre plenamente ; puede anunciar lo mismo la noche o el alba. Después sufre transformaciones. Parece existir contra su voluntad, deseando apagarse y cobrar el reposo de una nada absoluta. Es la sonrisa más o menos esfumada, más o menos fuerte, de otros dioses y faraones de piedra. Sonrisas que se despiertan hace cuatro mil años, y que, con un esfuerzo, sacuden, para existir, la sombra de los siglos muertos. Y esta estatua, como refundiéndolas a todas en la real belleza de la suya, con la fatiga de sentir la obligada expresión, ha concluído por darle dolorosa dulzura.

Al partir, nos volvemos para mirarla una vez más. Es tan simpática, suave y atrayente ; tiene en el rostro la animación de una tan dulce alma ; es tan cabal expresión de un dios que conoce la paz y las angustias, teniendo en su naturaleza divina, piedad para su naturaleza humana, que cuesta dejarla con la certidumbre de no volver a verla. Debió de ser esculpida por un hombre que supo del dolor y de la misericordia. Por un instante, el bello Khonsu se nos antoja un viejo amigo y somos sus contemporáneos ; y en esta sensación se siente una fuerza inmensa, dilatadora de la vida hasta convertirla en inmortal, ligando así a los hombres

a través del tiempo... Las huellas de nuestro paso, marcadas en la arena insensible, se borran, sin embargo, con el leve soplo que levanta el manto de los fellahs.

Entramos en las pequeñas salas laterales, llenas en lo alto de misteriosas aberturas. Hay quien opina que allí se ocultaba el sacerdote para pronunciar el oráculo. Maspero nos dice: «El oráculo era una cosa natural, y el ser profeta un oficio como cualquier otro; el sacerdote no tenía por qué esconderse al interpretar el pensamiento divino. Probablemente, esos nichos profundos eran para encubrir las mejores riquezas y, sobre todo, las telas.» Y en efecto, la obscuridad es el modo aun hoy usado en Egipto para defender de los insectos los trajes; y es tal la masa de sombra de estas concavidades llenas de inesperada frescura, que la luz, en vez de atravesarlas, parece huir despavorida.

En el centro de las sombrías capillas, rodeado de ellas como por una corte, está el Santo de los Santos. Allí no penetraban sino el faraón y los sacerdotes, y de allí salía la barca sagrada en las grandes solemnidades. Ella era la representación viva de la invisible barca en que el sol, según la cosmogonía egipcia, bogaba sobre el mar que rodea al mundo.

Salimos del templo de Khonsu a recorrer la

vasta extensión, donde las ruinas de otros templos alternan con las de los palacios y casas de la antigua Tebas. Vemos el pilón gigantesco de Harembad y franqueamos el lago de las ceremonias complementarias, en que la barca del dios cruzaba simbólicamente el Nilo celeste. Aparece la enorme muralla del segundo recinto, y adentro, entre un pueblo de colosos caídos, columnas volcadas y en pie nos cortan el horizonte. Allí bulle, palpita y trabaja una multitud que escrudiña el suelo, y van y vienen legiones de muchachos, con canastos vacíos y rebosantes de tierra. Es admirable la natural soltura y elegancia de sus flexibles cuerpos. Al divisar a Maspero, se oyen voces que cantan : *naharak Said* (feliz día), acompañándose con las manos en un acompasado repiqueteo, sin que el canasto se les mueva en la cabeza. Y los coros se propagan de grupo en grupo ; y después de un instante, entre el chirrido de las zorras sobre los railes, y el sonar de miles de aplausos, el saludo, conmueve a todas las ruinas. Los terrenos desmontados, ardientes al sol, con su tierra obscura, hacen resaltar los turbantes que se agitan en los golpes de los picos. Por todas partes reina un movimiento continuo de hormigueros en ebullición. Y avanzamos, entre las manifestaciones de esta raza árabe caída en el salvajismo,

pero conservando el recuerdo inconsciente y a cada rato estallante de la gentileza de su viejo espíritu civilizado. El «cher maître» de París se ve en el caso de saludar a menudo, convertido en faraón amable que pasa con su camisa de trabajo, y lleva, en vez de pschent de oro, sombrero de hule y viseras verdes. Y es, en realidad, el mago de los misterios egipcios : la población actual vive del descubrimiento de las ruinas ; los Ramesidas y los Amenhotpus aun reinan sobre su tierra. Se puede, ante aquella actividad, volver a creer en las resurrecciones, como hace un instante. Las ruinas no parecen despojos de las antiguas grandezas, fantasmas de otros siglos ; son cuerpos reales en expansión, y la ciencia penetra los secretos de su desenvolvimiento, como con la voz de Ezequiel, que infundió a los huesos dispersos el espíritu de la armoniosa vida. Y se alzarán los palacios, cansados de ser, caídos, las eternas sombras dejadas sobre el Egipto por la gloria de los faraones. Y los santuarios, en su integral esplendor, tornarán a perfilarse sobre el cielo, dando la sensación de que si Ra, Mut, Khonsu pasaron, no se ha extinguido la necesidad de creer, de que si hay dioses que son anacronismos, la forma de todo templo es un hogar del alma... Maspero nos explica cómo desde allí partían,

bajo arcos triufales, avenidas en todas direcciones; y cómo la del centro, uniendo Karnac a Luxor, con sus edificios cubiertos de mosaicos y bajos relieves esculpidos, y abierta a los solemnes cortejos y a la vida cotidiana, era en Tebas lo que son en París los Campos Elíseos.

A medida que avanzamos siguen brotando de las entrañas obscuras fragmentos de capillas, templos y palacios. Una vieja alemana rebusca en su guía la situación de una ruina, y al fin se decide a interrogar a nuestro grupo. «No puede estar—le responde un director;—acaba de ser descubierta.» Y como nos hemos detenido, vemos salir, en la conmoción de un golpe de pico, una lámpara de greda. Maspero la recoge y la observa con su lente: «Es moderna—exclama,—es de un siglo antes de Jesucristo; llevadla como recuerdo de Karnac.» Y sonriendo a la palabra «moderna», la guardamos, encantados. Moderna, ¡sí!, al pie de los obeliscos, modernos a su vez bajo el azul del cielo, que es moderno ante el aliento de Dios; y así cualquier simple hecho, en este país que hace renacer la historia humana, oprime al viajero con la inquietud de lo infinito.

Entramos al pequeño templo de Ptah, verdadera curiosidad, porque está completamente reconstruído. Pasamos a la capilla del dios, que

recibe la luz por un agujero perpendicular a su aureola. La sala es sombría, y el cielo aparece en el plafón como encendiendo en la pequeña abertura una antorcha con llama de zafiro. La fisonomía del ídolo se esculpe en la luz—luz espectral,—y se ennoblece derramando un penetrante misterio. Así debía brillar Isis con su inscripción : «Sé todo lo que ha sido, es y será. Ningún mortal ha levantado el velo que me cubre.» Salimos, dejando el templo pronto a hospedar el fantasma de un faraón, anhelante por sentir sobre su frente la mano del dios, que comunicaba el *Sa*, flúido engendrador de la vida.

Después de un buen trozo de camino, damos en las murallas de Ramsés II, valla de las construcciones más imponentes. Cortan el cielo bloques erizados, y, en los lienzos que componen, surge esculpido el poema de Pentaur. Allí se relata la victoria de Kodshu, no en lenguaje oficial, sino en habla poética, con acento épico. Ramsés, aislado de su ejército, invoca entre sus enemigos a su padre Amón : el dios responde a su patético llamamiento. El príncipe Manna, fiel escudero, combate a su lado, en compañía del león, que bajo la influencia celeste centuplica el vigor de su garra. Y así, el faraón, en compañía de un solo hombre y de su felino, lo-

gra zafarse, después de sembrar el espanto... Y hace meditar ese poema, lleno de imágenes expresadas por esculpidas imágenes, lo que les da, hasta en su forma material, algo de inmenso y misterioso.

Desde lo alto del pilón tolemaico se domina el conjunto. Las ruinas tienen un esplendor extraordinario, y en la frase contradictoria está la sensación verdadera. Masas de piedra sobreponiéndose las unas a las otras quieren asaltar el cielo. Los templos reunidos por varios reinados, no son la obra del hombre, son la creación de un pueblo.

Los obeliscos de Thutmos I se levantan surgiendo, como con desnudeces rosadas, entre negros pilones. Después del amasijo del templo del Medio Imperio, que hace pensar en una catástrofe humana, la sala hipostila de Ramsés I hace creer en una fabulosa de dioses, héroes y montes. Falta el techo, donde las constelaciones y los astros pintados figuraban el cielo sobre la tierra ; pero aun existen ciento treinta y cuatro columnas, elevándose algunas hasta treinta y dos metros con diez de circunferencia. Una tempestad y un temblor de tierra, combinados, fueron necesarios para derribar el gigantesco bosque. Si las columnas caídas cantan las victorias del tiempo, bastan las en pie para

admirar la grandeza de los atrevidos arquitectos. Sobre ellas se tienden arquitrabes y todas las piedras van siendo incrustadas a fuerza de incesante tesón. Maspero nos explica cómo tienen inscripciones en diversas caras, de modo que es ímproba tarea colocarlas bien, para que sigan cronológicamente relatando historia y leyenda. Los capiteles, en tanto, evocan con sus formas de lotos el alma humana. Son enormes y pueden contener en su perímetro a cincuenta personas, y aun asimismo, con cierta agilidad, parecen coronar los fustes. Los egipcios, al ver los lotos en los estanques del Nilo, cual los indios en los del Ganges, debieron sentir abrirse en su imaginación la idea del símbolo: como vive la flor, escapándose del limo cenagoso para mirar el cielo, así el alma, librándose de la materia, refleja la luz, perfumándola con su pensamiento... En lo alto, sobre las columnas, esos capiteles, recordando las hermosuras de los ríos, figuraban a los hombres, y combinándose por el plafón a las estrellas y signos del Zodíaco, convertían el templo en imagen viva del universo. Así, al pasar el dios, se identificaba del todo con el sol. Los capiteles son de dos clases. Y viéndolos, imaginamos a los abiertos sosteniendo triunfales la masa de los techos, y a los cerrados con su botón campanuloso, de-

seando abrirse bajo el peso, como palios de piedra, sobre la cabeza de Amón-Ra erguido en su barca.

A un lado de la sala hipostila dibújase un jardincito, y apenas osa poner sus leves sonrisas de colores en las sombras de las opresoras moles. Al otro, se abre el patio del templo de Ramsés III y deja ver sus colosos, ya en líneas formidables de batalla, ya en recogimientos hieráticos de plegaria. Y más allá, los muros y los pilones simulan desfiladeros, entre gargantas rocallosas. Después, las avenidas se esculpen, y para acentuar la característica de un país de contrastes, por cada esfinge que mira pensativa la tierra, una palmera se eleva graciosa al cielo. El Nilo aparece murmurante, y el sol adquiere la vida del pensamiento de un dios, al reflejarse en la majestad de sus aguas. Entre su caudal y la montaña líbica, surgen los colosos de Memnón, el Ramaseun, Der-el-Bari y los templos de Kurna y Medinet-Habu. Nuestra altura se convierte en atalaya, donde las ideas que se levantan de las ruinas forman al pasar una voz armoniosa.

Los egipcios, según Herodoto, enseñaron a los griegos la concepción del alma : ellos fueron, dice, los creadores de sus transmigraciones y de su romance. Estos templos, así como los sepul-

cros ocultos en la lejana montaña, son su himno de gloria. Sacerdotes y faraones le hicieron dejar constancia de su paso por la tierra, pues siendo de los primeros hombres, desearon ser los últimos ; y el sol, que desde el cenit caldea ya las piedras, no parece afrentarlas descubriendo sus miserias, sino decir bañándolas : tan titánico esfuerzo merece la inmortalidad soñada.

EL VALLE DE LOS REYES

Después de atravesar el Nilo, llegamos a poco a la aldea de Kurna, entre cactos y datileras que proyectan ralas sombras de sus débiles ver duras.

Aquí está el templo de Setos I. El rey lo hizo edificar para su 'Doble, a imagen del levantado en Abydos, sobre las bocas de la grieta Como el sol desaparecía por allá, mirábase en ese punto la última estación de la ruta del alma, camino del imperio de la sombra. Con tales precauciones, no faltaban al faraón incienso y carne cuando se despedía de la tierra conocida. Este templo de Kurna era, en realidad, la capilla del sepulcro cavado en el valle. De modo que, después de un tiempo, se olvidaba el verdadero cuerpo y el pueblo sentía en el recinto sagrado la invisible presencia del Doble, confundido con los dioses, y al fin tranformándose en augusto y divino. Así, el poder de los reyes se acrecía, pues el culto al faraón muerto nimbaba de majestad mayor la frente del vivo.

El templo de Setos fué concluído por Ramsés II. Llaman la atención los bajos relieves de su pórtico, donde las nomes del Alto Egipto, simbolizadas por hombres y mujeres, llevan platos de flores en esmalte, rebosantes de alimentos, y lucen las frentes coronadas de lirios. A su vez, adelantan las nomes del Bajo Egipto a cambiar con las otras sus ofrendas, y yerguen las cabezas, adornadas con papiros. Ya la naturaleza había entregado al hombre el lirio, cual una sonrisa destinada por sus corpúsculos de oro, dibujados por el lápiz del sol, a vivir con gloria, y por su luz interior de claro de luna a morir con gracia. El Alto Egipto, comprendiendo su hermosura, lo hizo su flor heráldica. El hombre, a su vez, tomó los verdes y flexibles tallos del papiro, y creó con sus películas el albor de los lirios, para ennoblecerlo con los pensamientos de su alma. Y los genios del Egipto se complacen en coronar las frentes con las dos blancuras hermanas, bajo el mismo cielo de vida... Y ese azul, admirable, ya con el sol resplandeciente, ya cubierto de estrellas, brilla en los plafones del templo. Aquellos hombres, empeñados en hacer con la piedra una eternidad del furtivo instante de sus existencias, pintaron un firmamento a semejanza del verdadero. En el Santo de los Santos, Setos inciensa a Amón

en su barca; pero el techo se ha abierto y su incienso sube al espacio. En un trozo, el disco solar fulge con la serpiente, y el sol real resplandece en los aire. Así, el azul divino se tiende entre fustes y capiteles, y el azul humano le brinda su imitación. Los dos cielos, después de tres mil quinientos años, se encuentran, y ante el eterno del espacio se admira a los egipcios, por el pasajero de la pintura.

Partimos y costeamos la montaña líbica hasta dar con una boca y penetrar en su seno. Frente a una estrecha garganta volvemos la espalda al llano que el Nilo inunda. Allí se queda el verde de los pastizales. El camino es blanco, y cuando se huye del brillo hiriente de las piedras, surgen las abruptas montañas, sin un árbol, ni una flor de hinojo, ni una brizna de hierba. Las roqueñas fragosidades, a su vez, transformadas en viva cal, despiden relámpagos de blancura. Aquí y allá un resplandor sangriento culebrea en vetas, que no llegan a infundir en la masa el color de su vida. Después, las alburas implacables alternan con lienzos amarillentos, pequeños volcanes de chispas, atemperados por bloques con rastros de alquitrán, que como con un fuego interior evapórase, abrasando más el aire. El cielo rechaza también los ojos con su asoleado azul de metal reverberante y enceguedciente.

Las montañas cambian de formas, tomando contornos de informes torreones feudales. Hay crestas que esbozan colosos faraónicos, y quizá han sido trabajadas al entregar parte de su materia a la mano del hombre. Así parece haberse infiltrado en la áspera pendiente la antigua imaginación, enardecida por la concepción de esfinges y reyes, cuyas imágenes, sin alcanzar a plasmarse netamente, se figuran hechas por nubes monstruosas petrificadas... Las últimas ligeras sombras desaparecen. Al avanzar, se ven solamente las de las aves que pasan huyendo. Y las seguimos en su veloz corrida, entre las piedras del camino, y por las alturas que se deshacen en pendientes, buscando su relación con un nuevo suplicio de Tántalo. Después, el sol del mediodía borra sus vestigios, y el resplandor calcáreo es la forma de un infernal tormento. Repentinamente, el desfiladero se cierra con un agrio telón de piedra. Estamos en la necrópolis. Vemos bocas profundas allá en el fondo de la obscuridad, brotando de las entrañas de la tierra, y nos precipitamos, sintiendo una bocanada de vida, que con soplo de frescura viene de los sepulcros.

Los faraones, con el objeto de ocultar sus cuerpos, cavaron así en el corazón de los montes el asilo de sus sarcófagos. Se piensa en la

ruta difícil, en la esterilidad abrumadora, en el implacable ardor del aire entre las laderas, y se desarrolla el camino simbólico, mostrando al fin una caverna hospitalaria en una tumba.

Como en la otra parte del valle están los templos de los Dobles correspondientes a los cuerpos encerrados en los sepulcros reales, falta en éstos la capilla. Las decoraciones varían también, comparadas con las de los particulares. En el templo de los Dobles están las escenas de la vida, semejantes a las que cubren los muros de la necrópolis de Menfis, y aquí en las tumbas solamente se desarrollan las ultraterrenas. Tratemos de explicarlas. A más del Doble, se creía en una alma, destinada a recorrer el Duait. Este infierno era un valle, dividido en doce provincias, correspondientes a las doce horas de la ausencia del sol. El hombre, muriendo cual el astro, revivía como él. Cada provincia estaba llena de genios malévolos, que impedían el pasaje del alma. Esta, para vencerlos, debía no olvidar las fórmulas contenidas en el *Libro de las Puertas* y en el *Libro de lo que hay en el Infierno*: por eso, sus reproducciones exactas se grababan y se pintaban en las paredes que conducen al sarcófago. Vense también Las letanías del Sol, o sea las setenta y cinco transformaciones que sufre Ra, y que el faraón te-

nía que conocer para poder confundirse con el dios... En la región sexta, entre cuarenta y dos jueces, encontrábase a Osiris. Nuestra conciencia era para ellos el corazón, pesado, cuando con faltas, y ligero cuando puro. Horo y Anubis se encargaban de averiguarlo y Thot hacía saber la sentencia. El alma recitaba, en tanto, la confesión del *Libro de los Muertos*. Si la sentencia era adversa, volvía al mundo hasta purgar sus crímenes; si favorable, pasaba a los Campos de Yalou. Allí labraba la tierra, carga de que podía librarse por medio de las fórmulas; y por último, abismábase en la luz infinita, al unirse al cortejo de los astros.

En estos sepulcros se encuentra también grabado *El libro de la abertura de la boca*, pero en realidad esta ceremonia se hacía en los funerales mismos. La momia del faraón poníase en pie contra la puerta. Las lloronas y sus parientes despedíanse, cantando himnos entre sollozos. El rey inmolaba un toro. Los sacerdotes descuartizaban el animal, y uno de los superiores ponía un pedazo en la boca del muerto. Como éste no quería comer, observación inútil en el relato, el gran sacerdote lo lavaba con agua sagrada envolviéndolo también en nubes de incienso. Después, en su canto, se proclamaba Horo hijo de Osiris, y con el mismo poder con

que reunió los pedazos del dios, volvía al muerto, identificado con él, el uso de los miembros. Acabado el cántico, le tocaba los labios, las manos, el pecho y los pies con su vara mágica en forma de serpiente.

Después, iluminándola con una procesión de antorchas, se colocaba la momia en el féretro, y el féretro era metido en el sarcófago, destinado a desaparecer casi siempre en un foso. La entrada de esta cámara, difícil de encontrar entre los diversos corredores, era convertida en muro con piedras y cemento. El banquete, a que asistía la estatua del faraón difunto, el nuevo rey, los dignatarios y el gran sacerdote, figuraba como última ceremonia.

Entre los cánticos usados en los funerales hay una maldición: «¡ Oh ! vosotros, los grandes, los profetas, los príncipes, escribas y faraones ; vosotras todas las gentes que vendréis después de mí en millares de años, si alguno reemplazase mi nombre con el suyo, Dios lo castigará destruyendo su persona sobre la tierra.»

Sin reemplazarse los nombres, se han profanado los recintos llenos de riquezas. Hace siglos, con el propósito de salvar los cuerpos, se les pasó a la cueva de Deir-el-Bahari, donde Maspero los descubrió en 1880. Algunos de los sepulcros que pudieron permanecer ocultos han

sido abiertos solamente en nuestros días. Más de una vez, espectáculos curiosos sorprendieron a los exploradores, y no es el menor el de encontrar en las galerías las últimas pisadas de aquellos que hace tres mil quinientos años sellaron los sarcófagos. Más de un moderno europeo desvióse de los dibujos de esos pies en el polvo, temiendo borrarlos, con una emoción que no produce la vista de una pirámide. Y al violar los hipogeos, en una de esas invasiones de la luz, del aire, de la vida de afuera, alguien vió estremecerse al pie de una estatua el polvo de unas flores, y cuando pensativo lo tomó en sus manos, otro soplo le llevó de la palma, con los cálices muertos, el cadáver de una abeja...

Asombran estas cámaras sepulcrales, con las bellezas de su decoración, correspondientes al lujo de los vasos, de las joyas, de los amuletos, de las vestiduras, que se enterraban con la momia. Cada rey edificaba, al mismo tiempo, su palacio y su tumba, o por mejor decir, dos palacios, el de la vida y el de la muerte. Y los egipcios daban a éste más hermosura, con el pensamiento de que en el iluminado por el sol pasábanse las horas fugitivas, y en el subterráneo las eternas.

Entre esos bajos relieves y pinturas, donde la vida ultraterrestre desfila, con todas sus in-

terpretaciones, en una torturante y coloreada pesadilla, se encuentran, a veces, figuras encantadoras, como la de la arpista. Está en el sepulcro de Ramsés III. Es rara, porque el arte de los muros pertenece al de oficio con reglas inquebrantables y sin talento. Por eso, siendo excepción, resulta más bella. Hace pensar que, en los banquetes fúnebres, las arpas de las sacerdotisas acompañaban con sus himnos a los sagrados bailes. Y esos himnos eran de amor a la vida en el país del sol. He aquí un versículo : «Todas las lamentaciones no vuelven la felicidad al hombre que está en el sepulcro.» Pero la imagen de la arpista no es la de una ninfa griega cantando embriagada entre perfume de rosas de fuego. Es, sí, una figura que, con la pureza de sus líneas y su elegancia, evoca las de los vasos atenienses. Su nobleza hierática reviste su armoniosa gracia con un manto de majestad. La belleza de su cuerpo aun la enlaza a la tierra, y su espíritu vuela en las notas del instrumento. Es mundana y religiosa. Los ritmos de su canto perturban con cierto ardor la plegaria de los dioses ; la voz de sus oraciones calma el canto ardiente de los hombres. Si ofreciese un beso de amor, lo daría envuelto en la luz celeste del misterio de Isis... Y queda en su lóbrega soledad, esperando otros viajeros, para

revelarse a la luz de las antorchas y adornar las entrañas de la tierra, como exótica flor de palacio que exhalase perfumes de templo.

Dejamos los hipogeos reales y subimos a la cumbre del valle. Las bocas de los sepulcros se dibujan como una línea de cavernas. En la otra pendiente, al pie del monte cortado a pico, el precipicio profundo atrae. El sol arde en los aires, reverbera en las cosas, y el Nilo surge. Para descender, hay que buscar la cuesta difícil, erizada por guijarros, sobre fina arena calcárea, hiriente con su blancura. El llano, a lo lejos, brinda aterciopelado verde reparador ; pero los ojos, cual aves que no llegan a la sombra, parecen en el camino plegar las alas abrasadas y exhaustas.

Al pie encontramos el templo de Zoserzosru, cuyo nombre significa el más espléndido de todos. La reina Hatshepsitu fundólo, a principios del Nuevo Imperio, para los Dobles de su padre y de su esposo. El cristianismo lo convirtió en iglesia y en convento, raspando la mayor parte de los bajos relieves en que figura la reina. El templo, como construcción, reviste gran importancia. Sus columnas son hatoricas geométricas, lo que recuerda el orden dórico, apartándose completamente de la palmera coronada por el loto, característica de la mejor arquitectura

egipcia. Sus diversos edificios se escalonan sobre terrazas, y en un patio rodeado por capillas hundidas en los muros, yérguese el único altar con gradas que se conserva en Egipto. En los pórticos, son admirables, por la esbeltez de las palmeras cubriendo a los bueyes cargados de riquezas, los bajos relieves de la expedición al país de Punt, que inundó la corte de Hatshepsitu de marfil, incienso y ébano. Y todo el templo, al pie de un monte—colosal peñasco sombrío,—aparece sobre la arena, como una pavesa grandiosa dejada por los siglos en un naufragio.

El Ramaseun está a un cuarto de hora de camino y es el templo del Doble de Ramsés II. Se creyó en un tiempo, por la descripción de Diodoro, ver en él la célebre tumba de Osimandias, la que tuvo por corona un áureo círculo de 365 codos. No extraña la admiración del viajero antiguo, si se contemplan sus ruinas.

Los faraones son una expresión viril del orgullo humano. Se antoja que emprendían guerras, no para enriquecer de gloria o de botín a su pueblo, sino para tener qué grabar en sus templos y sepulcros, como armas contra el olvido. En los muros y en las columnas de este despojo gigantesco se asiste a las procesiones religiosas en honor de los triunfos, y a las batallas dadas por Ramsés II, y a todos los detalles de la

vida íntima de los campamentos. Así, la existencia de aquellos lejanos días vuelve a revivir —tal como hace un instante, en los sepulcros, los destinos del alma,—y así nuestra imaginación se llena de cosas, que evocan los ojos cual si fuesen de otros siglos, adquiriendo el espíritu de nuestros días.

A la entrada del Ramaseun está el célebre coloso. Su derrumbamiento parece haber tumbado el templo. El dios, entre el estrépito, debió dejar de sostener el santuario. La corona es una mole. Un muslo simula el tronco petrificado de una encina. En la concavidad de una oreja duerme, ante nuestros ojos, un árabe, y el resguardo granítico es su lecho y su tienda. Pesó la estatua un millón de kilogramos, y sus restos, como los de una catástrofe cósmica, hacen pensar que reconstruirla sería levantar un monte.

Seguimos siempre por el llano, y a los contrafuertes de la cadena montañosa suceden escombros de construcciones.

En Medinet-Habu levántase el templo de Ramsés III. Su aspecto de fortaleza le diferencia de los otros. En vez de los pilones, o de los pórticos, el pabellón de Ramsés, que precede al templo, recuerda los baluartes sirios. Allí, el faraón pasaba días de descanso, contemplando los bajos relieves donde los príncipes vencidos,

en presencia de Harmakis, le entregan sus clavas, como representantes de los Khitis y Zakaris, Sakalashas y Turshas. Al templo, con sus diversos patios y sus perspectivas admirables, sólo le falta, para estar completo, los techos de sus cámaras. Tres grandes cuerpos se suceden hasta llegar al Santo de los Santos. Las galerías con columnas lotiformes sostienen plafones intactos, azules y brillantes en torno del sol alado. Los bajos relieves conservan en los muros sus matices. Las estatuas aparecen aquí y allá aumentando la realidad esplendente de los despojos. La sombra de un copto, que cruza con su manto y su turbante, evoca el espectro de un sacerdote que buscara sobre el suelo las huellas de sus hermanos desaparecidos. En las tumbas de Amón están, ahí a un paso, y si pudiesen tornar al misterioso asilo de sus ceremonias, empezarían por el saludo al dios y al faraón del templo. El oficiante, agitando su rollo de papiro, exclamaría : «Dejad partir los ánades», o sea el símbolo de los cuatro hijos de Horo. Dos sacerdotes, con látigos de lana, los castigarían lanzándolos a volar. Y entre los cantos de la procesión, conduciendo en las espaldas la imagen de los viejos reyes, el gran sacerdote diría a las aves : «Id al norte, al mediodía, al levante, al poniente y contad a los dioses del ponien-

te, del levante, del mediodía y del norte, que con Horo, hijo de Osiris, el rey Ramsés III ha vuelto a tomar la doble corona.»

Desde el pabellón del templo se ven surgir, netos y dominantes, los colosos de Mennón, que resplandecen al sol, amarillentos, sobre el mar ondulante de los trigos verdes. Representan al rey Amenhotpu III; custodiaban un templo, y las estatuas que eso hacían eran llamadas, en general, Mennu por los egipcios. Confundiendo nombres, los griegos creyeron reconocer en ellos al etíope Mennón, hijo de Tithón y de Eos, que fué muerto por Aquiles, vengador así, según el mito homérico, de Antíloco, hijo de Néstor.

Un terremoto echó por tierra el templo y respetó las estatuas en la integridad de sus diez y nueve metros de altura. Pronto, sobre las ruinas, se oyó en el coloso meridional un sonido saludando a la aurora. La noticia corrió con el asombro del prodigio. Los egipcios creyeron que el arpa de las elegías, resucitando en pétreos labios, exhalaba una queja, al contemplar con el sol la caída lastimosa de su templo. Mas los griegos respondieron: «Mennón era hijo de Eos, es decir, de la Aurora, y con lamentos saluda a su madre, que, acariciándole con rayos, le cubre de lágrimas de rocío.» Se formaron

entonces caravanas para ir a oirle. Hacíanse sacrificios cuando callaba y al sentir sus armoniosos trenos levantábanse himnos. Adriano aumentó su gloria visitándole ; y siguiendo el pensamiento de Asklepiodotos, los peregrinos alegrábanse, pues mientras él cantaba, Aquiles permanecía mudo para siempre en los campos de Troya. Septimio Severo le hizo reparar la parte superior, como en ofrenda, y su devoción, cerrando, sin duda, las grietas donde el rocío se evaporaba, le quebró la lira, le robó la voz, le mató el misterio. Aun resiste la estatua. Su rostro, borrándose, pugna a la distancia por dibujarse en la perspectiva. Los cubos de asperón de su pecho visiblemente se desgranan. Su madre y su mujer, custodiantes de su trono, son masas informes. Y él, sentado sobre el signo de los dos imperios, lucha aún y espera quizás al Homero que nuevamente le resucite la voz, encerrando su leyenda en una forma inmortal de arte. Entonces, desgajándose del todo, morirá contento, al pensar que su piedra, transformándose en simiente de belleza, ha caído en tierra fecunda.

ELEFANTINA

Recorremos cerca de Assuán las canteras de granito. Dioses y faraones salieron de estos informes bloques, estremecidos por el soplo religioso de fuerza creadora. Aun brilla al sol un obelisco sin inscripciones, amarrado a la inmensa masa, último vestigio de manos poderosas, evaporadas como sombras tras el cortejo huyente de las divinidades.

Al pie de las pétreas montañas surge un cementerio árabe, considerado por los hijos de Mahoma como el más viejo del mundo. Son montículos alineados que no alcanzan a tomar los contornos de sarcófagos. Aparecen cubiertos de fina arena, que el viento lleva, trae y renueva, formando una capa evocadora del otro polvo inanimado que encierran. En medio de los sepulcros, se alzan las viviendas de una tribu de bicharins. Los vemos con su luengo pelo ensortijado, lleno de anillos de cobre y horquillas de marfil, en tirabuzones flotantes y en redecillas trenzadas, que envuelven cada cabeza co-

mo con los tentáculos de un pulpo. Están en torno de sus lanzas y de sus odres de agua, ante sus tiendas de piel de tigre. Nos reciben adornados con hermosas plumas de avestruz. Hacen vibrar las chapas de cobre de los gons, acompañando su estremecimiento con el pergamino de las sonoras cajas de palmera. Algunos danzan. Sus musculaturas ágiles y elegantes, con movimientos felinos, se retuercen al compás rugiente de los ritmos. Tras de esos espasmos salvajes, adormecidos los negros en movimientos cadenciosos, armonízanse con monótonas, interminables cantinelas. Los camellos, pensativos, tienen soberbio desdén en la mirada; surgen entre las chatas tumbas y observan, ajenos a danzas y cantos, la tarde misteriosa. Las músicas, aletargándose en su lento vaivén, parecen atraerla.

Antes de que avance, tomamos la chalupa para volver a Elefantina.

El día ha sido bochornoso. La isla está entre la Nubia y el Egipto, y el pozo de Siena, donde los rayos solares caen a plomo, demuestra el reinado del trópico. El sol se pone tras de montañas sin árboles, amarillentas; y una construcción blanca en sus cumbres, dibújase tan aguzada en los contornos, que se destaca con violencia. Las palmeras de la isla tienen casi

una rigidez hierática, inmovilizándose como dioses de piedra en la atmósfera sofocante. De la vieja ciudad de Elefantina no se conservan sino escombros, donde negros del Sudán se albergan. Y así, los habitantes de esta región, en que el calor del día obliga a vivir ocultos, parecen los genios de las tumbas y las ruinas. Negros, hasta tener una especie de reflejo azulado, son como hijos de la tarde, y se despiertan en su seno saludándola con gestos, cantos y danzas. Cuando el sol cae del todo, se enciende un extraño crepúsculo. El cielo es un fuego rojo de Bengala : al llegar a su mayor brillo, envuelve en luz de apoteosis los montes, y después se apaga sin cambio de color, variando solamente de intensidad, como un sonido que nace, vive y se amortaja en la vibración de su propia cuerda. El agua del Nilo dormida, evocando la de un lago, empurpura su serenidad, y los peñones ceñudos se miran en espejos de sangre. En nuestra barca suenan los darabucas. Los remeros lanzan su «Jalla aïa Said», especie de misteriosa letanía, mientras un negrito danza en la proa. El cielo cobra la lividez cadavérica de un supliciado que aún siente en los pies las caricias de agonizante hoguera. La sangre del agua se evapora, los peñascos se ensombrecen, y sus reflejos dibujan en las profundidades vi-

siones del abismo infernal de Amenti. La melancolía penetrante del paisaje nos envuelve con su angustia. En las riberas se encienden fogatas. Los habitantes de la isla parecen tener horror a la sombra. Cuando el sol se va, hacen brillar el fuego en rústicos altares que, con el recuerdo del padre del día, preparan el advenimiento de la nueva aurora. Los tambores de bronce siguen retumbando, pero son ya cansadas cigarras que agitan en su estertor sonoros élitros agonizantes. Se oye el chirriar de las norias en la isla, cuando hacen leve pausa las letanías de los remeros : «¡ Jalla aïa Said ! ¡ Jalla aïa Said !» Estas palabras incomprensibles se nos antojan invocaciones a la noche, para que no arroje sobre la tribu el dolor o el crimen ocultos en su manto. Y el negrito danza siempre en la proa, y es casi una sombra, de la que sólo se ven bien los dientes, con su blanca sonrisa de marfil. Las estrellas se abren y brillan, empañadas cual cristales por el vaho que sube de la tierra, y surgen entre las palmeras, y al avanzar nuestra barca giran y nos acompañan, con un temblor de frutas de oro, movidas al parecer por las hojas. La sombra cubre todo : isla, río y montaña ; y se escapan suspiros dilatados de las cosas, al presentir el soplo fresco y restaurador de la noche.

Dejamos la chalupa para subir al dahabieh en que vivimos. Los negros aléjanse remando al compás de su eterna letanía, y como encendida por los ecos de sus voces, oímos en un piano despertarse una sonata de Beethoven. La hora y el momento hacen creer que las teclas suenan estremecidas por el hálito de las almas de invisibles vagabundos soñadores. No es un número de música, es la música misma la que sale del buque a turbar la serenidad del Nilo; es el acento de la tarde que carecía de verdadera voz, y que canta al morir en la noche. En las alas de las notas pasan vibrantes rumores de arboledas. En la isla no se mueve una hoja. Pero al contacto de la música, las estrellas, con miradas de ojos humanos, observan los montes, y las palmeras africanas se visten con ramajes de otros mundos, donde notas melancólicas pueden transformar el árbol, tocado por sus brisas, en un ser de sufrimiento... Felices los negros que danzan entre las tumbas del cementerio árabe; felices los negros que se alejan en la chalupa. La tarde muere en sus ojos, y no se anima en su espíritu, y no encuentran en una música que no comprenden la expresión de indefinibles angustias, frente al dolor y el misterio. No hemos acabado de decirlo y ya estamos arrepentidos. ¡ Sí ! la inquietud humana vive en

todas partes y es la sombra invisible de los pasos del hombre. Y esas danzas y cantos de negros, vistas y escuchados hace un instante, son un crepúsculo de la animalidad, que busca sin embargo el alba, en vez de la noche, entre cadencias sugeridas por un pensamiento religioso.

LA ISLA DE FILOE

Bajo las palmeras, en el mercado de Challal, hay un hervidero de negros, en torno de los puestos de dátiles, naranjas y cañas de azúcar. Sus musculaturas de atletas van y vienen, resaltando entre las ropas talares blancas de los coptos ; y el sol, filtrándose por las menudas hojas, alegra todo con sus instables áureos arabescos. Al llegar al río, los negros que nos han seguido toman al abordaje la chalupa y quieren apoderarse de los remos. El patrón en vano se defiende con una rama : la policía interviene a latigazos, y los que caen en el agua siguen nadando en torno de la embarcación, con infernal algarabía.

Llegamos a la isla de Filoe bajo el sol implacable. Las mimosas, erizadas de espinas, adelantan a cerrar las estrechísimas sendas. Las escaleras derruídas que ascendemos son amasijos de guijarros. Las nubes de moscas se abaten espesas, mezcladas a pintados insectos revoloteantes, que se antojan fermentaciones del aire

abrasador. La terraza del Kiosko, edificado en tiempos de Augusto, es un asilo : allí hay sombra. Se ve en el fondo una montaña amarillenta, con calcáreos lienzos que el sol parece querer resecar hasta convertirlos en polvo. El templo de Isis, al destacarse, se confunde a la perspectiva con igual matiz, como si fuese un sueño de la imaginación del genio de los montes. Al otro lado domina también una cadena, más alejada, sin un solo árbol, pálida, en el fulgor caldeante de sus contornos, sobre el ardiente azul.

El Kiosko no fué acabado en los detalles de su ornamentación, pero dibújase lleno de gracia en su conjunto. En el cuadrado que lo constituye, las columnas salen a cierta altura de los frisos, y tienen capiteles de hojas sin ser corintios, y después un largo cubo escapa como el cáliz de una corola, donde se asienta el arquitrabe. Allí faltan las cariátides de la especie hatórica, tal como se ven en la misma isla en el pórtico de Nectanebo. El techo no era en realidad sino un velario, y hoy el azul se mezcla encantadoramente a la construcción, como ideado por los arquitectos y cedido por el cielo. Varias palmeras tocan con sus flexibles elegantes ramas la casi sonriente gracia aérea de la piedra, y el Nilo la refleja, queriendo compartir con el aire la hermosura del Kiosko.

En el fondo se levanta el célebre templo de Isis, que convirtió a la isla en centro de los misterios con la representación del drama de Osiris. Allí se aprendía la revelación del paso del alma a la suprema luz, por intermedio de la diosa celeste. Solamente los extranjeros de distinción, los príncipes y los sacerdotes eran admitidos, y acrecía la celebridad del lugar, la fama de hermosura de la isla.

En el gran patio del templo no falta sino el pavimento, y la grandeza del conjunto es real y no imaginada. Desde él se ve dibujarse el Nilo, de modo que la diosa lo observaba cual si le trajese, en su curso, las frescuras de la fuente divina. Así también contemplaba el arribo de las flotas cargadas de romeros, saludándolos con el loto mágico, que debía renacer misterioso en el alma de los iniciados.

Pasando las pirámides truncas, inmensas de los pilones, hallamos otras que dan a un segundo patio. Nuevas columnas se multiplican, y se abren innumerables capillas. Surgen todas techadas y se siente la impresión de la luz religiosa, que estaba en armonía con el espíritu inquieto de los peregrinos. Volvemos hacia el fondo para encontrar el secos. Las columnas, en el último pequeño patio, conservan todo su esplendor. Los capiteles muestran sus palmas

primeras de turquesa, engarzándose con las superiores de esmeralda, que se bañan en el cielo de zafiro. Vagamos por varias capillas, cuyos signos no alcanzan a precisarse en la sombra espesa. En otras, un agujero deja adivinar la hoguera del espacio, pero el rayo de luz no disipa las tinieblas. Aprovechamos la frescura del Santo de los Santos para descansar. Las paredes desprenden el aliento de otros siglos. Nos hablan de las cosas que vieron y de los cánticos muertos para siempre. Leemos en voz alta una inscripción latina, y los ecos dormidos se despiertan y nos dicen cómo se buscaba en aquel recinto el talismán vencedor de la muerte. Osiris fué el dios más popular de Egipto, y se le agregaba casi siempre a la trinidad que cada ciudad erigía, sobre los otros dioses del culto.

He aquí su leyenda : hijo del cielo y de la tierra, se casó con su hermana Isis. Set Tifón, envidiando las glorias y la felicidad de ambos, decidió la muerte del esposo. Nephtys, su mujer, envuelta en la túnica perfumada de Isis, logró atraer a Osiris y tuvo por fruto a Anubis, futuro guardián de las sombras. Set, aprovechando el cansancio del dios, debilitado por la voluptuosidad, lo venció, y dividiendo su cuerpo en pedazos, lo arrojó al Nilo. Isis salió en su busca con una arca de palmera y pudo recoger

los miembros entre lágrimas y lamentos. Detenida por los lotos flotantes de la ribera, halló la cabeza. Cuando Isis la besó, los ojos del muerto se abrieron, y un rayo de luz de sus pupilas hirió el corazón de la mujer, que engendró a Horo. El hijo venga más tarde la muerte del padre. Set Tifón es aprisionado. La madre abraza a Horo sobre el arca fúnebre. Los dioses asisten al milagro. Isis toca los restos con el loto divino. Horo, con el áspid real, y en nombre del amor, junta sus manos ante la cruz, que grabada sobre el plano del mundo señala con su cúspide el camino de la vida futura. Entonces el dios, resucitando, se vuelve el Espíritu Infinito y resplandece como señor de todas las verdades : Isis tiembla a su lado, se abate sobre su pecho, siente sus flancos convertidos en alas, y asciende al cielo con el esposo. Esta leyenda se vincula con la existencia del Sol mismo, que muere y resucita, y es Osiris, y abarca en su prosecución a la fertilidad de la tierra, que hace renacer las mieses.

El hombre sigue en todo la suerte del héroe. Y la representación del drama infundía a los creyentes la esperanza de ser, al fin, parte de Osiris, venciendo con la fórmula del *Libro de los Muertos* a los espíritus del mal, hasta fun-

dirse en el sol, y volver como rayos del astro a bañar las queridas cosas del valle egipcio.

Desde la barca, girando en torno de la isla, la vemos en toda su belleza. Las murallas aparecen al ras del agua, y sobre ellas, como sobre terrazas, asiéntanse otros baluartes, confundidos a pilones y templos. Construcciones egipcias y romanas se juntan : las ruinas del templo de Esculapio con las de Hator, la puerta de Adriano con el pórtico de Nectanebo. El Kiosko de Augusto, aéreo y elegante, en el conjunto imponente, es como flexible risueña rama de muérdago, enlazada al tronco nudoso de la encina. Se comprende tanto ahinco, aun en los conquistadores, para adornar a la isla, por el prestigio de su fe y de su ciencia.

De su recinto brotó la luz que, comunicada a Europa, fué base de la ilustración griega y latina. Clemente de Alejandría hizo una descripción de la procesión de Isis. El jefe o chantre aparece con los símbolos de la música y con dos libros, que contienen los himnos a los dioses y la lista de los reyes. Con una palma y un reloj en las manos, le sigue el Horóscopo, que sabe de memoria los cuatro libros de la Astrología. El Escriba Sagrado, con la frente ceñida de plumas, trae un libro, tinta y una *caña* para escribir (tal cual lo practican aún los árabes,

dice el santo) ; y ese Escriba conoce los jeroglíficos, la descripción del universo y la geografía de Egipto. El Porta-Estola puede recitar los diez volúmenes concernientes a sacrificios, fiestas, ofrendas, ceremonias y plegarias. El Profeta cierra la marcha, y es el depositario y comentador de diez volúmenes sobre las leyes y los dioses. Pero es menester agregar aún los libros de medicina, de anatomía, de higiene, de las enfermedades, de lo dietético, que son del resorte de los pastóforos... Sin necesidad de comentario, el relato es ilustrativo.

Volvemos a admirar la parte pintoresca del paisaje. La isla y la costa, en el ensanchamiento del Nilo, ofrecen un vivo contraste. Los peñones aislados en el agua y los de las riberas abruptos, arden al sol como hornos, hostiles a todo encanto. La decoración tiene una tristeza violenta, inhospitalaria, convirtiendo sus agrios arrecifes en inabordable costa. Las almas, al acercarse, instruídas ya de las regiones infernales por los libros del *Libro de los Muertos*, debían sentir un estremecimiento ante aquella evocación. En cambio, Filoe parece proclamar la vida venciendo a la muerte, con sus templos, sus palmeras y trepadoras, que se miran en el agua acariciando con juveniles verduras las viejas piedras. Y no olvidemos que en el mito sa-

grado, la resurrección de Osiris descansa sobre el amor, que, revistiendo varias formas, se personifica en Isis.

Quizá, por eso, los árabes colocaron en la isla el teatro de las aventuras de Zahr-el-Ouard, es decir, de la princesa llamada Flor de Rosa. Al ver el templo de Isis, creyeron reconocer la fortaleza en que el visir encerró a su hija. Su amante era Anás el Onogud, y en su dolor, al sentirse separado de la princesa, se fué al desierto. Allí se dedicó a sembrar el bien entre los animales, hasta que un ermitaño le reveló el paradero de su querida. Anás llegó hasta la isla, y después de muchas y extraordinarias aventuras, que recuerdan a veces las de Menes, primer rey de Egipto, la capilla de Osiris fué la cámara nupcial de los amantes. Los bateleros de Filoe las narran, y concluyen la leyenda con la frase de *Las mil y una noches*: «Y así vivieron en el seno de la ventura hasta los años más avanzados, cuando las rosas de la voluptuosidad pierden sus hojas y los tiernos pensamientos reemplazan la ebriedad de los sentidos.» Y así, la imaginación popular, en el recinto de los misterios, adivinando algo del drama religioso, cantó el amor que vence los obstáculos y que da, con las amables formas de los cuentos, un

riente matiz espiritual a las ruinas, y un soplo armonioso a las palmeras.

Dejamos la isla con el sol a su espalda. Sobre el rojo de una aurora artificial, se dibujan los templos. El fulgor sangriento dura un instante. Y al volver los ojos a los montes, observamos una vez más la extraña, misteriosa, ardiente tarde de esta región del Egipto. No hay medias tintas, ni nubes, ni celajes. La púrpura brilla en todas partes ; detrás de los montes viven hogueras invisibles ; el cielo martirizado adquiere una lividez angustiosa.

Caminamos por la arena, recibiendo su vaho caliente. Las palmeras de Challal quedan atrás. Las vemos inmóviles, rígidas, temiendo casi respirar el infierno del aire, implorando de la altura la sombra calmante. Los templos de la isla desaparecen, y como en el fondo de un mar, nos asaltan médanos arenosos, reemplazados después por peñones. Con negruras informes avanzan, se combinan, toman los aspectos más extraños. Las naftas corren soldando grietas, abultan las cumbres, se derriten al parecer con el ardor del aire y ofrecen a la hora que pasa los accidentes de un paisaje, en que las cumbres se antojan altares de luto, y las hondanadas abismos de muerte. Después, los peñascos se libran de esos mantos bituminosos, y se presentan co-

mo frágiles cristales, despedazados por un cataclismo. A semejanza de los templos, de los palacios, de los colosos y obeliscos, destrozados por el tiempo, estas montañas, erguidas y armoniosas en otros siglos, surgen como ruinas de la naturaleza. Sus bloques multiformes dibujan monstruos con líneas humanas, y fantásticos animales evocadores de los esqueletos antediluvianos de las cuevas del Mar Rojo. Algunos se empinan, desean cobrar vida completa, para ver el incendio oculto por los otros montes. El espíritu que se desprende de sus formas concuerda con el aspecto siniestro del paisaje.

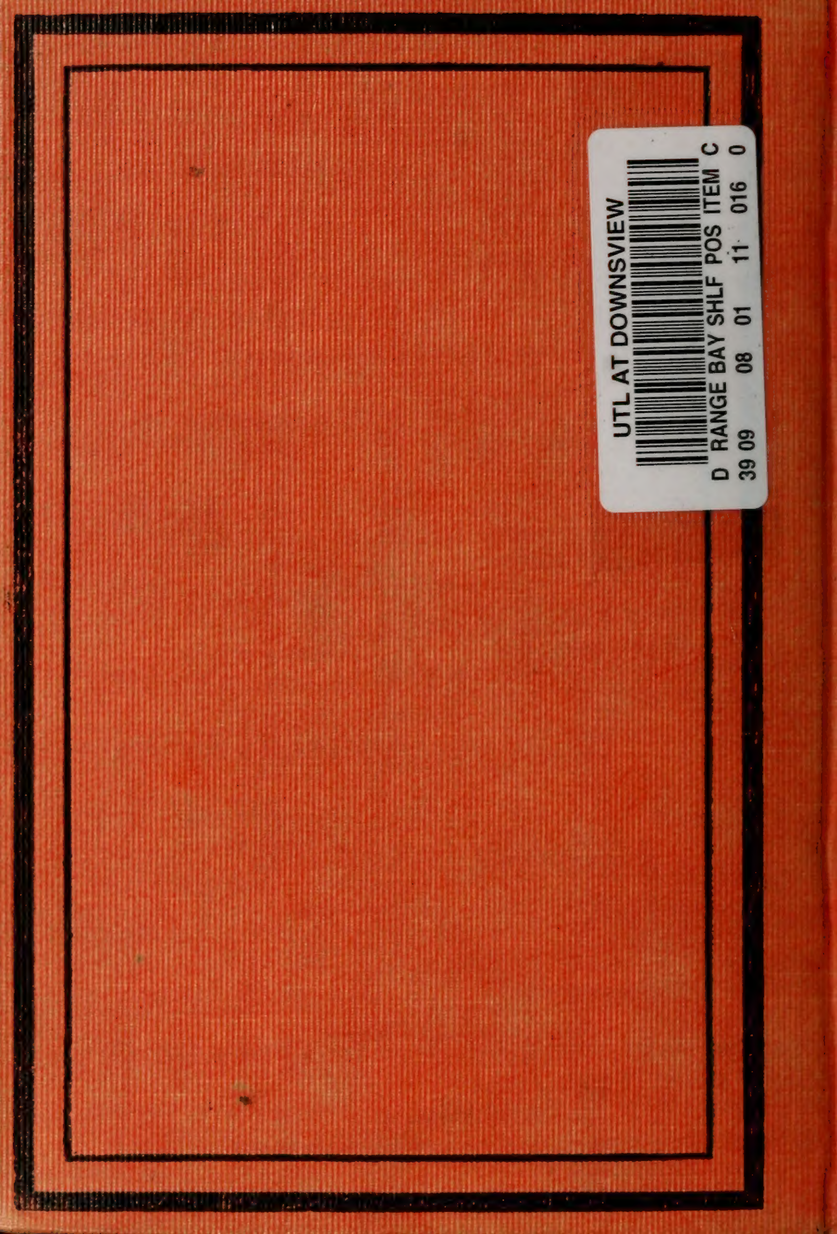
Ahora el ondulante arenal llega hasta el pie de la cadena, sangrienta ella misma, reclinándose en el fulgor de fragua que empenacha sus crestas y muere en el alto lívido cielo. A veces, en otra abertura, coronada por picos que hacen el lugar más hosco, la naciente niebla evoca la tregua de una inquieta expectativa hasta el recomienzo del alba. Y en el avanse de la noche, se halla no sólo el halago de su aliento, sino también el de dejar de ver lo imposible de describir; pues la luz del instante se antoja anterior a la existencia del hombre, encarnando dolores y sufrimientos inexpresables, como que parecen reflejos de seres y mundos desconocidos.

Algunas estrellas se encienden. Los árabes echan sus mantos al suelo, y hacen la postrer oración de la jornada: mentalmente unimos nuestro saludo cristiano: Ave María. Otra vez en marcha. Nos embarga más que nunca la onda de una ya sentida emoción al mirar desde el lomo de un camello el nacimiento de los astros en el cielo de Oriente. Y esos astros, apareciendo lejos, nos hablan de la Europa, adonde hay que volver, y del Africa, que debemos dejar. En la sombra, a poco, se oye de nuevo al Nilo. Extraviados en la corriente, trae en sus brazos flúidos los contornos de la isla de Filoe, y nos acaricia una vez más con su voz armoniosa de belleza y misterio. Nosotros le decimos «adiós», con el melancólico placer de haber abrevado en sus aguas por un instante la sed del alma.

FIN


LIBRARY
FEB
23
1979
UNIVERSITY
OF TORONTO


BIBLIOTECA DE LA NACION


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 08 01 11 016 0